LIBRO dot.com

EL VALLE DEL GUSANO

ROBERT E. HOWARD



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

LOS CAMINANTES DE VALHALLA

El cielo estaba lívido, melancólico y repulsivo, con el azul del acero empañado, cruzado por estandartes de un escarlata pálido. Recortadas contra el borroso manchón rojizo se extendían las chatas colinas que son los picachos de esa árida tierra alta, una lúgubre extensión de arenas a la deriva y robledales resecos, salpicada de campos estériles donde los aparceros consumen sus vidas horriblemente inútiles en un trabajo sin frutos y un amargo deseo.

Había subido cojeando a un risco que se alzaba por encima de los demás, flanqueado a cada lado por los resecos bosquecillos de robles. La terrible tristeza y la monótona desolación de los paisajes que se extendían ante mí convertían mi alma en polvo y cenizas. Me dejé caer sobre un tronco medio podrido y la agónica melancolía de esa tierra triste pesó duramente sobre mí. El rojo sol, medio velado por los torbellinos de polvo y las capas de nubes, se hundía; colgaba a la altura de una mano por encima del borde occidental. Pero su puesta no le daba gloria alguna a las ensombrecidas dunas. Su oscuro resplandor no hacía sino acentuar la tremenda desolación de la tierra.

Me di cuenta entonces, repentinamente, de que no estaba solo. Una mujer había salido del espeso robledal y permanecía inmóvil contemplándome. La miré maravillado, en silencio. La belleza era tan escasa en mi vida que a duras penas si era capaz de reconocerla, pero sabía que esa mujer era inconcebiblemente hermosa. No era alta ni baja; delgada pero de admirable conformación. No recuerdo su vestido; tengo la vaga impresión de que iba ataviada rica pero modestamente. Pero recuerdo la extraña belleza de su rostro, encuadrado en la oscura gloria ondulante de su cabellera. Sus ojos capturaron los míos como un imán; no puedo deciros cuál era su color. Eran oscuros y luminosos, con una luz tal como nunca había visto en unos ojos. Habló y su voz, de un acento extraño, era desconocida a mis oídos y tan dorada como campanas distantes.

-¿Por que estás triste, Hialmar?

-Me confunde, señorita -respondí - Mi nombre es James Allison. ¿Buscaba usted a alguien?

Sacudió lentamente la cabeza.

-Vine para contemplar una vez más la tierra. No había pensado encontrarte aquí.

-No la entiendo –dije-. Nunca la había visto antes. ¿Es nativa de este país? No habla como una tejana.

Sacudió la cabeza.

-No. Pero conocí esta tierra hace mucho... mucho, mucho tiempo.

-No parece tan vieja -dije bruscamente-. Me disculpará por no levantarme. Como ve, sólo tengo una pierna, y la subida hasta aquí era tan larga que me veo obligado a sentarme y descansar.

-La vida te ha tratado duramente -dijo con dulzura-. Apenas te había reconocido. Tu cuerpo está tan cambiado...

-Debió conocerme antes de que perdiera la pierna -dije con amargura-, aunque podría jurar que no la recuerdo. Tenía solo catorce años cuando un mustang me cayó encima y me aplastó la pierna de tal modo que debió ser amputada. Quisiera Dios que hubiera sido mi cuello.

Así hablan los lisiados con los desconocidos: no tanto suplicando simpatía, sino con el desesperado grito de un alma torturada más allá de todo aguante.

-No te entristezcas -dijo quedamente-. La vida toma, pero también da...

-¡Oh, no me suelte un discurso sobre la resignación y el buen ánimo! -grité salvajemente-. ¡Si tuviera el poder de estrangular a cada pomposo optimista del mundo! ¿De qué he de alegrarme? ¿Qué he de hacer salvo sentarme y esperar a la muerte que se

arrastra lentamente hacia mí a causa de un mal incurable? No tengo recuerdos para alegrarme, ni futuro hacia el que mirar, excepto unos cuantos años más de dolor y pena, y luego la negrura del olvido absoluto. Nunca hubo belleza alguna en mi vida, yaciendo en esta tierra salvaje y olvidada.

Los diques de mi reticencia se habían roto y mis amargos sueños, largo tiempo contenidos, se desbordaron; y tampoco parecía extraño que vertiera mi alma a esta mujer extraña que jamás había visto antes.

-La tierra recuerda -dijo.

-Sí, pero yo no comparto sus recuerdos. Podría haber amado la vida y vivir profundamente como un vaquero, incluso aquí, antes de que los colonos convirtieran el país de una tierra abierta en una sucesión de granjas enfrentadas. Podría haber vivido profundamente como cazador de búfalos, guerrero indio o explorador, incluso aquí. Pero nací fuera de mi tiempo, y hasta las hazañas de esta era cansada me fueron negadas.

Nadie puede explicar la amargura de sentirse encadenado e indefenso, y sentir cómo se reseca la sangre caliente en mis venas, y los sueños brillantes desvanecerse en mi cerebro. Provengo de una raza inquieta, luchadora y vagabunda. Mi tatarabuelo murió en El Álamo, codo a codo con David Crockett. Mi abuelo cabalgó con Jack Hayes y Bigfoot Wallace, y cayó con tres cuartas partes de la brigada de Hood. Mi hermano mayor cayó en Vimy Ridge, luchando con los canadienses, y el otro murió en el Argonne. Mi padre es un lisiado también, dormita todo el día sentado en su silla, pero sus sueños están llenos de buenos recuerdos, porque la bala que le rompió la pierna le hirió mientras cargaba en la colina de San Juan.

Pero, ¿qué tengo yo para sentir, soñar o pensar?

-Deberías recordar -dijo en voz baja-. Incluso ahora los sueños deberían acudir a ti como los ecos de laúdes distantes. ¡Yo recuerdo! Cómo me arrastré de rodillas hacia ti, y cómo me perdonaste... sí, y el estruendo y el retumbar de la tierra que cedía... ¿acaso nunca sueñas que te ahogas?

Me sobresalté.

-¿Cómo puede saber eso? Una y otra vez he sentido el remolino de las aguas espumeantes que se alzan como una montaña verde sobre mí, y me he despertado, jadeando y ahogándome... pero, ¿cómo puede saberlo?

-Los cuerpos cambian; el alma permanece soñolienta e intacta -respondió enigmáticamente-. Hasta el mundo cambia. Esta es una tierra desolada, dices, pero sus recuerdos son antiguos y más maravillosos que los de Egipto.

Meneé la cabeza, maravillado.

-O está loca, o lo estoy yo. Texas tiene recuerdos gloriosos de guerra, conquista y drama... pero, ¿qué son sus escasos centenares de años de historia comparados con la antigüedad de Egipto... en antigüedad, quiero decir?

-¿Cuál es la peculiaridad del estado como un todo? -preguntó ella.

-No sé exactamente lo que quiere decir -respondí-. Si se refiere a lo geológico, la peculiaridad que me ha sorprendido es el hecho de que la tierra no es sino una sucesión de grandes mesetas, o estanterías, alzándose desde el nivel del mar hasta los cuatro mil pies de altura, como los peldaños de una escalera gigantesca, con las pausas entre ellos de colinas boscosas. La última es el Caprock, y por encima de eso empiezan las Grandes Llanuras.

-En tiempos, las Grandes Llanuras se extendieron hasta el Golfo -dijo-. Hace mucho, mucho tiempo lo que ahora es el estado de Texas era una vasta meseta que descendía suavemente basta la costa, pero sin los accidentes y desniveles de hoy. Un poderoso cataclismo quebró la tierra en el Caprock, el océano rugió por encima de él y el Caprock

se convirtió en la nueva línea costera. Después, era a era, las aguas retrocedieron lentamente, dejando los escalones tal y como son hoy. Pero al retroceder arrastraron a las profundidades del Golfo muchas cosas extrañas... ¿acaso no recuerdas las vastas llanuras que corrían desde el crepúsculo hasta los acantilados por encima del mar resplandeciente? ¿Y la gran ciudad que dominaba esos acantilados?

La miré, asombrado. De pronto se inclinó hacia mí y la gloria de su extraña belleza casi me avasalló. Mis sentidos vacilaron. Me puso las manos ante los ojos en un gesto extraño.

-¡Verás! -gritó agudamente-. Ves... ¿qué es lo que ves?

-Veo las dunas de arena y los bosques resecos ennegrecerse bajo la puesta de sol -respondí como un hombre que habla lentamente, en trance-. Veo el sol descansando en el horizonte occidental.

-¡Ves anchas llanuras que se extienden hasta acantilados resplandecientes! –gritó-. Ves las agujas, y la cúpula dorada de la ciudad, centelleando al crepúsculo! ¡Ves...

Como si la noche hubiera caído de pronto, la oscuridad me sumergió y la irrealidad, en la que lo único existente era su voz, urgente, imperiosa...

Sentí desvanecerse el tiempo y el espacio -una sensación de girar sobre golfos ilimitados, con vientos cósmicos que soplaban contra mí- y luego contemplé nubes que se retorcían, irreales y luminosas, que cristalizaron en un extraño paisaje... familiar, pero fantásticamente extraño. Vastas llanuras sin arbolado se perdían a lo lejos hasta confundirse con horizontes neblinosos. En la distancia, al sur, una ciclópea ciudad negra alzaba sus agujas contra el cielo del atardecer, y más allá brillaban las aguas azules de un mar tranquilo. Y, más cerca, una hilera de figuras se movía a través del terreno. Eran hombres altos, con cabellera amarilla y fríos ojos azules, ataviados con petos de malla y cascos con cuernos, y llevaban escudos y espadas.

Uno difería de los demás en ser bajo, aunque de fuerte constitución, y moreno. Y el alto guerrero de cabellera amarilla que caminaba a su lado... por un fugaz momento hubo un claro sentimiento de dualidad. Yo, James Allison del siglo xx, vi y reconocí al hombre que era en esa edad distante y esa tierra extraña. La sensación se desvaneció casi al instante, y yo era Hialmar, un hijo de los Rubios, sin conocimiento de cualquier otra existencia, pasada o futura.

Pero mientras narro la historia de Hialmar, me veré forzado a interpretar algo de lo que vio, hizo y fue, no como Hialmar, sino como el yo moderno. Reconoceréis esas interpretaciones en su sitio. Pero recordad que Hialmar era Hialmar y no James Allison; que no sabía ni más ni menos de lo contenido en sus propias experiencias, limitado por las fronteras de su propia vida. Yo soy James Allison y fui Hialmar, pero Hialmar no era James Allison; los hombres pueden volver la vista diez mil años atrás; él no puede mirar hacia adelante ni siquiera un momento.

Éramos quinientos y teníamos la vista clavada en las negras torres que se alzaban contra el azul del mar y el cielo. Habíamos guiado nuestro curso por ellas todo el día, desde que el primer resplandor rojo del alba las había revelado a nuestros ojos maravillados. Un hombre podía ver muy lejos en esas llanuras ralas y herbosas; a primera vista habíamos creído la ciudad cercana, pero habíamos andado todo el día, y aún estábamos a millas de distancia.

Acechando en nuestras mentes había estado la idea de que era una ciudad fantasma... uno de los espectros que nos habían perseguido en nuestra larga marcha a través de los amargos desiertos polvorientos al oeste donde, en los cielos ardientes, habíamos visto reflejados lagos tranquilos, bordeados de palmeras, y ríos serpenteantes, y espaciosas

ciudades, todas las cuales se desvanecían al acercarnos. Pero esto no era un espejismo nacido del sol, el polvo y el silencio. Perfilados en el claro cielo del atardecer vimos fácilmente los gigantescos detalles de las masivas torretas y los severos contrafuertes; las torres almenadas y el titánico muro.

¿En qué oscura edad yo, Hialmar, caminé con los hombres de mi tribu a través de esas llanuras hacia una ciudad sin nombre? No puedo decirlo. Hace tanto tiempo que el pueblo de amarilla cabellera moraba aún en Nordheim y se les llamaba no arios, sino Vanir pelirrojos y Aesir de dorada cabellera. Era antes de que las grandes migraciones de mi raza poblaran el mundo, aunque migraciones menores habían empezado ya. Nos encontrábamos a años de viaje de nuestro hogar natal del norte. Tierras y mares yacían entre él y nosotros. ¡Oh, ese largo, largo viaje! Ninguna migración de pueblo alguno, ni las de mi propio pueblo, que han sido épicas, la igualó jamás. Nos habían llevado alrededor del mundo –del norte nevado a las vastas llanuras, y los valles de la montaña cultivados por el pacifico pueblo moreno... a las cálidas y asfixiantes junglas, que apestaban a podredumbre y rebosaban de vida... a través de las tierras del este que ardían con colores crudos y primitivos bajo las ondeantes palmeras, donde antiguas razas vivían en ciudades de piedra tallada... subiendo otra vez por el hielo y la nieve y a través de un brazo helado del mar... luego descendiendo por las desolaciones cubiertas de nieve donde hombres achaparrados que comían grasa de ballena huyeron chillando de nuestras espadas; al sur y al este, a través de montañas gigantescas y bosques titánicos, solitarios, colosales y desolados como el Edén después de que el hombre fuera expulsado... sobre las abrasadoras arenas del desierto y las ilimitadas llanuras, hasta que al fin, más allá de la silenciosa ciudad negra, vimos una vez más el mar.

Algunos se habían hecho viejos en ese proyecto. Yo, Hialmar, había llegado a la edad viril. Cuando di mi primer paso en el largo camino era un muchacho; ahora era un hombre joven, un guerrero probado, de miembros poderosos, con los hombros anchos y cuadrados, la garganta musculosa y un corazón de hierro.

Todos éramos hombres fuertes... gigantes mas allá de la comprensión de los hombres modernos. No existe hoy en la tierra hombre tan fuerte como el mas débil de nuestra partida, y nuestros poderosos tendones eran capaces de tan cegadora velocidad que a su lado los movimientos del mejor entrenado de los atletas modernos parecerían lentos, torpes y pesados. Nuestra fortaleza era más que física; nacidos de una raza lupina, los años de nomadeo y lucha con el hombre y el animal y los elementos en todas sus formas habían instalado en nuestras almas el propio espíritu de lo salvaje... el intangible poder que aletea en el largo aullido del lobo gris, que ruge en el viento del norte, que duerme en la poderosa inquietud de los ríos turbulentos, que resuena en los latigazos del helado granizo, el batir de las alas del águila, y acecha en el pensativo silencio de los grandes espacios.

He dicho que era un viaje extraño. No era la migración de una tribu entera, hombres, mujeres de amarilla cabellera y niños desnudos. Éramos todos hombres, aventureros para quienes incluso los caminos del nomadeo y la guerra eran demasiado apacibles. Habíamos emprendido el camino nosotros solos, conquistando, explotando y vagando, conducidos sólo por nuestro paranoico impulso de ver mas allá del horizonte.

Al principio habíamos sido mas de un millar; ahora éramos quinientos. Los huesos de los demás se blanqueaban a lo largo de aquella ruta que circundaba el mundo. Muchos jefes nos habían guiado y habían muerto. Ahora nuestro jefe era Asgrimm, envejecido en ese errar interminable... un luchador amargo y flaco, tuerto y semejante al lobo, que mordisqueaba siempre su barba grisácea.

Veníamos de muchos clanes, pero todos eran de los Aesir de dorada cabellera, excepto el hombre que andaba a mi lado. Era Kelka, mi hermano de sangre, y un picto.

Se nos había unido entre las colinas selváticas de una tierra lejana que marcaba la migración más oriental de su raza, donde los tam tams de su pueblo latían incesantemente a través de la noche cálidamente estrellada. Era bajo, de miembros robustos, tan mortífero como un gato de la jungla. Los Aesir éramos bárbaros, pero Kalka era un salvaje. Tras el yacía el caos abismal de la negra jungla llena de chillidos. En su paso cauteloso había la zarpa del tigre, en sus manos de negras uñas la presa del gorila; el fuego que arde en los ojos del leopardo ardía en los suyos.

¡Oh, éramos una horda endurecida, y habíamos dejado nuestro rastro de sangre y ascuas humeantes en muchas tierras! No me atrevo a repetir las matanzas, rapiñas y masacres que dejábamos a nuestra espalda, pues retrocederíais horrorizados. Sois de una era más blanda y apacible, y no podéis entender esos tiempos salvajes cuando una jauría de lobos desgarraba a otra, y las morales y las costumbres de la vida diferían de las de esta época como los pensamientos de un lobo gris asesino de los de un gordo perro faldero dormitando ante el hogar.

Esta larga explicación la he dado para que podáis entender qué clase de hombres cruzaban esa llanura hacia la ciudad, y con tal entendimiento interpretar lo que vino después. Sin esa comprensión la saga de Hialmar no es sino un caos aullante, sin rima ni significado.

No nos asustó la visión de la gran ciudad. Habíamos devastado con las manos enrojecidas otras ciudades en otras tierras más allá del mar. Muchos conflictos nos habían enseñado a evitar el combate con fuerzas superiores cuando era posible, pero no reníamos miedo. Estábamos igualmente dispuestos a la guerra y al festín de amistad, como escogiera la gente de la ciudad.

Nos habían visto. Estábamos lo bastante cerca para distinguir las hileras de huertos, campos y viñedos fuera de los muros, y las figuras de los trabajadores que se escabullían hacia la ciudad. Vimos un brillo de lanzas en los edificios, y oímos el rápido pulso de los tambores de guerra.

-Será la guerra, hermano -dijo Kelka guturalmente, disponiendo firmemente su escudo en el brazo izquierdo.

Tomamos nuestros cinturones y asimos las armas... no de cobre y bronce como nuestro pueblo lo trabajaba aún en la lejana Nordheim, sino de aguzado acero, forjado por un pueblo vencido y hábil en la tierra de las palmeras y elefantes, cuyos guerreros armados de acero no habían sido capaces de contenernos.

Nos detuvimos en la llanura a moderada distancia de los grandes muros negros que parecían construidos con bloques gigantescos de piedra basáltica. Asgrimm se adelantó de nuestras filas, desarmado, con las manos levantadas, la palma abierta hacia fuera, como signo de parlamentar. Pero una flecha se clavó en el suelo cerca de él, trazando un arco desde las torretas, y él retrocedió hasta nuestras filas.

-¡Guerra, hermano! -siseó Kelka, rojos fuegos brillando en sus negros ojos.

Y en ese momento las enormes puertas se abrieron y de ellas surgieron filas de guerreros, sus plumas de guerra agitándose sobre ellos entre el destellar de las lanzas. El sol poniente arrancaba fuego de sus pulidos cascos de cobre.

Eran altos y de constitución esbelta, oscuros de piel, aunque ni negros ni morenos, con rasgos firmes y aquilinos. Sus arneses eran de cobre y cuero, sus escudos estaban cubiertos de chagrén verde. Sus lanzas, sus esbeltas espadas y largas dagas eran de bronce. Avanzaron en perfecta formación, unos mil quinientos, una marea de plumas en movimiento y lanzas destellantes. Detrás de ellos, los edificios estaban llenos de espectadores.

No se parlamentó. Mientras se acercaban, el viejo Asgrimm gritó como un lobo en la cacería y cargamos para enfrentarnos al ataque. No íbamos en formación; corrimos

hacia ellos como lobos, y vimos el desprecio en sus rostros de halcón al acercarnos. No tenían arcos y ni una flecha fue disparada desde nuestras filas lanzadas a la carrera, ni se arrojó una lanza. Deseábamos sólo llegar al cuerpo a cuerpo. Cuando estábamos a tiro de jabalina nos enviaron una lluvia de lanzas, la mayoría de las cuales rebotaron en nuestros escudos y corseletes, y después, con un rugido gutural, nuestra carga se estrelló en el blanco.

¿Quién dijo que la ordenada disciplina de una civilización degenerada puede enfrentarse a la pura ferocidad de la barbarie? Luchaban para combatir como una sola unidad; nosotros luchamos como individuos, lanzándonos de cabeza contra sus lanzas, dando tajos como locos. Toda su primera línea se hundió bajo nuestras silbantes espadas, y las filas posteriores retrocedieron y vacilaron al sentir los guerreros el brutal impacto de nuestra increíble fuerza. Si hubieran aguantado, podrían habernos flanqueado, cercándonos con su numero superior y nos habrían degollado. Pero no pudieron aguantar. Nos abrimos paso como un arado en una tormenta de golpes martilleantes, rompiendo sus líneas, pisoteando a sus muertos mientras proseguíamos irresistiblemente hacia adelante. Su formación de batalla se derritió; lucharon contra nosotros hombre a hombre, y la batalla se convirtió en una carnicería. Pues en fuerza personal y ferocidad, no podían comparársenos.

¡Les segamos como maíz; les cosechamos como grano maduro! ¡Oh, cuando revivo esa batalla parece que James Allison le cede el sitio al acorazado y potente Hialmar, con la locura de la guerra en su cerebro y el canto de guerra en los labios! Y estoy nuevamente ebrio por el canto de las espadas, el derramarse de la sangre caliente y el rugido de la matanza.

Rompieron filas y huyeron, arrojando sus lanzas. Les pisamos los talones, derribándoles mientras corrían, hasta las mismas puertas a través de las que se precipitaron los primeros y que nos cerraron en la cara, y en la cara de los desgraciados que eran los últimos en la huida. Sin poder llegar a la zona de seguridad, arañaron y golpearon los inflexibles portales hasta que les acuchillamos. Luego fue nuestro turno de golpear las puertas hasta que una rociada de piedras y maderos arrojada desde arriba aplastó la cabeza de tres o cuatro guerreros, y retrocedimos hasta una distancia segura. Oímos a las mujeres aullando en las calles, y los hombres formaron en las paredes y nos dispararon flechas, sin gran habilidad.

Los cuerpos de los muertos cubrían la llanura desde el punto donde se habían enfrentado las huestes hasta el umbral de las puertas, y donde había caído un Aesir, habían caído media docena de guerreros emplumados.

El sol se había ocultado. Alzamos nuestro tosco campamento ante las puertas y durante toda la noche oímos llantos y gemidos dentro de los muros, donde la gente aullaba por aquellos cuyos cuerpos inmóviles recogimos y amontonamos a cierta distancia. Al amanecer, tomamos los cadáveres de los treinta Aesir que habían caído en el combate y, dejando arqueros para vigilar la ciudad, les llevamos a los acantilados que descendían lisos durante quinientos pies hasta la playa de blanca arena. Encontramos tortuosos senderos que conducían hasta abajo y, con nuestra carga, nos abrimos paso hasta el borde del agua.

Allí, con barcas de pesca varadas en la arena, hicimos una gran balsa y en ella amontonamos madera. Sobre la pila tendimos a los guerreros muertos, vestidos con sus cotas, sus armas al lado, y cortamos el cuello a la docena de cautivos que habíamos hecho, y manchamos las armas y los costados de la balsa con su sangre. Luego prendimos fuego a la madera y lanzamos la balsa al mar. Se alejó flotando sobre la espejeante superficie del agua azulada hasta no ser más que un resplandor rojo, desvaneciéndose en el amanecer.

Luego ascendimos por los senderos y nos alineamos ante la ciudad, entonando nuestros cánticos guerreros. Tomamos nuestros arcos y un hombre tras otro fue cayendo de las torretas, traspasados por nuestras largas flechas. De los árboles que hallamos creciendo en los jardines fuera de la ciudad construimos escaleras de asalto y las colocamos contra los muros. Subimos por ellas bajo la lluvia de flechas, lanzas y vigas que se derramaba sobre nosotros. Nos arrojaron plomo fundido, y cuatro guerreros ardieron cual hormigas en una llama. Entonces lanzamos una vez más nuestras saetas, hasta que ninguna cabeza emplumada asomó en los edificios.

Protegidos por nuestros arqueros, colocamos de nuevo las escalas. Mientras nos preparábamos para la ascensión que nos haría rebasar los muros, en una de las torres que se alzaban sobre las puertas apareció una figura que nos detuvo de golpe.

Era una mujer, una mujer como no habíamos visto en muchos años... cabello dorado flotando libremente al viento, lechosa piel blanca brillando a la luz del sol. Nos llamó en nuestra propia lengua, vacilante, como si no la hubiera usado en muchos años.

-¡Esperad! Mis amos tienen algo que deciros.

-¡Amos! -Asgrimm escupió la palabra-. ¿A quiénes llama amos una mujer de los Aesir, excepto a los hombres de su propio clan?

No pareció entender, pero respondió.

-Esta es la ciudad de Khemu, y los amos de Khemu son los señores de esta tierra. Me hacen deciros que no se os pueden enfrentar en la batalla, pero dicen que tendréis poco provecho si escaláis estos muros porque matarán a sus mujeres y niños con sus propias manos, y prenderán fuego a los palacios, de modo que sólo tomaréis un amasijo de piedras en ruinas. Pero si perdonáis a la ciudad, os mandarán presentes de oro y joyas, ricos vinos y raros manjares, y las muchachas más hermosas de la ciudad.

Asgrimm se tiró de la barba, reacio a olvidar el saqueo y el derramamiento de sangre; pero los hombres más jóvenes rugieron:

-¡Perdona la ciudad, viejo oso! De lo contrario matarán a las mujeres... y hemos vagado durante muchas lunas sin que hubiera ninguna mujer.

-¡Jóvenes idiotas! -gruñó Asgrimm-. Los besos y las palabras de amor de las mujeres se desvanecen y marchitan, pero la espada canta una nueva canción a cada golpe. ¿Será el falso atractivo de las mujeres o la brillante locura de la matanza?

-¡Mujeres! -rugieron los jóvenes guerreros, haciendo entrechocar sus espadas-. Deja que nos manden a sus muchachas, y perdonaremos su maldita ciudad.

El viejo Asgrimm se giró con una mueca de amargo desprecio y llamó a la muchacha de la cabellera dorada en la torre.

-Yo arrasaría vuestros muros y haría polvo vuestros capiteles, y empaparía el polvo con la sangre de vuestros amos -dijo-, ¡pero mis jóvenes son estúpidos! Enviadnos mujeres y comida... y los hijos de los jefes como rehenes.

-Así se hará, mi señor -replicó la muchacha.

Quitamos las escalas de asalto y nos retiramos a nuestro campamento.

Pronto las puertas giraron abriéndose de nuevo y de ellas surgió una procesión de esclavos desnudos, cargados con dorados recipientes que contenían manjares y vinos tales como nosotros jamás habíamos sabido que existieran. Los dirigía un hombre de rostro aquilino con un manto de plumas de vivos colores, llevando en la mano una vara de marfil y en las sienes un círculo de cobre como una serpiente enroscada, la cabeza levantada al frente. Por su porte era evidente que era un sacerdote y pronunció su nombre, Shakkaru, señalándose a sí mismo. Con él llegó media docena de jóvenes, ataviados con pantalones de seda, cinturones enjoyados y alegres plumas, y temblando de miedo. La chica del cabello amarillo permanecía en la torre y nos dijo que esos eran

los hijos de los príncipes, y Asgrimm les hizo probar el vino y la comida antes de que nosotros comiéramos o bebiéramos.

Para Asgrimm los esclavos trajeron jarras de ámbar llenas de polvo de oro, una capa de llameante seda escarlata, un cinturón de chagrén con una hebilla de oro y joyas, y un tocado de cobre pulido adornado con grandes plumas.

Meneó la cabeza y musitó:

-Los oropeles y el brillo son polvo de vanidad y se desvanecen bajo el paso de los años, pero el filo de la matanza jamás se embota, y el olor de la sangre recién derramada es bueno para el olfato de un viejo.

Pero se puso los resplandecientes adornos, y después llegaron las muchachas -criaturas jóvenes y esbeltas, flexibles y de oscuros ojos, parcamente ataviadas con sedas brillantes- y él escogió a la más hermosa, aunque meditabundo, como un hombre podría escoger un amargo fruto.

Habían pasado muchas lunas desde que vimos mujeres, salvo las rechonchas criaturas manchadas de humo de los comedores de grasa de ballena. Los guerreros aferraron a las aterradas muchachas con un apetito salvaje... pero mi espíritu estaba deslumbrado por la imagen de la muchacha del cabello dorado en la torre. No había lugar en mi mente para otro pensamiento. Asgrimm me puso a vigilar los rehenes y me dijo que los matara sin piedad si el vino o la comida resultaban envenenados, o alguna mujer apuñalaba a un guerrero con una daga oculta, o los hombres de la ciudad realizaban una salida repentina contra nosotros.

Pero los hombres vinieron sólo a recoger los cuerpos de sus muertos y con grandes rituales extraños los quemaron en un gran promontorio que dominaba el mar.

Luego se nos acercó otra procesión, más larga y elaborada que la primera. Los jefes de los guerreros caminaban a los lados, sin armas, sustituidos sus arreos por túnicas y capas de seda. Ante ellos marchaba Shakkaru, levantando su vara de marfil, y entre las filas, esclavos jóvenes, sólo con mantos cortos de plumas de oro, llevaban una litera de caoba pulida con dosel e incrustada de joyas.

Dentro estaba sentado un hombre flaco con una curiosa corona en su delgada y prominente cabeza. Junto a la litera andaba la muchacha de blanca piel que había hablado desde la torre. Llegaron ante nosotros y los esclavos se arrodillaron, sosteniendo aún la litera, mientras los nobles se apartaban a cada lado, cayendo de rodillas. Sólo Shakkaru y la muchacha permanecieron de pie.

El viejo Asgrimm se les encaró, flaco, hirsuto, suspicaz, su rostro lleno de surcos, ensombrecido por las negras plumas que se agitaban sobre él. Y pensé en cuán natural aspecto de rey tenía, en pie entre sus gigantescos guerreros, espada en mano, comparado con el hombre que reposaba tendido en la litera llevada por esclavos.

Pero no tenía ojos más que para la chica, a la que vi cara a cara por primera vez. Vestía sólo una corta túnica sin mangas y de bajo cuello, de seda azul, que se detenía a la distancia de una mano sobre sus rodillas, y en los pies llevaba suaves sandalias de cuero verde. Tenía los ojos grandes y despejados, la piel más blanca que la más pura leche y su cabellera capturaba al sol en un ondulante resplandor dorado. Había una suavidad en su esbelta forma que jamás había visto en ninguna mujer de los Aesir. Había una feroz belleza en nuestras mujeres de pajiza cabellera, pero esta muchacha era igual de hermosa y sin esa ferocidad. No había crecido en una tierra desnuda, como ellas, donde la vida era una implacable batalla por la existencia, para el hombre y para la mujer. Pero no proseguí tales ideas hasta su ultimo extremo; simplemente permanecí inmóvil, deslumbrado por su rubia irradiación, mientras ella traducía las palabras del rey y las réplicas, los roncos gruñidos, de Asgrimm.

-Mi señor te dice, «Escucha, soy Akkheba, sacerdote de lshtar, rey de Khemu. Reine la amistad entre nosotros. Nos necesitamos el uno al otro, pues sois hombres que vagan a ciegas en una tierra desnuda, como me dice mi brujería, y la ciudad de Khemu necesita espadas aguzadas y brazos poderosos, pues viene contra nosotros un enemigo desde el mar al que no podemos rechazar en solitario. Permaneced en esta tierra, y prestadnos vuestras espadas, y tomad nuestros regalos para placer vuestro y nuestras muchachas por esposas. Nuestros esclavos se afanarán por vosotros, y cada día os sentaréis ante mesas que crujirán bajo las carnes, los pescados, los cereales, el pan blanco, los vinos y las frutas. Llevaréis hermosos vestidos, y moraréis en palacios de mármol con lechos de seda y fuentes tintineantes».

Asgrimm comprendió su discurso, pues habíamos visto las ciudades de la tierra de las palmeras; pero sólo al hablar de enemigos y manejo de espadas resplandecieron sus fríos ojos azules.

-Nos quedaremos -respondió, y rugimos nuestro asentimiento-. Nos quedaremos y le arrancaremos el corazón a los enemigos que vengan contra vosotros. Pero acamparemos fuera de los muros, y los rehenes se quedarán con nosotros, noche y día.

-Está bien -dijo Akkheba, con una regia inclinación de su delgada cabeza.

Los nobles de Khemu se arrodillaron ante Asgrimm y le habrían besado las sandalias atadas con largas tiras. Pero él les insultó y retrocedió, iracundo e incómodo, mientras sus guerreros rugían con áspera alegría. Después, Akkheba regresó en su litera, balanceándose a hombros de sus esclavos, y nos instalamos para un largo descanso de nuestros vagabundeos. Miré largo tiempo a la intérprete de dorada cabellera, hasta que las puertas de la ciudad se cerraron tras ella.

Así permanecimos fuera de los muros, y día tras día el pueblo nos trajo comida y vino, y se nos enviaron más muchachas. Los trabajadores vinieron y se afanaron en los jardines, los campos y los viñedos, sin temernos, y las barcas de pesca zarparon... estrechas embarcaciones con proas curvadas y velas de seda con dibujos de barras. Y aceptamos al fin la invitación del rey, y fuimos en una masa compacta, los rehenes en el centro con espadas desenvainadas en el cuello, a través de las puertas enrejadas de hierro y al interior de la ciudad.

¡Por Ymir, grandes eran los edificios de Khemu! Con toda seguridad, los amos actuales de la ciudad habían sido engendrados por dioses, pues ¿quién, de lo contrario, habría podido alzar esos negros muros de basalto, de ochenta pies de altura y cuarenta pies en la base? ¿O erigir esa gran cúpula dorada que se alzaba a quinientos pies por encima de las calles pavimentadas de mármol?

Mientras caminábamos por la amplia calle flanqueada de columnas, basta la gran plaza del mercado, espadas en la mano, las puertas y las ventanas estaban atestadas de rostros ansiosos, fascinados y asustados. El parloteo de la plaza del mercado murió de repente cuando entramos en ella y la gente se apartó de las tiendas y los puestos para cedernos el paso. Estábamos alerta, como tigres, y el más ligero incidente habría bastado para hacernos explotar en un repentino estallido de masacre. Pero el pueblo de Khemu era sabio y no hubo provocación alguna.

Los sacerdotes llegaron y se inclinaron ante nosotros y nos condujeron al gran palacio del rey, un colosal amasijo de piedra negra y mármol. Al lado del palacio había un gran patio abierto, pavimentado con losas de mármol, y de este patio unos escalones de mármol, lo bastante anchos como para que los ascendieran diez hombres de frente, conducían hasta un estrado donde el rey subía ocasionalmente para dirigirse a la multitud. Esta ala era de construcción más vieja que el resto del palacio y estaba provista de un techo inclinado de piedra curiosamente tallado, abrupto y empinado, que se alzaba sobre todas las demás agujas de la ciudad salvo la cúpula dorada. El borde de

esta ladera construida de ladrillos estaba a sólo unos pies por encima del estrado y de lo que contenía esa ala nada vieron ninguno de los Aesir jamás; la gente decía que era el harén de Akkheba.

Más allá de este patio estaban las misteriosas casas con frontispicios de columnas de los sacerdotes inferiores, a los dos lados de una ancha calle pavimentada de mármol, y de nuevo más allá la alta cúpula dorada que coronaba el gran templo de Ishtar. Por todos lados se alzaban torres resplandecientes y capiteles de zafiro, pero la cúpula brillaba serena mente sobre todas ellas, al igual que la brillante gloria de Ishtar, nos dijo Shakkaru, brillaba sobre las cabezas de los hombres. Digo que nos lo dijo Shakkaru; en los pocos días que habían pasado entre nosotros, los jóvenes príncipes habían aprendido mucho de nuestro tosco y sencillo idioma, y mediante su traducción y por medio de señas, los sacerdotes de Khamu conversaron con nosotros.

Nos condujeron a las altas puertas del templo, pero atisbando a través de las hileras de grandes columnas de mármol el misterioso y oscuro interior, nos amilanamos, temiendo una trampa y rehusamos entrar. Yo buscaba ansiosamente todo el tiempo a la muchacha del cabello dorado, pero no se la veía en ninguna parte. Ya no necesitada como intérprete, el silencio de la ciudad misteriosa la había engullido.

Tras esta primera visita, regresamos a nuestro campamento fuera de los muros, pero volvimos una y otra vez, primero en grupos y después, cuando nuestras sospechas se adormecieron, en grupos mis pequeños o en solitario. Sin embargo, no dormíamos dentro de la ciudad, aunque Akkheba nos invitó a que levantáramos nuestras tiendas en la gran plaza del mercado, si nos desagradaban los palacios de mármol que nos ofrecía. Ninguno de nosotros había vivido jamás en una casa de piedra o detrás de altos muros. Nuestra raza moraba en tiendas de pieles curtidas, o chozas de barro y cañas, y nosotros, los del largo viaje, dormíamos tan a menudo sobre el suelo desnudo como lo hacían los lobos. Pero de día vagabundeamos a través de la ciudad, maravillándonos ante sus prodigios, tomando lo que deseábamos en los puestos, para desespero de los mercaderes, y entrando en los palacios, con precaución, pero a nuestro placer, para que nos atendieran mujeres que nos temían, pero parecían fascinadas por nosotros. El pueblo de Khemu era maravillosamente bueno para aprender; pronto hablaron nuestra lengua tan bien como nosotros, aunque su pronunciación era dificultosa para nuestras bárbaras lenguas.

Pero todo esto llevó tiempo. El primer día después de que visitáramos la ciudad, algunos de nosotros volvimos a ella, y Shakkaru nos guió al palacio de los altos sacerdotes que estaba unido al templo de Ishtar. Al entrar vi a la muchacha del cabello dorado, pulimentando un rechoncho ídolo de cobre con un trapo de seda. Asgrimm puso una pesada mano en el hombro de uno de los jóvenes príncipes.

-Dile al sacerdote que tendré a esa muchacha para mí –gruñó.

Antes de que el sacerdote pudiera replicar, una roja rabia invadió mi cerebro y camine hacia Asgrimm como un tigre hacia su rival.

-Si alguno de nosotros toma a esa mujer será Hialmar -gruñí, y Asgrimm se giró como un gato ante el ronroneo espeso y asesino de mi voz.

Nos enfrentamos tensamente, las manos en los pomos de las espadas, y Kelka sonrió como un lobo y empezó a deslizarse hacia la espalda de Asgrimm, desenvainando cautelosamente su largo cuchillo, cuando Akkheba habló a través del rehén.

-No, mis señores, Aluna no es para ninguno de vosotros, o para cualquier otro hombre. Es la doncella de la diosa Ishtar. Pedid cualquier otra mujer de la ciudad y será vuestra, incluso la favorita del rey; pero esta mujer está consagrada la diosa.

Asgrimm gruñó y no insistió en el asunto. El misterio incensado del templo había impresionado incluso a su alma feroz, y aunque los Aesir no consideramos en demasía

los dioses de los demás pueblos, con todo no deseaba tomar a una muchacha que había estado en tan estrecha comunión con la deidad. Pero mis supersticiones eran más débiles que mi deseo por Aluna. Volví de nuevo, una y otra vez, al palacio de los sacerdotes, y aunque no les gustaba mucho mi visita, no quisieron o no osaron decirme que no; y con tan pobre principio, empecé mi galanteo.

¿Qué diré de mis habilidades en cuanto a cortejar? A otra mujer la habría arrastrado hasta mi tienda tirando de su larga cabellera, pero incluso sin la prohibición sacerdotal, algo había en mi interés por Aluna que apartaba mis manos de la violencia. La galanteé como hacemos los Aesir con nuestras flexibles y fieras bellezas... alardeando de proezas, y con relatos de rapiña y matanzas. Y en verdad, sin exageración, que mis relatos de batalla y masacres me habrían atraído a la más esquiva de las más salvajes bellezas de Nordheim. ¡Pero Aluna era suave y amable, y había crecido en el templo y el palacio, en vez de en la choza de caña y el campo helado! Mis feroces fanfarroneos la asustaban; no los entendía. Y por la extraña perversidad de la naturaleza, era esta propia falta de comprensión lo que la hacía más atractiva para mí. Al mismo tiempo, el salvajismo que temía en mí la hacía mirarme con más interés del que tenía para los suaves hombres de Khemu.

Pero en mis conversaciones con ella me enteré de su llegada a Khemu, y su saga era tan extraña como la de Asgrimm y nuestra partida. No podía decir gran cosa de dónde había vivido en la niñez, careciendo de conocimientos geográficos, pero había sido muy lejos, al este, cruzando el mar. Recordaba una costa desnuda azotada por las olas, y míseras chozas de fango y cañas, y gentes de cabellera amarilla como ella. Así llegué a creer que provenía de una rama de los Aesir que señalaban la migración más occidental de nuestra raza en ese tiempo. Tenía quizás nueve o diez años cuando había sido capturada en una incursión a la aldea por hombres morenos en galeras... no sabía quiénes eran, y mi conocimiento de los tiempos antiguos no me lo indica, pues entonces los fenicios no se habían hecho aún a la mar, ni tampoco los egipcios. No puedo sino suponer que eran hombres de alguna raza antigua, supervivientes de otra era, como el pueblo de Khemu... destruidos y olvidados ante la ascensión de razas más jóvenes.

La tomaron, y una tormenta les empujó hacia el oeste y el sur durante muchos días, hasta que su galera encalló en los arrecifes de una isla extraña donde hombres pintados afluyeron a la playa y mataron a los supervivientes para sus calderos de cocina. Por algún capricho, perdonaron a la muchacha de cabello amarillo, y colocándola en una gran canoa con gesticulantes cráneos a lo largo de las bordas, remaron hasta divisar las aguas de Khemu en los altos acantilados.

Allí la vendieron a los sacerdotes de Khemu para que fuera doncella de la diosa Ishtar. Había supuesto que su posición era sagrada y reverenciada, pero descubrí que era de otro modo. El gusano de la sospecha se removió en mi alma contra los khemuri al darme cuenta, en sus palabras, del cruel y amargo desprecio en el que tenían a las gentes de otras razas más jóvenes.

Su posición en el templo no era ni honrosa ni digna, y aunque era la sirvienta de la diosa, carecía de honores por sí misma, salvo el de que ningún hombre excepto los sacerdotes podía tocarla. Era, de hecho, una simple criada, sujeta a la fría crueldad de los aquilinos sacerdotes. Para ellos no era hermosa; para ellos su blanca piel y su brillante cabellera dorada no eran sino las marcas de una raza inferior. Y hasta yo, que no era muy inclinado a ejercitar mi cerebro, tuve la vaga idea de que si una muchacha rubia era tan despreciable a sus ojos, la traición debía acechar tras los honores que le rendían a hombres de la misma raza.

Por Aluna aprendí un poco sobre Khemu y algo más de los sacerdotes y príncipes. Como pueblo, eran muy antiguos. Se proclamaban descendientes de los medio míticos

lemurios. En tiempos, sus ciudades habían ceñido el golfo sobre el que dominaba Khemu. Pero algunas las había engullido el mar, algunas habían caído ante los salvajes pintados de las islas y algunas habían sido destruidas por guerras civiles, de modo que ahora, durante casi mil años, Khemu había reinado sola en solitaria majestad. Su único contacto había sido con el errabundo pueblo pintado de las islas quien, basta un año antes o así, había venido regularmente en sus largas canoas de alta proa a comerciar con el ámbar gris, cocos, dientes de ballena y el coral obtenido de sus islas; y la caoba, pieles de leopardo, oro virgen, colmillos de elefante y mineral de cobre, conseguido de algún lejano y desconocido continente tropical al sur.

El pueblo de Khemu era una raza que desaparecía. Aunque seguía contándose por millares, muchos eran esclavos, descendientes de mil generaciones de esclavos. Su raza no era sino una sombra de su antigua grandeza. Unos cuantos siglos más les habrían visto extinguirse, pero en el mar, hacia el sur, invisible más allá del horizonte, aguardaba una amenaza que podía barrenes a todos de la existencia de un solo golpe.

El pueblo pintado había dejado de acudir para comerciar en paz. Habían llegado en canoas de guerra, con el estruendo de las lanzas en los escudos cubiertos de piel, y un bárbaro cántico guerrero. Había surgido un rey entre ellos que había unido las tribus enfrentadas, y ahora los lanzaba contra Khemu... no sus antiguos amos, pues el viejo imperio del que Khemu había sido una parte se había derrumbado antes de que ese pueblo llegara a las islas desde ese continente lejano que era la cuna de su raza. Este rey no era como ellos; era un gigante de piel blanca como nosotros, con enloquecidos ojos azules y cabello rojo como la sangre.

El pueblo de Khemu le había visto. Por la noche, sus canoas de guerra repletas de lanceros pintarrajeados habían atracado en la costa, y al amanecer los asesinos habían ascendido los pasos del acantilado, matando a los pescadores que dormían en chozas a lo largo de la playa, masacrando a los trabajadores que se preparaban para ir a labrar los campos, y asaltando las puertas. Con todo, los grandes muros habían resistido y los atacantes se habían cansado del asalto y se habían retirado. Pero el rey pelirrojo había permanecido ante las puertas, balanceando la cabeza cercenada de una mujer por su larga cabellera, y había gritado su sangriento juramento de regresar con una flotilla de canoas de guerra que haría ennegrecerse el mar, y derribar las torres de Khemu en el polvo manchado de rojo. El y sus asesinos eran los enemigos que habíamos sido pagados para combatir, y aguardábamos su llegada con salvaje impaciencia.

Y mientras esperábamos, nos acostumbramos más y más a las cosas de la civilización, todo lo que pueden acostumbrarse unos bárbaros en tan corto tiempo. Acampábamos aún fuera de los muros, y dentro de ellos seguíamos teniendo listas las espadas, pero era más por precaución instintiva que por miedo a la traición. Hasta Asgrimm pareció adormecerse con un sentimiento de seguridad, especialmente después de que Kelka, enloquecido por el vino que le dieron, mató a tres khemurianos en la plaza del mercado y no hubo venganza de sangre o castigo por ello.

Vencimos nuestras supersticiones y permitimos a los sacerdotes guiarnos a la silenciosa caverna en penumbra de un edificio que era el templo de Ishtar. Fuimos incluso al altar secreto, cuyos fuegos sagrados ardían tenuemente en las aromáticas tinieblas. Allí, una aullante esclava fue sacrificada en el gran altar negro con vetas rojizas, al pie de las escalinatas de mármol que ascendían en la oscuridad hasta perderse de vista. Esos escalones llevaban a la morada de Ishtar, se nos dijo, y por ellos subía el espíritu del sacrificio para servir a la diosa. Lo cual decidí era cierto, pues cuando el cadáver del altar quedo inmóvil y los cánticos de adoración murieron en un murmullo que helaba la sangre, oí sonidos de llanto muy por encima de nosotros, y supe que el alma desnuda de la víctima contemplaba aterrada a su diosa.

Le pregunté luego a Aluna si había visto alguna vez a la diosa, y tembló de miedo, y dijo que sólo el espíritu de los muertos veía a Ishtar. Ella, Aluna, jamás había puesto pie en la escalinata de mármol que llevaba a la morada de la diosa.Era llamada la doncella de Ishtar, pero sus deberes eran cumplir los caprichos de los sacerdotes de rostro aquilino y las mujeres desnudas de ojos malignos que les servían, y que se deslizaban como oscuras sombras entre las tinieblas purpúreas de las columnatas.

Pero el descontento crecía entre los guerreros, y se cansaron de la comodidad y el lujo, y hasta de las mujeres de piel oscura. Pues en la extraña alma de los Aesir sólo la sed de la roja batalla y el vagabundeo permanece constante. Asgrimm conversaba diariamente con Shakkaru y Akkheba sobre los tiempos antiguos; yo estaba encadenado por el deseo de Aluna; Kelka se emborrachaba cada día en las tabernas hasta caer inconsciente en la calle. Pero el resto clamaba contra la vida que llevábamos y le preguntaba a Akkheba, ¿qué hay del enemigo que debemos aniquilar?

-Tened paciencia -dijo Akkheba-. Vendrán, y su rey pelirrojo con ellos.

El amanecer se alzó sobre las aguas resplandecientes de Khemu. Los guerreros habían empezado a pasar las noches, al igual que los días, en la ciudad. Yo había estado bebiendo con Kelka la noche anterior y me había tendido con él en la calle hasta que la brisa matutina había expulsado la humareda del vino de mi cerebro. Buscando a Aluna, descendí la calle pavimentada de mármol y entré en el palacio de Shakkaru, que estaba unido al templo de Ishtar. Atravesé las grandes estancias exteriores, donde mujeres y sacerdotes dormitaban aún, y oí de pronto, tras una puerta cerrada, el sonido de fuertes golpes sobre suave carne desnuda. Mezclada con ellos había un lastimoso llanto y una voz conocida que, entre sollozos, pedía clemencia.

La puerta estaba bien asegurada, era de caoba reforzada con plata, pero la reventé como si hubiera sido un débil panel de madera. Aluna se acurrucaba en el suelo, con su breve túnica revuelta, ante un sacerdote de afilado rostro que con fría maldad la azotaba con un cruel látigo de pequeños ganchos que dejaba verdugones escarlata en su carne desnuda. Al entrar yo se giró, y su rostro se puso ceniciento. Antes de que pudiera moverse cerré el puño y le di tal golpe que aplasté su cráneo como una cáscara de huevo, rompiéndole además el cuello.

El palacio entero ondulaba enrojecido ante mis ojos de loco. Quizás no fuese tanto el dolor que el sacerdote le había causado a Aluna -pues el dolor era la cosa más corriente en esa vida feroz-, sino el modo de propietario con que lo había infligido... el saber que los sacerdotes la habían poseído... todos ellos, quizás.

Un hombre no es mejor ni peor de lo que son sus sentimientos hacia las mujeres de su sangre, lo cual es la única y auténtica prueba de conciencia racial. Un hombre se apropiará la mujer del extraño, se sentará con él a comer carne y no sentirá inquietarse su conciencia de raza. Es sólo cuando ve al extranjero en posesión de una mujer de su sangre, o intentando lograrla, cuando percibe la diferencia de la raza y el lazo. Así, yo, que había estrechado en mis brazos mujeres de muchas razas, que era hermano de sangre de un salvaje picto, enloquecí de furia ante la visión de un extraño poniéndole las manos encima a una mujer Aesir.

Creo que fue el verla, esclava de una raza extraña, y la lenta ira que ello produjo, lo que primero me impulsó hacia ella. Pues las raíces del amor se hunden en el odio y la furia. Y su dulzura y amabilidad, tan poco familiares para mí, hicieron cristalizar esa primera y vaga sensación.

Permanecí con el ceño fruncido ante ella mientras gemía a mis pies. No la puse en pie y limpié sus lágrimas como habría hecho un hombre civilizado. Si se me hubiera ocurrido tal idea, la habría rechazado enfurecido como indigna de un hombre.

Mientras permanecía así, ni gritar mi nombre de pronto, y Kelka entró corriendo en la recámara, lanzando gritos:

-¡Vienen, hermano, como dijo el viejo! ¡Los vigías de los acantilados han corrido a la ciudad con la nueva de que el mar esta ennegrecido por las canoas de guerra!

Con una mirada a Aluna y una torpe incoherencia luchando por expresarse, me giré para ir con el picto, pero la muchacha se alzó tambaleándose y corrió hacia mí, las lágrimas rodando por sus mejillas, sus brazos extendidos en una súplica.

-¡Hialmar! –gimió-. ¡No me abandones! ¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo!

-Ahora no puedo llevarte –gruñí-. Ante nosotros están la guerra y la matanza. Pero cuando vuelva te llevaré conmigo, ¡y ni los sacerdotes de todos los dioses me detendrán!

Di un rápido paso hacia ella, mis manos tendiéndose con deseo... y me aparté temiendo dañar su tierna carne, dejando caer a los costados mis manos vacías. Permanecí un instante, atontado, desgarrado por un deseo feroz, habla y acción congeladas por la extrañeza de la emoción que desgarraba mi alma. Después me forcé a marcharme y seguí al impaciente picto a las calles.

El sol se alzaba cuando los Aesir fuimos a los acantilados ribeteados de escarlata, seguidos por los regimientos de Khemu. Habíamos tirado a un lado los alegres ornamentos y tocados que usábamos en la ciudad. El sol naciente arrancaba destellos de nuestros cascos con cuernos, petos gastados y espadas desnudas. Olvidados los meses de Ocio y libertinaje. Nuestras almas ardían con la exultación salvaje de la matanza venidera. Íbamos a la carnicería como a un banquete, y al marchar hacíamos entrechocar la espada y el escudo en un ritmo tosco y atronador, y cantábamos la canción de muerte de Niord, que comió el rojo y humeante corazón de Heimdul. Los guerreros de Khemu nos contemplaban asombrados y la gente que atestaba los muros de la ciudad agitaba sus cabezas perpleja e intercambiaba murmullos.

Así llegamos a los acantilados y vimos, como había dicho Kelka, el mar negro de canoas de guerra, de alta proa y adornadas con cráneos sonrientes. Docenas de esas barcas había atracado ya en la playa y otras se balanceaban en las crestas de las olas. Los guerreros bailaban y gritaban en la arena, su clamor se alzaba hasta nosotros. Había muchos, como mínimo tres mil, probablemente muchos más. Los hombres de Khemu palidecieron, pero el viejo Asgrimm rió como no le habíamos oído reír en muchas lunas, y los años cayeron de él como una capa gastada.

Había media docena de caminos que llevaban a través de los acantilados hasta la playa, y por ellos debían subir los invasores, pues los precipicios de los otros lados eran inescalables. Nos alineamos ante esos caminos, los hombres de Khemu se hallaban detrás nuestro. Escaso papel tenían en esa batalla, manteniéndose en reserva para una ayuda que no pedimos.

Los guerreros pintados ascendieron cantando en tropel por los pasos, y al fin vimos a su rey dominando sus enormes figuras. El sol de la mañana capturaba su cabellera en una llama escarlata, y su risa era como el soplo del viento marino. Sólo él en esa hora llevaba cota de malla y yelmo, en su mano su gran espada brillaba con un resplandor plateado. Sí, era uno de los Vanir errantes, nuestro pelirrojo pariente de Nordheim. Nada sé de su largo viaje, sus vagabundeos y su saga salvaje, pero debe haber sido más feroz y extraña que la de Aluna o la nuestra. Por qué locura de su alma llegó a ser rey de esos feroces salvajes, no puedo imaginarlo. Pero cuando vio qué clase de hombres se le enfrentaban, nueva furia penetró en sus gritos y bajo sus órdenes los guerreros coronaron los caminos como olas erizadas de acero.

Tomamos nuestros arcos y las flechas silbaron en nubes por los desfiladeros. Las filas delanteras se derritieron, las hordas retrocedieron vacilando, luego se tensaron y

volvieron de nuevo. Rompimos una carga tras otra, y una carga tras otra se lanzó por los pasos con ferocidad ciega. Los atacantes no llevaban armadura, y nuestras largas saetas penetraban los escudos cubiertos de piel como si fuera tela. No poseían el arte de la arquería. Cuando se nos acercaron lo bastante, arrojaron sus lanzas en una lluvia silbante y algunos de los nuestros murieron. Pero pocos de ellos llegaron a tiro de lanza y menos aún ganaron el final de los pasos. Recuerdo un guerrero enorme que llegó arrastrándose como una serpiente del desfiladero, espuma carmesí babeando de sus labios y los extremos emplumados de las flechas sobresaliendo de su vientre, costillas, cuello y extremidades. Aullaba como un perro rabioso y su mordisco agónico arrancó el talón de mi sandalia mientras yo convertía su cabeza en una roja ruina a pisotones.

Unos cuantos pasaron la cegadora granizada de flechas y llegaron al combate cuerpo a cuerpo, pero allí no les fue mucho mejor. Los Aesir éramos más fuertes hombre a hombre, y nuestra armadura desviaba sus lanzas, mientras que nuestras espadas y hachas traspasaban sus escudos de madera como si fueran de papel. Pero eran tantos que de no ser por nuestra posición ventajosa, todos los Aesir habrían muerto en los acantilados y el sol poniente habría iluminado las humeantes ruinas de Khemu.

Nos mantuvimos en los acantilados durante todo el largo día veraniego hasta que, vacías nuestras aljabas y desgastadas las cuerdas de nuestros arcos, con los desfiladeros llenos de cadáveres pintados, arrojamos a un lado los arcos y, desenvainando las espadas, descendimos a los desfiladeros y nos enfrentamos a los invasores mano a mano, hoja contra hoja. Habían muerto como moscas en los pasos, pero todavía que daban muchos de ellos vivos, y el fuego de su rabia no hacía sino arder con más fiereza a causa de los cuerpos emplumados de flechas que yacían bajo nuestros pies.

Se lanzaron hacia arriba, rugiendo como una ola, acuchillando con lanzas y golpeando con mazas de guerra. Les enfrentamos en un remolino de acero, hendiendo cráneos, hundiendo pechos, segando miembros de sus cuerpos y de sus hombros, hasta que los desfiladeros eran una confusión donde los hombres a duras penas podían conservar el equilibrio en los senderos inundados de sangre y atestado de cadáveres.

Cuando llegué al rey de los atacantes. el sol poniente arrojaba largas sombras a través de las playas oscurecidas los acantilados. El rey se hallaba en un terreno llano donde la empinada ladera corría horizontal un corto trecho antes de lanzarse de nuevo hacia arriba. Les flechas le habían herido y las espadas le habían cortado, pero la enloquecida llamarada de sus ojos no se había apagado, y su voz de trueno seguía conminando a sus jadeantes, cansados y tambaleantes guerreros a seguir adelante. Pero ahora, aunque la batalla continuaba rabiosamente en los otros desfiladeros, él se alzaba entre un ejército de muertos y sólo había junto a él dos enormes guerreros, sus lanzas llenas de sangre y sesos.

Kelka me pisaba los talones cuando me lancé hacia el Vanir. Los dos guerreros pintados saltaron para cerrarme el camino, pero Kelka les enfrentó. Saltaron sobre él desde los costados, sus lanzas siseando. Pero al igual que un lobo evita el golpe, él se retorció más allá de las hojas ensangrentadas, y por un instante las tres figuras parecieron bailar juntas; luego un guerrero cayó, el vientre abierto, y el otro cayó sobre él, su cabeza medio cercenada del cuerpo.

Mientras saltaba hacia el rey pelirrojo, los dos golpeamos a la vez. Mi espada e arrancó el yelmo de la cabeza y, bajo su tremendo golpe, su espada y mi escudo se hicieron pedazos. Antes de que pudiera golpear de nuevo, él tiró la rota empuñadura y me aferró como lo haría un oso. Solté mi espada, inútil a tan corta distancia y, abrazados, dimos tumbos en la cima del acantilado.

Estábamos igualados en fuerza, pero la suya fluía de él con la sangre de una veintena de heridas. Luchando y jadeando por el esfuerzo, nos balanceamos, fuertemente

agarrados, y sentí latir el pulso en mis sienes, y vi las grandes venas hincharse en las suyas. De pronto cedió y caímos de cabeza rodando al desfiladero. En esa lucha inexorable ninguno osó intentar desenvainar una daga. Pero mientras rodábamos mutuamente, sentí que sus poderosos miembros dejaban de ser tan férreos, y con una volcánica erupción de esfuerzo, me puse encima de él y hundí profundamente mis dedos en su nudosa garganta. El sudor y la sangre me nublaban la vista, mi aliento era un puro jadeo, pero hundí más y más los dedos. Sus manos empezaron a tentar a ciegas y, finalmente, con un desgarrador jadeo de esfuerzo, saqué mi daga y se la hundí una y otra vez, hasta que el gigante yació inmóvil debajo de mí.

Cuando me levanté vacilante, medio ciego y temblando por la desesperada contienda, Kelka iba a cortar la cabeza del rey, pero se lo impedí.

Un grito gemebundo se alzó de los invasores y por primera vez flaquearon. Su rey había sido el fuego que les había unido como una condena a su destino durante todo el día. Rompieron filas de pronto y huyeron por los desfiladeros, y les derribamos mientras huían. Les seguimos hasta la playa, matándolos como si fueran ganado, y mientras corrían hacia sus canoas y las ponían a flote, entramos en el agua hasta que nos cubrió los hombros, saciando nuestra loca furia. Cuando los últimos sobrevivientes, remando como locos, estuvieron a salvo, la playa estaba sembrada de formas inmóviles y cuerpos flotantes bailaban sobre el oleaje.

Sólo cadáveres pintados había en la playa y en las aguas, pero en los desfiladeros, donde el combate había sido más feroz, yacían muertos setenta Aesir. Del resto de nosotros, pocos eran los que no llevaban alguna señal o herida.

¡Que matanza, por Ymir! El sol caía hacia el horizonte cuando regresamos de los acantilados, cansados, polvorientos y ensangrentados, con poco aliento para cantar, pero con el corazón alegre a causa de nuestras rojas hazañas. El pueblo de Khemu cantó por nosotros. Afluyeron de la ciudad con gran griterío, vitoreándonos, y pusieron ante nuestros pies alfombras de seda cubiertas de rosas y polvo de oro. Llevábamos a nuestros heridos en literas. Pero antes llevamos nuestros muertos a la playa, y rompimos canoas de guerra para hacer una gran balsa, y la cargamos con los cuernos y le prendimos fuego. Y llevamos el rey pelirrojo de los invasores, tendiéndolo en su gran canoa de guerra, con los cadáveres de sus jefes más valientes a su alrededor para servirle en la tierra de las sombras, y le rendirnos los mismos honores que a nuestros propios hombres.

Busqué ansiosamente a Aluna entre el gentío, pero no la vi. Habían alzado tiendas en la plaza del mercado, y allí pusimos a nuestros heridos, y curanderos khemurianos fueron entre ellos y curaron las heridas del resto de nosotros. Akkheba había dispuesto un gran festín de victoria para nosotros en su gran salón, y allí fuimos, manchados de polvo y sangre. Hasta el viejo Asgrimm sonreía como un lobo hambriento mientras se limpiaba la sangre seca de su manos nudosas y se ponía las vestimentas que le habían dado.

Busqué un espacio entre las tiendas donde yacían los que estaban demasiado gravemente heridos para caminar o para que se les llevara al festín, esperando que Aluna vendría a buscarme. Pero no vino, y fui al gran salón del rey, dentro del que permanecían firmes los guerreros de Khemu.., trescientos, para rendir más honores a los aliados, dijo Akkheba.

El salón tenía trescientos pies de largo y la mitad de ancho. El suelo era de caoba pulida, medio cubierta con espesas alfombras y pieles de leopardo. Los muros eran de piedra labrada, hendidos por muchas puertas arqueadas con paneles de caoba, alzándose hasta un elevado techo abovedado y medio cubiertos con tapicerías de terciopelo. Akkheba estaba sentado en un trono al final del salón, contemplando el festejo desde un

estrado con dosel, con hileras de lanceros emplumados a cada lado. Los Aesir tomaron asiento en la gran mesa que corría a lo largo de todo el salón, con sus ropajes y corazas rotos, manchados y polvorientos; muchos con vendajes ensangrentados, bebiendo, rugiendo y atiborrándose, servidos por esclavos, tanto hombres como mujeres, que hacían reverencias.

Jefes, nobles y guerreros de la ciudad en sus pulidas armaduras estaban sentados entre sus aliados, y por cada Aesir me pareció que había al menos tres o cuatro muchachas, riendo, bromeando, sometiéndose a sus toscas caricias. Sus carcajadas se alzaban agudas y estridentes sobre el clamor. Había cierta irrealidad en la escena... una levedad tensa, una alegría forzada. Pero no vi a Aluna, así que di la vuelta y, entrando por una de las puertas arqueadas de caoba, crucé una cámara con colgaduras de seda y entré en la otra. Estaba tenuemente iluminada y casi tropecé con el viejo Shakkaru. Retrocedió y pareció muy incómodo por encontrarme, por una u otra razón. Noté que su mano aferraba su túnica, la cual, nos había dicho Akkheba, llevaban esa noche todos los sacerdotes en honor nuestro.

Se me ocurrió una idea y la expresé en voz alta.

-Deseo hablar con Aluna -dije-. ¿Dónde está?

-Ahora está ocupada con sus deberes y no puede verte -dijo él-. Ven al templo mañana...

Se apartó de mí y en una vaga palidez bajo su fornida complexión, en un temblor oculto en su voz, percibí que me tenía un miedo mortal y deseaba librarse de mí. La suspicacia del bárbaro se encendió en mi interior. En un instante le había cogido del cuello, arrancando de su mano la larga hoja de perverso aspecto que sacó de su túnica.

-¿Dónde esta, chacal? -rugí-. Dímelo o...

Colgaba como un muñeco de mi presa, sus pies pataleando lejos del suelo, su cabeza echada hacia atrás casi hasta romperse el cuello. Con el miedo de la muerte en sus ojos desorbitados, sacudió violentamente la cabeza, y yo aflojé unpoco mi presa.

-En el altar de Ishtar –jadeó-. La sacrifican a la diosa... perdóname la vida... te lo diré todo... todo el secreto y el plan...

Pero había oído bastante. Haciéndole girar, agarrado por el cinturon y la rodilla, le reventé la cabeza contra una columna, y saltando hacia una puerta exterior, corrí entre hileras de enormes pilares y llegué a la calle.

Un silencio inmóvil reinaba sobre todo el lugar. No había multitudes en la noche, como se habría pensado, celebrando la destrucción de sus enemigos. Las puertas estaban cerradas, las ventanas atrancadas. Apenas si brillaba alguna luz, y ni siquiera vi a un centinela. Todo era extraño e irreal; la ciudad silenciosa y fantasmal, donde el único sonido era la estridente y antinatural fiesta que surgía del gran salón de banquetes. Podía ver el resplandor de antorchas en la plaza del mercado donde yacían nuestros heridos.

Había visto al viejo Asgrimm sentado a la cabecera de la mesa, con sus manos manchadas de sangre seca, y su cota de malla rota y polvorienta asomando bajo la capa de seda que llevaba; sus flacos rasgos ensombrecidos por las grandes plumas negras que ondulaban sobre su cabeza. A todo lo largo de la mesa las muchachas abrazaban y besaban a los Aesir medio ebrios, quitándoles sus pesados cascos y despojándoles de sus cotas a medida que el vino les hacía entrar en calor.

Cerca del final de la mesa, Kelka desgarraba un gran hueso de buey como un lobo hambriento. Algunas muchachas sonrientes le importunaban, pidiéndole con mimos que les diera su espada hasta que de pronto, enfurecido por su diversión y sus importunios, le propinó a su atormentadora más cercana tal golpe con el hueso que roía que ésta cayó, muerta o inconsciente, al suelo. Pero las agudas risas y la salvaje diversión no

disminuyeron. De pronto me parecieron vampiros y esqueletos, riendo sobre un banquete de polvo y cenizas.

Me apresuré por la calle silenciosa, cruzando el patio y rebasando las casas de los sacerdotes, que parecían desiertas salvo por los esclavos. Entré corriendo en el pórtico de altos pilares del templo... atravesé a la carrera las profundas tinieblas, tanteando en la oscuridad... irrumpí en la vaga iluminación del altar secreto... y me detuve, helado. Sacerdotes inferiores y mujeres desnudas rodeaban el altar en posición de adoración, entonando el cántico del sacrificio, sosteniendo copas de oro para recoger la sangre que fluía por los manchados surcos en la piedra. Y en ese altar, gimiendo quedamente, como una cierva agonizante, yacía Aluna.

Sombría era la nube de humo de incienso que oscurecía el altar; carmesí como el fuego del infierno la nube que veló mi vista. Con un alarido inhumano que resonó horriblemente en la bóveda del techo, me lancé hacia adelante y los cráneos se partieron bajo los enloquecidos golpes de mi espada. Mis recuerdos de esa carnicería son caóticos y llenos de frenesí. Recuerdo gritos frenéticos, el remolinear de acero y el ruido de tajos y el choque de los golpes asesinos, el chasquido de los huesos, el chapoteo de la sangre y la huida farfullante de figuras que se arrancaban los cabellos y llamaban chillando a sus dioses mientras huían... y yo entre ellas, mi rabia silenciosa y letal, como un lobo enloquecido por la sangre entre corderos. Unos cuantos escaparon.

Recuerdo, delineada claramente contra un borroso telón de fondo rojizo de locura, una esbelta mujer desnuda que estaba cerca del altar, inmovilizada por el horror. Una copa en los labios, sus ojos relampagueantes, la cogí con la mano izquierda y la estrellé contra los escalones de mármol con una furia que debió hacer pedazos todos los huesos de su cuerpo. El resto no lo recuerdo bien. Hubo un breve y loco estallido remolineante de ferocidad que sembró el altar de cuerpos mutilados. Después me alcé solitario entre los muertos, en un altar que era una confusión total, con charcos, manchas y regueros de sangre y fragmentos humanos esparcidos horrible y obscenamente por el oscuro suelo pulimentado.

Mi espada se arrastraba en una mano repentinamente sin fuerza cuando me acerqué al altar con pasos vacilantes. Los párpados de Aluna se abrieron temblorosos al mirarla yo, las manos colgando flojamente, todo mi cuerpo fláccido e indefenso.

-¡Hialmar! -murmuró ella.

Después, sus párpados cayeron, las largas pestañas ensombreciendo las jóvenes mejillas y, con un leve suspiro, movió su rubia cabellera y se recostó como un niño que se dispone a dormir. Toda mi alma agonizante gritaba en mi interior, pero mis labios permanecían mudos con la falta de articulación del bárbaro. Caí de rodillas junto al altar y, tocando vacilante su delgada forma con mis brazos, besé torpe, vacilante, como lo habría hecho un joven inexperto, sus labios que morían. Ese acto -ese único y vacilante beso- fue el único rasgo de ternura en toda la dura vida de Hialmar de los Aesir.

Me levanté con lentitud y permanecí junto a la muchacha muerta, y con igual lentitud, recogí mecánicamente mi espada. Al contacto familiar de la empuñadura, de nuevo la roja furia de mi raza brotó en mi cerebro.

Dando un grito terrible salté a las escalinatas de mármol. ¡Ishtar! ¡Habían enviado su tembloroso espíritu a la diosa, y pisándole los talones a ese espíritu llegaría el vengador! Sólo la diosa sangrienta podría pagar por Aluna. Mío era el culto sencillo del bárbaro. Los sacerdotes me habían dicho que Ishtar moraba en las alturas y que los peldaños conducían a su residencia. Suponía vagamente que subían a través de reinos nebulosos de estrellas y sombras. Pero ascendí, hasta una altura que hacia vacilar la mente, hasta que el altar debajo de mí no fue sino un vago juego de tenues luces y sombras, y la oscuridad me rodeó por completo.

Entonces llegué de pronto no a algún vasto dominio estrellado de las deidades, sino a una reja de barrotes dorados, y detrás de ellos oí sollozar una mujer. Pero no era el alma desnuda de Aluna que gemía ante algún trono divino pues, muerta o viva, conocía su llanto.

Loco de furia, aferré los barrotes y se torcieron y partieron en mis manos. Los aparté como briznas de paja y los crucé de un salto, mi grito de matanza temblando en la garganta. En la tenue luz que llegaba de una antorcha dispuesta en un nicho de las alturas, vi que me hallaba en una cámara circular con una cúpula, cuyos muros y techo parecían ser de oro. Había allí lechos de terciopelo y cojines de seda, y entre éstos yacía una mujer desnuda, llorando. Vi los verdugones de un látigo en su blanco cuerpo y me detuve, asombrado. ¿Dónde estaba la diosa, Ishtar?

Debí hablar en voz alta en mi bárbaro khemuri, pues ella alzó la cabeza y me miró con ojos oscuros y luminosos, inundados de lágrimas. Había en ella una extraña belleza, algo exótico y lejano más allá de mi entendimiento.

-Soy Ishtar -me respondió, y su voz era como el sonido de distantes campanas doradas, aunque rotas ahora por el llanto.

-Tú... -jadeé-, Tú... Ishtar... ¿la diosa de Khemu?

-¡Si! -dijo, al tiempo que se puso de rodillas, retorciendo sus blancas manos-. ¡Oh, hombre... quien quiera que seas... concédeme un poco de clemencia, si queda aún clemencia en el mundo! ¡Córtame la cabeza del cuerpo y acaba con esta larga agonía!

Pero yo retrocedí y bajé la espada.

-Vine para matar a una diosa ensangrentada -gruñí-. No para degollar a una esclava sollozante. Si eres Ishtar... ¿quien... dónde... en el nombre de Ymir, qué locura es ésta?

-¡Escucha, y te lo diré! -gritó, arrastrándose de rodillas hacia mí y agarrando el faldellín de mi peto-. Limítate a escuchar y luego concédeme lo poco que pido... ¡el golpe de tu espada!

Soy Ishtar, hija del rey de la oscura Lemuria, a la que el mar engulló hace tanto tiempo. De niña me casaron con Poseidón, dios del mar, y en la pavorosa y enigmática noche nupcial, cuando yacía flotando y sin daño alguno sobre el pecho del océano, el dios me otorgó el don de la vida eterna que ha llegado a convertirse en maldición en los largos siglos de mi cautiverio.

Pero habité en la purpúrea Lemuria, joven y hermosa, mientras mis compañeras de juegos se hacían mayores y encanecían a mi alrededor. Luego Poseidón se cansó de Lemuria y de Atlantis. Se alzó y sacudió su espumeante melena y sus blancos corceles corrieron sobre los muros, las agujas y las torres escarlata. Pero me levantó suavemente sobre su seno y me llevó sin sufrir daño a una tierra lejana, donde durante muchos siglos viví entre una raza extraña y bondadosa.

Entonces, un día aciago, abordé una galera de la lejana Khitai, y en un huracán se hundió ante esta costa maldita. Pero como antes, fui suavemente llevada a la costa sobre las olas de mi señor, Poseidón, y los sacerdotes me hallaron en la playa. El pueblo de Khemu se dice descendiente de Lemuria, pero eran una raza de súbditos, hablando una lengua mestiza. Cuando les hablé en lemurio puro le dijeron al pueblo que Poseidón les había enviado una diosa y la gente cayó de rodillas y me adoró. Pero los sacerdotes eran tan diabólicos entonces como ahora, nigromantes y adoradores del demonio, no teniendo dios algunos salvo los demonios de los Golfos Exteriores. Me encerraron en esta cúpula dorada y mediante la crueldad me arrancaron mi secreto.

Durante más de mil años he sido adorada por el pueblo, al que a veces se le permitía verme de lejos, de pie en la escalinata de mármol, medio oculta por el humo del sacrificio, o se les concedía oír mi voz hablando en una lengua extraña como un

oráculo. Pero los sacerdotes... ¡oh, dioses de Mu, cómo he sufrido bajo sus manos! ¡Diosa del pueblo... esclava de los sacerdotes!

-¿Por qué no les destruyes con tu brujería? pregunté.

-No soy una bruja –respondió-, aunque podrías tenerme por tal si te contara los misterios que las eras me han revelado. Pero hay una brujería que podría invocar... una maldición terrible y aplastante... si pudiera escapar de esta prisión... si pudiera alzarme desnuda bajo el amanecer e invocar a Poseidón. En las noches tranquilas le oigo rugiendo más allá de los acantilados, pero duerme y no escucha mis llamadas. Mas si pudiera estar ante su presencia y llamarle, podría oírme y atenderme. Los sacerdotes son astutos... me han apartado de su vista y de su oído... durante más de mil años no he contemplado el gran monstruo azul...

De pronto, los dos nos sobresaltamos. De la ciudad, lejos bajo nosotros, se alzaba un clamor extraño y salvaje.

-¡Traición! -exclamó-. ¡Están matando a tu gente en las calles! ¡Destruisteis a los enemigos que temían... - ahora se vuelven contra vosotros!

Profiriendo una maldición, bajé corriendo las escalinatas, lancé una última mirada llena de angustia a la blanca forma inmóvil en el altar y salí corriendo del templo. De la calle, mas allá de las casas de los sacerdotes, se alzaba el entrechocar de aceros, aullidos de muerte, gritos de fuera y los tronantes gritos de guerra de los Aesir. No morían solos. Los gritos de odio y triunfo de los khemuri se mezclaban con otros de miedo y dolor. Ante mí la calle, ya no silenciosa y abandonada, hervía de hombres que combatían. De las puertas de tiendas, casuchas y palacios por un igual surgían enjambre de aullantes habitantes de la ciudad, armas en mano, para ayudar a sus soldados que estaban trabados en loca batalla con los extranjeros de cabello amarillo. Llamas de una centena de fuegos iluminaban la frenética escena como el día.

Al acercarme al patio que estaba junto al palacio del rey, a lo largo de calles por las que corrían hombres aullando, un guerrero Aesir se me aproximó tambaleándose, lejos de la tormenta de la batalla que se encrespaba a lo lejos. Iba sin armadura, casi doblado, y aunque de sus costillas sobresalía una flecha, era el vientre lo que se apretaba con las manos vacías.

-El vino estaba envenenado –gruñó-. ¡Hemos sido traicionados y condenados! Mucho bebimos, y con nuestras copas las mujeres nos sedujeron para librarnos de nuestras espadas y armaduras. Sólo Asgrimm y el picto no las entregaron. Entonces de pronto las mujeres se escabulleron, ese viejo buitre de Akkheba abandonó el salón del banquete... ¡y los dolores se apoderaron de nosotros! ¡Ah, Ymir, mis entrañas se retuercen como una cuerda llena de nudos! Entonces las puertas se abrieron de golpe y enjambres de arqueros lanzaron sus flechas sobre nosotros... los guerreros de Khemu desenvainaron sus espadas y cayeron sobre nosotros... los sacerdotes que llenaban el salón sacaron hojas ocultas de sus túnicas. ¡Escucha el griterío en la plaza del mercado donde cortan las gargantas de los heridos! ¡Ymir, un hombre puede reírse del frío acero, pero esto... esto... ah, Ymir!

Cayó sobre el pavimento, doblado como un arco, la espuma babeando de sus labios, sus miembros retorciéndose en horribles convulsiones. Corrí al patio. Al extremo más alejado, y en la calle enfrente del palacio, habla una masa de figuras que luchaban.

Enjambres de hombres de piel oscura con armadura combatían con semidesnudos gigantes de cabello amarillo, que golpeaban y desgarraban como leones heridos, aunque sus únicas armas eran bancos rotos, las armas arrebatadas a enemigos agonizantes o sus manos desnudas, y cuyos labios estaban manchados con la espuma de la agonía que anudaba sus entrañas. Juro por Ymir que no murieron solos; sus pies hollaban cuerpos

mutilados, y eran como bestias salvajes cuya ferocidad no es saciada sino al extinguirse la última y diminuta chispa de vida.

El gran salón del banquete ardía. A su luz vi, sobre el estrado que se alzaba por encima del combate, al viejo Akkheba, temblando y estremeciéndose de terror ante su propia traición, con dos fornidos guardias en los escalones debajo de él. El combate se había esparcido por todo el patio y vi a Kelka. Estaba borracho, pero ello no alteraba su letal cualidad. Era el centro de un nudo convulso de figuras que luchaban y lanzaban tajos, y su largo cuchillo relampagueaba a la luz del fuego mientras desgarraba gargantas y vientres, derramando sangre y entrañas sobre el pavimento de mármol.

Con un rugido ronco y repentino cargué sobre ellos, y en un instante nos alzamos en solitario rodeados por un anillo de cadáveres.

Sonrió como un lobo, sus dientes rechinando espasmódicamente.

-¡Había un diablo en el vino, Hialmar! Me araña las entrañas como un gato salvaje... ven, matemos unos cuantos más antes de morir. Mira... ¡el Viejo da su último combate!

Lancé una rápida mirada hacia el lugar donde, directamente delante del incendiado salón del banquete, la flaca figura de Asgrimm se alzaba entre la revuelta jauría. Vi e] relámpago de su espada y los hombres que caían a su alrededor. Por un instante sus negras plumas se balancearon sobre la horda... luego se desvanecieron y sobre el lugar en que había estado fluyó la ola oscura.

Al momento siguiente yo estaba saltando hacia las escalinatas de mármol, con Kelka detrás de mí. Segamos la fila de guerreros en los escalones inferiores y la atravesamos. Aparecieron detrás nuestro para hacemos descender, pero KelKa se giró y su larga hoja jugó mortalmente con ellos. Cayeron sobre él de todos lados, y allí murió como había vivido, acuchillando y matando en silencioso frenesí, sin pedir cuartel y sin darlo.

Subí saltando los peldaños y el viejo Akkheba aulló ante mi llegada. Había dejado mi rota espada hundida en el esternón de un guardia. Con las manos desnudas cargué sobre los dos guardias en los peldaños superiores. Saltaron para enfrentarse conmigo, lanzando cuchilladas. Atrapé la lanza de uno y le lancé de cabeza por las escalinatas, para que sus sesos reventaran al final de ellas. La lanza del otro atravesó mi cota y la sangre fluyó sobre el asta. Antes de que pudiera liberarla para un segundo golpe, aferré su cuello y lo rompí con mis dedos. Retorciendo luego la lanza y arrojándola a un lado, corrí hacia Akkheba, que chilló y se levantó de un salto, aferrando el borde labrado del curvo techo de piedra detrás del estrado. La locura del terror dio fuerzas y valor al viejo. Trepó por la empinada ladera como un mono, aferrándose a los adornos esculpidos con manos y pies, y aullando todo el tiempo como un perro apaleado.

Y yo le seguí. Mi vida se escapaba por la herida bajo mi cota de malla. Estaba empapado de sangre, pero mi vitalidad de bestia salvaje no había disminuido. Más y más arriba trepó, chillando, y más y más arriba nos alzamos sobre la ciudad, hasta balancearnos precariamente sobre el tejado, a quinientos pies por encima de las calles aullantes. Y entonces quedamos inmóviles, cazado y cazador.

Un grito extraño y fantasmal sonó por encima del tumulto infernal que se enardecía bajo nosotros, por encima del frenético aullar de Akkheba. Sobre la gran cúpula dorada, muy por encima de todas las demás torres y agujas, se alzaba una figura desnuda, el cabello volando al viento del amanecer, delineada por el rojo brillo del alba. Era Ishtar, agitando los brazos y gritando una frenética invocación en una lengua extraña. Nos llegó muy débilmente. Había escapado de la prisión dorada que yo había roto. ¡Ahora se alzaba sobre la cúpula, llamando al dios de sus padres, Poseidón!

Pero yo tenía mi propia venganza por consumar. Me preparé para el salto que nos llevaría a los dos durante quinientos pies para estrellarnos en la muerte... y bajo mis pies la sólida construcción se movió. Un frenesí nuevo sonó en los gritos de Akkheba. Con

un estruendo de truenos los distantes acantilados cayeron al mar. Hubo un largo y cataclísmico choque, como si un mundo se hiciera pedazos, y ante mis ojos asombrados toda la vasta llanura onduló como el oleaje, cedió y se hundió hacia el sur.

¡Grandes abismos se abrieron en la llanura que se inclinaba y de pronto, con un ruido indescriptible, un rechinar de truenos y un estruendo de muros que caían y torres que se doblaban, toda la ciudad de Khemu se movió! ¡Se deslizaba en una vasta y caótica ruina hacia el mar que se alzaba y se hinchaba para acogerla! En ese horror deslizante una torre chocaba con otra, doblándose y desmoronándose, reduciendo insectos humanos que chillaban a polvo rojo, aplastándolos con piedras que caían. Donde yo había contemplado una ciudad ordenada, con muros, techos y agujas, todo era un loco, retorcido, doblado y quebradizo caos de piedra tronante, donde los capiteles se balanceaban locamente sobre las ruinas y caían entre truenos. La cúpula cabalgaba aún sobre el desastre, sobre la cúpula seguía la blanca figura gritando y gesticulando. Luego, con un espantoso rugido, el mar se removió y se alzó, y grandes tentáculos de espuma verde se curvaron, altos como montañas, y cayeron rugiendo sobre las ruinas que se deslizaban, subiendo más y más alto hasta que todo el lado sur de la ciudad aplastada fue escondido por las aguas verdes que remolineaban.

Por un instante, el viejo tejado al que nos aferrábamos se había alzado sobre las ruinas, manteniendo su posición. Y en ese instante salté y aferré al viejo Akkheba. Su grito de muerte resonó en mis oídos mientras bajo mis dedos de hierro sentí su carne aplastarse como pulpa podrida, sus tendones saltar de sus huesos y los propios huesos hacerse astillas.

Los truenos del mundo que se rompía resonaban en mis oídos, las torbellineantes aguas verdosas estaban a mis pies, pero, mientras la tierra entera parecía derrumbarse y romperse, mientras la construcción se disolvía bajo mis pies y las rugientes mareas verdes me sumergían, ahogándome en indecibles profundidades centelleantes, mi último pensamiento fue que Akkheba había muerto bajo mis manos, antes de que una ola le tocara.

Me levanté con un grito, las manos extendidas como para apartar las olas torbellineantes. Vacilé, aturdido por la sorpresa. Khemu y el pasado se habían desvanecido. Estaba en la colina cubierta de robles y el sol colgaba a la altura de una mano sobre los resecos robledales. Sólo habían pasado segundos desde que la mujer había hecho aquel gesto ante mis ojos. Ahora permanecía mirándome con esa enigmática sonrisa que tenía menos de burla que de compasión.

-¿Qué es esto? -exclamé aturdidamente-. Era Hialmar... soy James Allison... el mar era el Golfo... las Grandes Llanuras corrían entonces hasta la costa y en la costa se alzaba la ciudad maldita de Khemu. ¡No! ¡No puedo creerte! No puedo creer en mi propia razón. Me has hipnotizado... me has hecho soñar...

Negó con la cabeza.

-Todo pasó hace mucho, mucho tiempo, Hialmar.

-Entonces, ¿qué fue de Khemu? -exclamé.

-Sus rotas ruinas duermen en las profundas aguas azules del Golfo, donde fueron sumergidas en las largas eras que pasaron después de abrirse la tierra, antes de que las aguas retrocedieran y dejaran estas largas estepas ondulantes.

-Pero ¿qué hay de la mujer, Ishtar, su diosa?

-¿No era acaso la novia de Poseidón, quien oyó su grito y destruyó la maligna ciudad? La llevó sin daño alguno sobre su seno. No podía morir, era eterna. Vagó por muchas tierras y habitó entre muchos pueblos, pero había aprendido su lección y ella,

que había sido esclava de sacerdotes, se convirtió en su señora. Ella que había sido una diosa de cruel apariencia, se convirtió en diosa por derecho propio, por virtud de su antigua sabiduría.

”Fue Ishtar de los asirios y Ashtoreth de los fenicios; fue Mylitta y Belit de los babilonios, Derketo de los filisteos. Sí, y fue Isis de Egipto, y Astarté de Cartago; y fue Freya de los sajones, y Afrodita de los griegos, y Venus de los romanos. Las razas la llaman con muchos nombres y la adoran de muchos modos, pero es una y la misma, y los fuegos de sus altares no se han apagado.

Mientras hablaba alzó sus límpidos y luminosos ojos oscuros hacia mí; el último y lívido resplandor del crepúsculo se reflejó en la ondulante gloria de su cabellera, negra como la noche, encuadrando la extraña belleza de su rostro, distante y exótico más allá de mi entendimiento. Y un grito brotó de mis labios.

-¡Tú! ¡Tú eres Ishtar! ¡Entonces es cierto! ¡Y eres inmortal... eres la Mujer Eterna... la raíz y el brote de la Creación... el símbolo de la vida imperecedera! Y yo... yo era Hialmar, y conocí el orgullo y la batalla y lejanas tierras, y la brillante gloria de la guerra...

-¡Tan ciertamente como volverás a conocerlas, oh cansado -dijo quedamente-, cuando, dentro de poco, abandones esa máscara contrahecha de carne rota y vistas un nuevo atavío, brillante y esplendoroso como la armadura de Hialmar!

Entonces cayó la noche, y adónde fue no lo sé, pero yo me senté solitario en la espesura de la colina y el viento nocturno subió murmurando de las dunas arenosas y los bosquecillos resecos, y musitó entre las tristes ramas de los robles marchitos.

EL JARDÍN DEL MIEDO

En tiempos fui Hunwulf, el Nómada. No puedo explicar mi conocimiento de este hecho mediante ningún medio oculto o esotérico, ni voy a intentarlo. Un hombre recuerda su vida pasada; y recuerdo mis *vidas* pasadas. Al igual que un individuo normal recuerda las formas que fueron suyas en la infancia, adolescencia y juventud, así recuerdo yo las formas que han sido James Allison en eras olvidadas. Por qué poseo este recuerdo no puedo decirlo, no más que puedo explicar la miríada de fenómenos restantes de la naturaleza que diariamente yo y todos los demás mortales nos encontramos. Pero mientras tendido espero a la muerte para que me libere de mi larga enfermedad, veo con una visión clara y segura el gran panorama de vidas que se extiende detrás de mí. Veo a los hombres que han sido yo y veo a los animales que han sido yo.

Pues mi recuerdo no termina con la llegada del hombre. ¿Como podría hacerlo, cuando la sombra del animal cae sobre el hombre de modo que no hay una línea claramente divisoria que marque las fronteras de la animalidad? En este instante veo un paisaje oscuramente crepuscular, entre los gigantescos árboles de un bosque primordial que nunca conoció la huella de un pie calzado de cuero. Veo una mole enorme, peluda y bamboleante que se desplaza torpe pero rápidamente, a veces erguida, a veces a cuatro patas. Husmea los troncos podridos en busca de insectos y larvas, y sus pequeñas orejas se agitan continuamente. Alza su cabeza y pone al descubierto colmillos amarillentos. Es primordial, bestial, antropoide y, con todo, reconozco su parentesco con la entidad llamada ahora James Allison. ¿Parentesco? Dígase mejor unidad. Yo soy él; él es yo. Mi carne es suave, blanca y carente de vello; la suya oscura, dura y peluda. Pero somos uno, y ya en su débil y ensombrecido cerebro empiezan a removerse y cosquillear los pensamientos del hombre y sus sueños, toscos, caóticos, pasajeros, pero, con todo, la

base para todas las visiones nobles y elevadas que los hombres han soñado en todas las eras posteriores.

Tampoco se detiene aquí mi conocimiento. Llega atrás, atrás, descendiendo hasta paisajes inmemoriales que no oso seguir, hasta abismos demasiado oscuros y horrendos para que la mente humana los sondee. E incluso aquí soy consciente de mi identidad, mi individualidad. Os digo que el individuo jamás se pierde, ni siquiera en el negro pozo del que una vez salimos a rastras, ciegos, repugnantes y ruidosos, o en ese eventual nirvana en el que nos hundiremos algún día... al que he contemplado desde lejos, brillante como un lago azul crepuscular entre las montañas de las estrellas.

Pero basta. Os hablaré de Hunwulf ¡Oh, hace tanto, tanto tiempo! No me atrevo a decir cuánto hace. ¿Por qué debería buscar lastimosas comparaciones humanas para describir un reino indescriptible, incomprensiblemente distante? Desde esa era la tierra ha alterado sus contornos no una, sino una docena de veces, y ciclos enteros de la humanidad han contemplado sus destinos.

Yo era Hunwulf, un hijo de los Aesir de dorada cabellera quienes, desde las gélidas llanuras de la sombría Asgard, enviaron tribus de ojos azules alrededor del mundo en migraciones que duraban siglos para dejar su huella en extraños lugares. En una de esas migraciones hacia el sur nací, pues nunca vi la tierra natal de mi pueblo, donde el grueso de los Nordheimer mora aún en sus tiendas de piel de caballo entre las nieves.

Me hice hombre en ese largo vagabundeo, llegué a la feroz, nervuda e indómita virilidad de los Aesir, que no conocen dioses salvo Ymir, el de la barba llena de escarcha, y cuyas hachas están manchadas con la sangre de muchas naciones. Mis músculos eran como cables de acero trenzado. Mi cabellera amarilla caía como la melena de un león sobre mis poderosos hombros. Ceñía mis riñones con piel de leopardo. Podía esgrimir con cada mano mi pesada hacha de pedernal.

Año tras año marchó mi tribu hacia el sur, a veces desviándose en amplios arcos al este o al oeste, a veces permaneciendo durante meses o años en valles fértiles o llanuras donde abundaban los comedores de hierba, pero siempre adentrándose lenta e inevitablemente en el sur. A veces nuestra ruta atravesaba vastas soledades inanimadas que jamás habían conocido un grito humano; a veces tribus extrañas nos disputaban el paso y nuestra senda pasaba sobre las cenizas manchadas de sangre de aldeas exterminadas. Y en este vagabundeo, cazando y matando, llegué a la cima de mi virilidad y al amor de Gudrun.

¿Qué diré de Gudrun? ¿Cómo describirle el color a un ciego? Puedo decir que su piel era más blanca que la leche, que su cabello era oro vivo con la llama del sol atrapada en él, que la flexible belleza de su cuerpo avergonzaría al sueño que dio forma a las diosas griegas. Pero no os puedo hacer entender el fuego y la maravilla de Gudrun. Carecéis de base para comparar; sólo conocéis la feminidad por las mujeres de vuestra época, quienes ante ella son como velas entre el brillo de la luna llena. Ni en un millar de milenios han hollado la tierra mujeres como Gudrun. Cleopatra, Thais, Helena de Troya, no eran sino pálidas sombras de su belleza, débiles imitaciones de la flor que florece en todo su esplendor sólo en la era primordial.

Por Gudrun abandoné a mi tribu y a mi gente, y marché a las tierras salvajes, exiliado y fuera de la ley, con sangre en las manos. Era de mi raza, pero no de mi tribu: una niña extraviada que hallamos errando en un bosque oscuro, perdida por alguna tribu nómada de nuestra sangre. Creció en la tribu, y cuando llegó a la plena madurez de su gloriosa y joven feminidad, fue entregada a Heimdul el Fuerte, el más poderoso cazador de la tribu.

Pero el sueño de Gudrun era como la locura de mi alma, una llama que ardía eternamente, y por ella maté a Heimdul, aplastando su cráneo con mi hacha de pedernal

para que no pudiera llevarla a su tienda de piel de caballo. Y después vino nuestra larga huida de la venganza de la tribu. Me acompañó por propia voluntad, pues me amaba con el amor de las mujeres Aesir, el cual es una llama devoradora que destruye la debilidad. ¡Oh, era una edad salvaje, cuando la vida era dura y manchada de sangre, y los débiles morían rápidamente! No había nada de amable o suave en nosotros; nuestras pasiones eran las de la tempestad, el asalto y el impacto de la batalla, el desafío del león. Nuestros amores eran tan terribles como nuestros odios.

Y así me llevé a Gudrun de la tribu, y los asesinos se lanzaron sobre nuestro raso. Durante una noche y un día nos siguieron implacablemente, hasta que nadamos un río crecido, un torrente rugiente y espumoso que incluso los hombres de los Aesir no osaron poner a prueba. Pero en la locura de nuestro amor e imprudencia nos abrimos paso a través de él, golpeados y desgarrados por el frenesí de la corriente, y llegamos vivos a la orilla opuesta.

Después atravesamos durante muchos días los bosques de las tierras altas, infestados de tigres y leopardos, hasta que llegamos a una gran barrera montañosa, murallas azuladas que trepaban aterradoramente hasta el cielo. Las laderas se amontonaban una sobre otra.

En estas montañas nos asaltaron el hambre y los vientos que hielan, y cóndores gigantes que caían sobre nosotros con el trueno de alas gigantescas. Disparé todas mis flechas y quebré mi lanza de punta de pedernal en inexorables batallas en los desfiladeros, pero al fin cruzamos la árida espina dorsal de la cordillera y, descendiendo por las laderas del sur, llegamos a una aldea de chozas de barro entre los acantilados habitada por un pueblo pacífico de piel morena que hablaba una lengua extraña y tenía extrañas costumbres. Pero nos acogieron con la señal de la paz, y nos llevaron a su aldea, donde pusieron ante nosotros carne, pan de cebada y leche fermentada, y se acuclillaron en un círculo a nuestro alrededor mientras comíamos, y una mujer golpeó quedamente un tam-tam en forma de cuenco para honrarnos.

Habíamos llegado a su aldea al anochecer, y la noche cayó durante el banquete. Los acantilados se alzaban a cada lado y los picachos reclinaban sus enormes masas contra las estrellas. El grupito de chozas de barro y los pequeños fuegos se ahogaban y perdían en la inmensidad de la noche. Gudrun sintió la soledad, la agobiante desolación de aquella oscuridad, y se me aproximó, su hombro en mi pecho. Pero tenía el hacha al alcance de la mano, y jamás había conocido el miedo.

Los hombrecillos morenos estaban en cuclillas ante nosotros, con sus mujeres, y trataron de hablarnos con los movimientos de sus esbeltas manos. Morando siempre en un lugar, en comparativa seguridad, carecían tanto de la fortaleza como de la intransigente ferocidad de los nómadas Aesir. A la luz del fuego sus manos revoloteaban con gestos amistosos.

Les hice entender que habíamos venido del norte habíamos cruzado la espina dorsal de la gran cordillera de montañas y que por la mañana era nuestra intención bajar a las verdes mesetas que habíamos divisado al sur de los picachos. Cuando entendieron lo que quería decir armaron un gran jaleo negando violentamente con la cabeza y golpeando locamente el tambor. Estaban tan ansiosos de hacerme partícipe de algo y agitaban las manos todos a la vez que terminaron por trastornarme más que aclararme las cosas. Finalmente me hicieron entender que no deseaban que bajara de las montañas. Alguna amenaza acechaba al sur de la aldea pero no pude saber si era hombre o animal.

Fue mientras todos gesticulaban y toda mi atención se centraba en sus gestos cuando cayo el golpe. La primera intimación fue un repentino tronar de alas en mis oídos; una forma oscura surgió de la noche, y un ala enorme me golpeó en la cabeza mientras me volvía. Fui derribado y en ese instante oí gritar a Gudrun al ser arrancada de mi lado.

Levantándome de un salto, temblando por la feroz ansiedad de herir y matar, vi la forma oscura desvanecerse de nuevo en la oscuridad, una figura blanca que gritaba y se retorcía colgando de sus garras.

Rugiendo mi furia y mi dolor agarré mi hacha y cargué hacía las tinieblas... y me detuve en seco, salvaje, desesperado, sin saber qué camino seguir.

Los hombrecillos morenos se habían dispersado, gritando, haciendo saltar chispas de sus hogueras al precipitarse sobre ellas en su premura por llegar a sus chozas, pero ahora se arrastraron fuera de ellas temerosamente, gimiendo como perros heridos. Se agruparon a mi alrededor y me tocaron con sus tímidas manos y parlotearon en su lengua mientras que yo maldecía enfermo de impotencia, sabiendo que deseaban decirme algo que no podía entender.

Por fin consentí que me llevaran otra vez junto a la hoguera, y allí el más viejo de la tribu trajo una tira de cuero seco, un pote de arcilla con pigmentos y un palo. En el cuero pintó un tosco retrato de una criatura alada llevando a una mujer blanca... ¡oh, era muy tosco, pero entendí su significado! Entonces todos señalaron hacia el sur y gritaron muy fuerte en su propia lengua; y supe que la amenaza de la que me habían advertido era la cosa que se había llevado a Gudrun. Hasta entonces suponía que era uno de los grandes cóndores de la montaña quien se la había llevado, pero la imagen que el viejo trazó con pintura negra se parecía más a un hombre alado que a cualquier otra cosa.

Después, lenta y laboriosamente, empezó a trazar algo que reconocí finalmente como un mapa... ¡oh, sí, incluso en esos días borrosos teníamos nuestros mapas primitivos, aunque ningún hombre moderno sería capaz de comprenderlos, tan enormemente distinto era nuestro simbolismo!

Tardó mucho; era medianoche antes de que el viejo terminara y yo entendiera sus dibujos. Pero al fin todo quedó claro. Si seguía el curso trazado en el mapa, bajando por el largo y estrecho valle donde se hallaba la aldea, a través de una meseta, bajando por una serie de escamadas laderas y a lo largo de otro valle, llegaría al lugar donde acechaba el ser que me había robado a mi mujer. En ese punto, el viejo dibujó lo que parecía una choza mal hecha, con muchas señales extrañas en pigmento rojo a su alrededor. Señalándolos, y luego a mí, sacudió la cabeza con esos fuertes gritos que parecían indicar el peligro entre esta gente.

Intentaron entonces persuadirme de que no fuera, pero ardiendo de ansiedad cogí el pedazo de piel y la bolsa de comida que pusieron en mis manos (eran ciertamente un pueblo extraño para esa era), aferré mi hacha y me puse en camino bajo las tinieblas sin luna. Pero mis ojos eran más agudos de lo que puede concebir una mente moderna, y mi sentido de la dirección era como el de un lobo. Una vez fijo el mapa en mi mente, podría haberlo tirado y llegar sin error alguno al lugar que buscaba, pero lo plegué y lo deslicé en mi cinto.

Viajé a mi mejor marcha bajo la luz de las estrellas, sin prestar atención a cualquier animal que pudiera andar buscando su presa... oso de las cavernas o tigre de dientes de sable. A veces oía deslizarse piedrecillas bajo garras acolchadas y sigilosas; atisbé feroces ojos amarillos ardiendo en la oscuridad y vi formas sombrías acechando. Pero me lancé hacia delante lleno de temeridad, en un estado de ánimo demasiado desesperado para cederle el camino a cualquier animal por temible que fuera.

Atravesé el valle, trepé una escarpadura y llegué a una ancha meseta cruzada por barrancos y sembrada de peñascos. La crucé y en la oscuridad que precede al amanecer empecé a descender las traicioneras laderas. Parecían interminables, cayendo en una larga cuesta que se inclinaba hasta que su pie se perdía en la oscuridad. Pero descendí temerariamente, sin detenerme a desenrollar la cuerda de cuero crudo que llevaba en los

hombros, confiando en mi suerte y habilidad para que me llevaran abajo sin romperme el cuello.

Y justo cuando el alba tocaba los picachos con su resplandor blanco, llegué a un ancho valle amurallado por acantilados portentosos. En ese punto el valle era muy grande de oeste a este, pero los acantilados convergían hacia el extremo inferior, dándole la apariencia de un gran abanico que se estrechaba rápidamente hacia el sur.

El suelo era llano, atravesado por un arroyo serpenteante. Los árboles no eran muy abundantes; no había arbustos, sino una alfombra de hierba alta que en esa época del año se hallaba bastante seca. A lo largo del arroyo, donde crecía más la vegetación, erraban los mamuts, montañas peludas de carne y músculo.

Di un amplio rodeo para evitarles, gigantes demasiado poderosos para lidiar con ellos, confiados de su fuerza y atemorizados sólo por una cosa en la tierra. Inclinaron hacia adelante sus grandes orejas y alzaron amenazadoramente sus trompas cuando me aproximé demasiado, pero no me atacaron. Corrí velozmente entre los árboles y, cuando llegué al punto donde convergían los acantilados, el sol no estaba aún por encima de las murallas del este que ribeteaba con una llama dorada al levantarse. Mi ascensión, que había durado toda la noche, no había afectado a mis músculos de hierro. No sentía cansancio alguno; mi furia ardía sin descanso. No podía saber qué había más allá de los acantilados; no me aventuré a conjeturarlo. Sólo había sitio en mi cerebro para la roja ira y la sed de matar.

Los acantilados no formaban un muro sólido. Es decir, las extremidades de las murallas que convergían no llegaban a encontrarse, dejando un hueco o apertura de unos cuantos centenares de pies de ancho, y emergí a un segundo valle, o más bien una continuación del mismo valle que se ensanchaba de nuevo más allá del paso.

Los acantilados torcían abruptamente hacia el este y el oeste, para formar una muralla gigante que se extendía claramente alrededor del valle en la forma de un vasto óvalo. Formaba un reborde azulado alrededor de todo el valle sin rotura alguna salvo por un atisbo de cielo despejado que parecía señalar otra apertura al extremo sur. El valle interior tenía la forma de una gran botella, con dos cuellos.

El cuello por el que había entrado estaba lleno de árboles que crecían densamente durante varios cientos de yardas, para ceder paso abruptamente a un campo de flores escarlata. Y a unos cuantos centenares de yardas más allá del final de los arboles, vi una extraña estructura.

Debo hablar de lo que vi no sólo como Hunwulf, sino también como James Allison. Pues Hunwulf sólo entendía vagamente las cosas que veía y, como Hunwulf no podía describirlas del todo. Yo, como Hunwulf, nada sabía de arquitectura. La única habitación construida por el hombre que había visto eran las tiendas de pieles de caballo de mi gente, y las chozas de barro con techo de paja del pueblo del centeno... y otros pueblos igualmente primitivos.

Así que como Hunwulf sólo podía decir que contemplé una gran choza cuya construcción estaba más allá de mi entendimiento. Pero yo, James Allison, sé que era una torre, de unos setenta pies de altura, de una curiosa piedra verde, altamente pulida, y de una sustancia que creaba la ilusión de ser medio traslúcida. Era cilíndrica y, por lo que podía ver sin puertas ni ventanas. El cuerpo principal del edificio era quizá de sesenta pies de altura y de su centro se alzaba una torre más pequeña que completaba su estatura total. Esta torre, siendo de perímetro muy inferior al del cuerpo principal de la estructura, y por tanto rodeada de una especie de galería, con un parapeto almenado, estaba provista de dos puertas, curiosamente arqueadas, y de ventanas, fuertemente provistas de barrotes como podía ver incluso desde donde me hallaba.

Eso era todo. Ninguna evidencia de presencia humana. Ninguna señal de vida en todo el valle. Pero era evidente que este castillo era lo que el viejo de la aldea de la montaña había estado intentando dibujar, y estaba seguro de que en él hallaría a Gudrun... si estaba aún viva.

Más allá de la torre vi destellar un lazo azul en el cual el arroyo, siguiendo la curva de la pared occidental, terminaba por afluir. A cubierto entre los árboles, contemple la torre y las flores que la rodeaban por todos lados, creciendo abundantes a lo largo de los muros y extendiéndose por centenares de yardas en todas direcciones. Había árboles al otro extremo del valle, junto al lago; pero no crecían árboles entre las flores.

No se parecían a ninguna de las plantas que había visto. Crecían muy juntas, casi tocándose entre sí. Tenían unos cuatro pies de altura, con sólo una flor en cada tallo, una flor más grande que la cabeza de un hombre, con pétalos anchos y carnosos estrechamente unidos. Los pétalos eran de un lívido escarlata, la tonalidad de una herida abierta. Los tallos, incoloros, casi transparentes, eran tan gruesos como la muñeca de un hombre. Las hojas, venenosamente verdes, tenían la forma de puntas de lanza, cayendo en largas colas serpentinas. Todo su aspecto era repulsivo, y me pregunté lo que su espesura ocultaba.

Todos mis instintos nacidos de la vida salvaje estaban alerta. Sentía que el peligro acechaba, al igual que a menudo había presentido al león emboscado antes de que mis sentidos externos le reconocieran. Observé detenidamente las densas flores, preguntándome si alguna gran serpiente descansaba enroscada entre ellas. Mis fosas nasales se ensancharon buscando algún olor, pero el viento soplaba alejándose de mí. Pero algo decididamente no natural había en el vasto jardín. Aunque el viento del norte lo barría, ni una flor se movía, ni una hoja susurraba; colgaban inmóviles, sombrías, como pájaros de presa dejando colgar sus cabezas, y tuve la extraña sensación de que estaban vigilándome como si fueran seres vivos.

Era como un paisaje en un sueño: a cada lado los acantilados azules alzándose contra el cielo sin nubes, el lago soñoliento en la lejanía y esa fantástica torre verde alzándose en mitad de ese lívido campo escarlata.

Y había algo más: a pesar del viento que soplaba alejándose de mí, percibí un olor, una pestilencia como de sepultura, podredumbre y corrupción que surgía de las flores.

Entonces me agazapé repentinamente en mi refugio. Había vida y movimiento en el castillo. Una figura emergió de la torre, y acercándose al parapeto se acodó en él y contempló el valle. Era un hombre, pero un hombre como nunca lo había soñado, ni en mis pesadillas.

Era alto, poderoso, negro como ébano pulido; pero el rasgo que le convertía en una pesadilla humana era las alas de murciélago que se plegaban en sus hombros. Sabía que eran alas; el hecho era obvio e indiscutible.

Yo, James Allison, he meditado largamente en ese fenómeno del que fui testigo a través de los ojos de Hunwulf. ¿Era ese hombre alado un mero fenómeno, un ejemplo aislado de la naturaleza distorsionada, morando en la soledad y la desolación inmemorial? ¿O era el sobreviviente de una raza olvidada que se había alzado, reinado y desvanecido antes de la llegada del hombre como le conocemos? El pueblo pequeño y moreno de las colinas podría habérmelo dicho, pero no compartíamos lenguaje alguno. Con todo, me inclino por la última teoría. Los hombres alados no son raros en la mitología; se les encuentra en el folklore de muchas naciones y razas. Por lejos que vaya el hombre en el mito, la crónica y la leyenda, halla relatos de arpías y dioses alados, ángeles y demonios. Las leyendas son sombras distorsionadas de realidades preexistentes. Creo que en tiempos una raza de negros hombres alados rigió un mundo

preadánico y que yo, Hunwulf, encontré el último sobreviviente de esa raza en el valle de las flores rojas.

Esto lo pienso como James Allison, con mi conocimiento moderno que es tan imponderable como mi moderna ignorancia.

Yo, Hunwulf, no me permití tales especulaciones. El escepticismo moderno no era parte de mi naturaleza, ni pretendía racionalizar lo que no parecía coincidir con un universo natural. No reconocía a ningún dios salvo Ymir y sus hijas, pero no dudaba de la existencia -como demonios- de otras deidades, adoradas por otras razas. Los seres sobrenaturales de todas las clases encajaban en mi concepción de la vida y el universo. No dudaba más de la existencia de dragones, fantasmas, demonios y diablos que de la de los leones, búfalos y elefantes. Aceptaba este fenómeno de la naturaleza como un demonio sobrenatural y no me preocupaba por su origen o fuente. Tampoco caí en un frenesí de miedo supersticioso. Era un hijo de Asgard que no temía hombre ni demonio alguno, y tenía más fe en el aplastante poder de mi hacha de pedernal que en los ensalmos de los sacerdotes o los encantamientos de los hechiceros.

Pero no me precipité inmediatamente a campo abierto ni cargué hacia la torre. Mía era la cautela de las tierras salvajes y no veía el modo de trepar por el castillo. El hombre alado no precisaba puertas laterales, porque evidentemente entraba por la cima, y la lisa superficie de los muros parecía desafiar al más experto escalador. Finalmente, se me ocurrió un modo de llegar a la torre, pero vacilé, esperando para ver si aparecían más hombres alados, aunque tenía la inexplicable sensación de que era el único de su especie en el valle... posiblemente, en el mundo. Mientras me agazapaba entre los árboles y vigilaba, le vi alzar los codos del parapeto y desperezarse como un gran gato. Después recorrió la galería circular y entró en la torre. Un grito ahogado resonó en el aire haciendo que me tensara, aunque me daba cuenta de que no era un grito de mujer. El negro amo del castillo emergió, arrastrando con él una figura más pequeña... una figura que luchaba, se retorcía y gritaba lastimeramente. Vi que era uno de los hombrecillos morenos, muy parecido a los de la aldea de la montaña. Capturado, no lo dudé, al igual que lo había sido Gudrun.

Era como un niño en las manos de su enorme enemigo. El hombre negro desplegó sus anchas alas y se alzó sobre el parapeto, llevando a su cautivo al igual que un cóndor podría llevar a un gorrión. Voló sobre el campo de flores mientras yo me encogía en mi refugio boscoso, contemplando con asombro.

El hombre alado, suspendido en el aire, lanzó un grito extraño y fantástico; y recibió una horrenda respuesta. Un estremecimiento de una vida horrible recorrió el campo escarlata bajo él. Las grandes flores rojas temblaron, se abrieron desplegando sus pétalos carnosos como bocas de serpientes. Sus tallos parecieron alargarse, estirándose ansiosamente hacia arriba. Sus anchas hojas se alzaron y vibraron con un curioso y letal zumbido, como la canción de una serpiente de cascabel. Un débil siseo que erizaba los pelos resonó por todo el valle. Las flores suspiraron, tendiéndose hacia arriba. Y con una risa demoniaca, el hombre alado dejó caer a su convulso cautivo.

Con el grito de un alma perdida, el hombre moreno se precipitó hacia abajo, estrellándose entre las flores. Y con un silbido estremecedor, se lanzaron sobre él. Sus pétalos espesos y flexibles se arquearon como cuellos de serpiente, sus pétalos se cerraron sobre su carne. Un centenar de flores le aferraron como los tentáculos de un pulpo, asfixiándole y aplastándole bajo ellas. Sus aullidos de agonía eran apagados; estaba totalmente oculto por las flores que silbaban y se agitaban. Las que estaban más alejadas y no podían darle alcance, ondulaban y se retorcían furiosamente como buscando arrancar sus raíces en su ansiedad por unirse a sus hermanas. Por todo el campo las grandes flores rojas se inclinaban y se esforzaban hacia el punto donde

proseguía la horripilante batalla. Los alaridos se hicieron más débiles, más y más y cesaron. Un terrible silencio reinó sobre el valle. El hombre negro aleteó tranquilamente de regreso a la torre y se desvaneció en su interior.

Entonces, las flores se soltaron una a una de su víctima que yacía, pálida y totalmente inmóvil. Sí, su palidez era superior a la de la muerte; era como una imagen de cera, una efigie de mirada fija de la que había sido absorbida cada gota de sangre. Y una sorprendente transmutación era evidente en las flores que le rodeaban. Sus tallos ya no eran incoloros; estaban hinchados y de un rojo oscuro, como bambúes transparentes llenos hasta reventar de sangre fresca.

Arrastrado por una insaciable curiosidad, abandoné los árboles y me arrastré hasta el mismo borde del campo rojo. Las flores sisearon y se inclinaron hacia mí, desplegando sus pétalos como la capucha de una cobra enfurecida. Seleccionando una más alejada de sus hermanas, cercené el tallo con un golpe de mi hacha y la cosa cayó al suelo, retorciéndose como una serpiente decapitada.

Cuando cesaron sus esfuerzos me incliné sobre ella maravillado. El tallo no era hueco como había supuesto... es decir, hueco como el de un bambú seco. Estaba atravesado por una red de venas filamentosas, algunas vacías y algunas exudando una savia incolora. Las colas que unían las hojas del tallo eran notablemente resistentes y flexibles, y las propias hojas tenían el borde lleno de espinas curvadas, como afilados ganchos.

Una vez esas espinas se habían hundido en la carne, la víctima se vería obligada a arrancar toda la planta de raíz para escapar.

Los pétalos eran cada uno tan grandes como mi mano y tan espesos como una pera provista de pinchos, y en el lado interno estaban cubiertos de innumerables bocas diminutas, no mayores que la cabeza de un alfiler. En el centro, donde debería hallarse el pistilo, había una punta aserrada, de una sustancia parecida al espino, y estrechos canales entre los cuatro bordes aserrados.

De mis investigaciones sobre esta horrible parodia de vegetal me alcé súbitamente, justo a tiempo de ver aparecer de nuevo al hombre alado en el parapeto. No pareció particularmente sorprendido de verme. Gritó en su lengua desconocida e hizo un gesto burlón, mientras yo permanecía como una estatua, aferrando mi hacha. Por fin, dio la vuelta y entró en la torre como había hecho antes; y, como antes, emergió con una presa. Mi furia y mi odio casi fueron ahogados por la oleada de alegría de que Gudrun estuviera viva.

Pese a su flexible fortaleza, igual a la de una pantera, el hombre negro manejaba a Gudrun tan fácilmente como había manejado al hombre moreno. Alzando sobre su cabeza el blanco cuerpo que se resistía, me la enseñó y lanzó un grito desafiante. Su dorada cabellera se derramó sobre sus blancos hombros mientras luchaba en vano, llamándome a gritos en el terrible apuro de su miedo y horror. No se reduce fácilmente al terror a una mujer de los Aesir. Medí las profundidades de maldad de su capturador por sus gritos frenéticos.

Pero permanecí inmóvil, Si eso la hubiera salvado, me habría lanzado en ese infernal pantano escarlata, para ser clavado, traspasado y absorbido por esas flores demoniacas. Pero eso no la ayudaría en nada. Mi muerte no haría sino dejarla sin defensor alguno. Así pues, permanecí silencioso mientras ella se retorcía y gimoteaba, y las carcajadas del hombre negro enviaban rojas oleadas de locura a través de mi cerebro. Una vez fingió que iba a arrojarla entre las flores, y mi férreo control casi se rompió y estuve a punto de sumergirme en ese rojo mar del infierno. Pero sólo fue un gesto. Finalmente, la arrastró de vuelta a la torre y la arrojó al interior. Después regresó al parapeto, se

recostó de codos en él y se quedó vigilándome. Aparentemente estaba jugando con nosotros como el gato juega con el ratón antes de destruirlo.

Pero mientras me miraba, le di la espalda y me interné en el bosque. Yo, Hunwulf, no era ningún pensador, tal y como los hombres modernos entienden el término. Vivía en una era donde las emociones se traducían por el golpe de un hacha de pedernal antes que por emanaciones del intelecto. Con todo, no era el animal inconsciente que el hombre negro evidentemente suponía. Tenia un cerebro humano, aguzado por la externa lucha por la existencia y la supremacía.

Sabía que no podía cruzar con vida la banda roja que rodeaba el castillo. Antes de que pudiera dar media docena de pasos, multitud de puntas ganchudas penetrarían en mi carne, sus ávidas bocas chupando el líquido de mis venas para alimentar su sed demoniaca. Ni mi fuerza de tigre me permitiría abrirme paso entre ellas.

El hombre alado no me siguió. Al mirar atrás, le vi descansando en la misma postura. Cuando yo, como James Allison, vuelvo a soñar los sueños de Hunwulf, llevo grabada esa imagen en la mente, la figura de una gárgola con los codos apoyados en el parapeto, como un diablo medieval meditando en las murallas del infierno.

Pasé por los desfiladeros del valle y llegué al pequeño valle más allá donde los árboles clareaban y los mamuts vagabundeaban a lo largo del arroyo. Me detuve rebasada la manada y, sacando dos pedernales de mi bolsa, me agaché e hice saltar una chispa sobre la hierba seca. Corriendo velozmente de un lugar a otro, prendí una docena de fuegos en un gran semicírculo. El viento del norte hizo presa en ellos, espoleándolos a una vida ansiosa, empujándolos ante él. En unos instantes un muro de llamas barría el valle.

Los mamuts dejaron de comer, alzaron sus grandes orejas y barritaron alarmados. En todo el mundo no temían sino al fuego. Empezaron a retirarse hacia el sur, las hembras empujando a las crías ante ellas, los machos trompeteando como en el día del Juicio Final. Rugiendo como una tormenta, el fuego avanzaba a toda velocidad y los mamuts huían ante él en estampida, un aplastante huracán de carne, un retumbante terremoto de músculos y huesos devastadores. Los árboles se astillaron y cayeron ante ellos, el suelo tembló bajo su carga despavorida. Detrás de ellos venía el fuego y pisándole los talones al fuego iba yo, tan cerca que la tierra humeante quemaba mis pies calzados con sandalias de piel de alce.

Pasaron atronando por el cuello estrecho, aplastando los espesos bosquecillos como una hoz gigantesca. Los árboles eran arrancados de cuajo; era como si un tornado hubiera pasado por el desfiladero.

Como un ensordecedor trueno de patas y trompeteos, penetraron en tromba el mar de flores rojas. Esas plantas diabólicas podrían haber derribado y destruido a un mamut solitario; pero bajo el impacto de todo el rebaño no eran más que flores comunes. Los titanes enloquecidos las aplastaron y pasaron sobre ellas, haciéndolas trizas, martilleándolas y pisoteándolas hasta que el suelo se impregnó de su jugo.

Temblé durante un instante, temiendo que las bestias no se desviarían ante el castillo y dudando de que incluso éste fuera capaz de resistir el asalto de semejantes arietes. Evidentemente el hombre alado compartía mis temores, pues se lanzó desde la torre y surcó el cielo hacia el lago. Pero uno de los machos se estrelló de cabeza contra el muro, fue rechazado por la pulida superficie curva, chocó contra el que tenía al lado y el rebaño se dividió y, rugiendo, rebasó la torre a cada lado, tan cerca que sus peludos costados la frotaron. Cruzaron atronando el campo rojo hacia el lejano lago.

El fuego, alcanzando el extremo de la arboleda, se detuvo; los rezumantes fragmentos aplastados de las flores rojas no ardían. Arboles, caídos o en pie, humeaban y estallaban en llamas, y ramas ardiendo llovían a mi alrededor cuando corría a través

de los árboles y hacia el gigantesco paso que la carga de la manada había cortado a través del lívido campo.

Mientras corría llamé a gritos a Gudrun y ella me contestó. Su voz sonaba ahogada y la acompañaba el ruido de un martilleo sobre algo. El hombre alado la había encerrado en la torre.

Cuando llegué junto al muro del castillo, pisoteando los restos de pétalos rojos y tallos serpentinos, desenrollé mi soga de cuero, la hice girar y mandé un lazo hacia arriba para que se enganchara en uno de los salientes del parapeto almenado. Después ascendí, mano sobre mano, aferrando la cuerda entre mis pies, hiriéndome los nudillos y los codos en el desnudo muro mientras me balanceaba.

Me hallaba a cinco pies del parapeto cuando me galvanizó el batir de unas alas junto a mi cabeza. El hombre negro surgió del aire y aterrizó en la galería. Pude mirarle bien mientras se inclinaba sobre el parapeto. Sus rasgos eran firmes y regulares; no había ninguna sugestión de negroide en ellos. Sus ojos eran meras ranuras, y sus dientes brillaban en una mueca salvaje de odio y triunfo. Largo, largo tiempo había regido el valle de las flores rojas, cobrando su tributo de vidas humanas de las miserables tribus de las colinas, obteniendo víctimas convulsas con que alimentar las carnívoras flores semibestiales que eran sus súbditos y protectores. Y ahora yo estaba en su poder, toda mi tenacidad y astucia reducidas a nada. Un golpe de la daga curva que sostenía en la mano y me precipitaría hacia mi muerte. En algún lugar, Gudrun, viendo mi peligro, gritaba como un animal salvaje y una puerta se rompió con gran estruendo de madera astillada.

El hombre negro, concentrado en sus propósitos, aplicó el afilado borde de su daga a la tira de cuero... y entonces un brazo blanco y fuerte se cerró sobre su cuello por detrás, y le arrastró violentamente hacia atrás. Por encima de su hombro vi el hermoso rostro de Gudrun, la cabellera erizada, los ojos dilatados por el terror y la furia.

Con un rugido se retorció en su presa, apartó de golpe los brazos que le aferraban y la empujó contra la torre con tal fuerza que la dejó medio aturdida. Después se volvió de nuevo hacia mí, pero en ese instante yo había trepado por encima del parapeto y saltado a la galería, blandiendo mi hacha.

Vaciló por un momento, las alas medio levantadas, la mano reposando en la daga, como indeciso sobre si luchar o emprender el vuelo. Su estatura era gigantesca, los músculos sobresalían como surcos nudosos en todo su cuerpo, pero vaciló, tan indeciso como un hombre que se enfrenta a una bestia salvaje.

Yo no vacilé. Con un ronco rugido salté, haciendo girar mi hacha con toda mi fuerza de gigante. Alzó los brazos con un grito estrangulado; pero el hacha se hundió entre ellos y convirtió su cabeza en una sangrienta ruina.

Me volví hacia Gudrun y, luchando por arrodillarse, ella arrojó a mi alrededor sus blancos brazos en un desesperado apretón de amor y terror, contemplando atónita el lugar donde yacía el alado señor del valle, la pulpa escarlata que había sido su cabeza convertida en un charco de sangre y sesos.

A menudo he deseado que fuera posible juntar mis varias vidas en un cuerpo, combinando las experiencias de Hunwulf con el conocimiento de James Allison. Si eso pudiera ser, Hunwulf habría cruzado la puerta de ébano que la desesperada fuerza de Gudrun había roto, entrando en esa estancia misteriosa que atisbó a través de los rotos paneles, los muebles fantásticos y las estanterías cargadas de rollos de pergamino. Los habría desenrollado y se habría inclinado sobre sus caracteres hasta descifrarlos y, quizás, habría leído las crónicas de esa raza misteriosa cuyo último superviviente acababa de matar. Seguramente era una raza más extraña que un sueño de opio, y tan maravillosa como la historia de la perdida Atlantis.

Pero Hunwulf no tenía tal curiosidad. Para él la torre, la estancia amueblada de ébano y los rollos de pergamino carecían de sentido, eran inexplicables emanaciones de brujería, cuyo significado era únicamente demoniaco. Aunque tenía la solución del misterio al alcance de la mano, se hallaba tan lejos de ella como James Allison, al que le quedaban milenios para nacer.

Para mí, Hunwulf, el castillo no era sino una trampa monstruosa respecto a la cual sólo tenía una emoción, y ésa era el deseo de huir de ella tan deprisa como fuera posible.

Con Gudrun aferrándose a mí, me deslicé hasta el suelo y luego, con un diestro giro, liberé mi soga y la enrollé; y después de eso nos alejamos cogidos de la mano por el sendero que habían creado los mamuts, alejándose hasta desvanecerse, hacia el lago azul al extremo sur del valle y la apertura en los acantilados que estaban más allá

EL VALLE DEL GUSANO

Os hablaré de Niord y el Gusano. Anteriormente habréis oído la historia de muchos modos, donde el héroe era llamado Tyr, o Perseo, o Sigfrido, o Beowulf, o san Jorge. Pero fue Niord quien se enfrentó a la criatura aborrecible y demoniaca que surgió arrastrándose del infierno, y del enfrentamiento surgió el ciclo de historias heroicas que desciende por las eras hasta que la misma sustancia de la verdad se pierde y pasa al limbo de todas las leyendas olvidadas. Sé de lo que estoy hablando, pues yo era Niord.

Mientras yazgo aquí aguardando a la muerte, que repta 4 lentamente sobre mí como una babosa ciega, mis sueños están llenos de visiones resplandecientes y de un cortejo glorioso. No sueño con la vida monótona y desgarrada por la enfermedad de James Allison, sino con todas las brillantes figuras del gran cortejo que han pasado antes, y que vendrán después; pues he vislumbrado débilmente no sólo las formas que se arrastran detrás, sino las que vienen luego, como un hombre en un largo desfile vislumbra, muy por delante, la línea de figuras que le precede serpenteando sobre una colina lejana, figuras recortadas como sombras contra el cielo. Soy a la vez una y todas las formas, disfraces y máscaras que han existido en el cortejo, que existen y que existirán como las manifestaciones visibles de ese elusivo e intangible pero vitalmente existente espíritu que ahora se pasea bajo el breve y temporal nombre de James Allison.

Cada hombre y mujer en la tierra es parte y todo de una caravana similar de formas y seres. Pero no pueden recordarlo... sus mentes no pueden salvar los abruptos y horribles golfos de negrura que yacen entre esas formas inestables, y que el espíritu, alma o *ego*, al abrazarlos, se sacude de sus máscaras de carne. Yo recuerdo. El por qué puedo recordar es la más extraña de todas las historias; pero mientras yazgo aquí con las negras alas de la muerte desplegándose lentamente sobre mí, todos los pliegues borrosos de mis vidas previas tiemblan ante mis ojos, y me veo a mí mismo en muchas formas y disfraces: fanfarrón, presuntuoso, temerario, enamorado, estúpido, todo lo que los hombres han sido o serán.

He sido hombre en muchas tierras y muchas condiciones; pero -y ésta es otra cosa extraña- mi línea de reencarnaciones corre en línea recta siguiendo un canal inequívoco. Nunca he sido otra cosa que un hombre de esa raza inquieta que los hombres llamaron en tiempos Nordheim y más tarde Arios, y que hoy llaman con muchas designaciones y nombres. Su historia es mi historia, del primer gemido maullante de un cachorro de mono blanco y sin pelo en la desolación ártica; hasta el grito de muerte del último producto degenerado de la civilización definitiva, en alguna era del futuro borrosa e imposible de imaginar.

Mi nombre ha sido Hialmar, Tyr, Bragi, Bran, Horsa, Eric y John. Recorrí con las manos ensangrentadas las calles abandonadas de Roma tras Brennus, el de la cabellera amarilla; vagué a través de las plantaciones arrasadas con Alarico y sus godos cuando las llamas de las villas que ardían iluminaban la tierra como el día y un imperio daba sus ultimas boqueadas bajo nuestros pies calzados con sandalias; vadeé, espada en mano, el espumeante oleaje desde la galera de Hengist para fundar los cimientos de Inglaterra en la sangre y el pillaje; cuando Leif el Afortunado avistó las grandes playas blancas de un mundo ignoto, yo estaba en pie a su lado en la cubierta de la nave-dragón, mi barba dorada volando al viento; y cuando Godofredo de Bouillon condujo a sus cruzados más allá de los muros de Jerusalén, yo estaba entre ellos con mi casco de acero y mi brigantina.

Pero no hablaré de ninguna de estas cosas. Os llevaré conmigo de vuelta a una era junto a la cual la de Brennus y Roma es como el ayer. Os llevaré de vuelta no meramente a través de siglos o milenios, sino de eras y edades oscuras ignoradas por el más atrevido de los filósofos. ¡Oh, lejos, lejos y más lejos os aventuraréis en la noche del Pasado antes de que ganéis las fronteras de mi raza, de ojos azules, de amarilla cabellera, vagabundos, asesinos, amantes, fuertes en la rapiña y en el viaje!

Es de la aventura de Niord y el exterminio del Gusano de la que os hablaré... la raíz de la que brota todo un ciclo de historias heroicas que aún no ha llegado a su fin, la espantosa realidad subyacente que acecha tras los mitos distorsionados por el tiempo de dragones, demonios y monstruos.

Pero no es sólo con la boca de Niord con la que hablaré. Soy James Allison no menos de lo que fui Niord, y mientras narro la historia, interpretaré algunos de sus pensamientos, sueños y hazañas por boca del yo moderno, para que la saga de Niord no sea para vosotros un caos carente de significado. Su sangre es la vuestra, hijos de los Arios; pero amplios golfos neblinosos de eones yacen horripilantes entremedio, y las hazañas y los sueños de Niord os parecen tan ajenos a los vuestros como el bosque primordial dominado por el león parece ajeno a la calle ciudadana de blancos muros.

Era un mundo extraño aquel en el que Niord vivió, amó y luchó, hace tanto tiempo que ni siquiera mi memoria, que abarca eones, puede reconocer sus límites. Desde entonces la superficie de la tierra ha cambiado, no una, sino una veintena de veces; los continentes se han alzado y hundido, los mares han cambiado sus lechos y los ríos su curso, los glaciares han crecido y menguado, y las mismas estrellas y constelaciones se han alterado y desviado.

Hace tanto tiempo que la cuna de mi raza se hallaba aún en Nordheim. Pero las épicas migraciones de mi pueblo habían empezado ya y tribus de ojos azules y rubia cabellera fluían hacia el este, el sur y el oeste, en viajes de siglos de duración que les llevaban alrededor del mundo y dejaban sus huesos y sus huellas en tierras extrañas y lugares salvajes y desolados. En una de estas migraciones crecí de la infancia a la virilidad. Mi conocimiento del hogar del norte no era sino vagos recuerdos, como sueños recordados a medias, de blancas y cegadoras llanuras nevadas y campos de hielo, de grandes hogueras rugiendo en el círculo de tiendas de piel, de melenas amarillas flotando bajo vientos poderosos y de un sol ocultándose en un lívido pantano de nubes carmesíes ardiendo sobre la nieve pisoteada donde formas oscuras e inmóviles yacían en charcos más rojos que el crepúsculo.

Ese último recuerdo destaca con más claridad que los demás. Era el campo de Jotunheim, se me dijo años después, donde acababa de combatirse esa terrible batalla que fue el Armagedón del pueblo de los Aesir, el tema de un ciclo de canciones heroicas durante largas eras, y que aún vive hoy en los borrosos sueños de Ragnarok y el

Goetterdaemmerung[1]. Presencié esa batalla como un nino sollozante; así que debo haber vivido alrededor de... pero no diré la era, pues se me llamaría loco, y tanto los historiadores como los geólogos me lo discutirían.

Pero mis recuerdos de Nordheim eran pocos y tenues, empalidecidos por los recuerdos de ese largo, largo viaje en el que he gastado mi vida. No habíamos mantenido un curso recto, pero nuestro rumbo había sido siempre hacia el sur. A veces nos habíamos detenido un tiempo en fértiles valles de las tierras altas o en ricas llanuras atravesadas por ríos, pero siempre reemprendíamos el camino y no siempre a causa de la sequía o la hambruna. A menudo abandonamos tierras atestadas de caza y frutas silvestres para adentramos en terrenos salvajes. Nos movíamos interminablemente en nuestra senda, empujados sólo por nuestro incansable afán, pero siguiendo ciegamente una ley cósmica, cuyo funcionamiento nunca imaginamos más de lo que lo adivina el ganso salvaje en su vuelo alrededor del mundo. Así que, finalmente, llegamos al País del Gusano.

Retomaré la historia a partir del momento en que llegamos a colinas recubiertas de junglas que apestaban a podredumbre y pululaban de una vida abundante, donde los tam-tams de un pueblo salvaje se abrían paso incesantemente a través de la noche cálida e irrespirable. Aquel pueblo hizo su aparición para disputamos el paso... hombres bajos, de fuerte construcción, negra cabellera, pintados, feroces, pero, indiscutiblemente, hombres blancos. Conocíamos su estirpe desde tiempos antiguos. Eran pictos y, de todas las razas extrañas, la más feroz. Les habíamos encontrado antes en bosques espesos y en los valles de las tierras altas junto a lagos de montaña. Pero habían pasado muchas lunas desde esos encuentros.

Creo que esta tribu en particular representaba la migración más oriental de la raza. Eran los más primitivos y feroces de todos los que habíamos encontrado. Exhibían ya trazas de características que había notado entre los salvajes negros de los países selváticos, aunque habían morado en estos lugares sólo unas cuantas generaciones. La jungla abismal estaba engulléndoles, obliteraba sus características iniciales y les conformaba a su propio y horripilante molde. Estaban derivando hacia la caza de cabezas, y el canibalismo no era sino un paso que creo debieron llegar a dar antes de extinguirse. Tales cosas son extensiones naturales de la jungla; los pictos no las aprendieron del pueblo negro, pues entonces no había negros en esas colinás. En años posteriores vinieron. del sur, y los pictos los esclavizaron primero y luego fueron absorbidos por ellos. Pero eso no concierne a mi saga de Niord.

Llegamos a ese brutal país de colinas, con sus aullantes abismos de salvajismo y primitivismo negro. Eramos toda una tribu que marchaba a pie, viejos, semejantes a lobos con sus largas barbas y flacos miembros, gigantescos guerreros en la flor de la vida, niños desnudos corriendo a lo largo de la línea de marcha, mujeres con enredados rizos amarillos llevando infantes que nunca lloraban... excepto para gritar de pura rabia. No recuerdo nuestro número, excepto que éramos unos quinientos combatientes... y por tales entiendo a todos los varones, desde el niño con la fuerza suficiente para alzar un arco, hasta el más viejo de los ancianos. En esa era de loca ferocidad todos éramos combatientes. Nuestras mujeres, cuando eran acorraladas, luchaban como tigresas y he visto a un niño, que aún no era lo bastante grande como para tartamudear palabras articuladas, retorcer la cabeza y hundir sus dientes en el pie que le mataba a pisotones.

¡Oh, éramos luchadores! Dejadme hablar de Niord. Me siento orgulloso de él, más cuando considero el lastimoso cuerpo inválido de James Allison, la máscara inestable que llevo ahora. Niord era alto, de anchos hombros, caderas esbeltas y miembros poderosos. Sus músculos eran largos y abultados, indicando resistencia y velocidad al

[1] Crepúsculo de los dioses, en alemán en el original *(n. del t)*

igual que fuerza. Podía correr todo el día sin cansarse, y poseía tal coordinación que convertía sus movimientos en un relámpago de cegadora velocidad. Si os hablara de toda su fuerza me calificaríais de mentiroso. Pero no hay hombre hoy en día en la tierra lo bastante fuerte para tensar el arco que Niord manejaba con facilidad. El tiro de flecha más largo registrado es el de un arquero turco que envió una saeta a 482 yardas. No había ni un muchacho en mi tribu que no pudiera mejorar tal tiro.

A medida que penetrábamos en la jungla, oímos los tam-tams retumbando en el misterioso valle que dormitaba entre las salvajes colinas, y en una meseta ancha y despejada nos enfrentamos a nuestros enemigos. No creo que estos pictos nos conocieran, ni siquiera por las leyendas, o nunca se habrían aventurado tan osadamente al ataque a campo abierto, aunque nos superaban en numero. Pero no hubo intento alguno de emboscada. Surgieron de entre los arboles, bailando y entonando sus cánticos guerreros, aullando sus bárbaras amenazas. Nuestras cabezas colgarían en la choza de su ídolo y nuestras mujeres de pelo amarillo engendrarían hijos suyos. ¡jo, jo, jo! Por Ymir, quien rió entonces fue Niord, no James Allison. Al igual que reímos los Aesir al oír sus amenazas... una risa profunda y retumbante que surgía de pechos amplios y poderosos. Nuestra senda había sido trazada con sangre y cenizas á través de muchas tierras. Eramos los asesinos y los saqueadores, marchando espada en mano por el mundo, y que este pueblo nos amenazara despertó nuestro áspero humor.

Nos adelantamos para enfrentarles, desnudos salvo por nuestras pieles de lobo, agitando nuestras espadas de bronce, y nuestro cántico era como el retumbar del trueno en las colinas. Nos lanzaron sus flechas y les devolvimos el fuego. En la arquería no podían compararse a nosotros. Nuestras flechas silbaron en nubes cegadoras entre ellos, derribándolos como hojas de otoño, hasta que aullaron y espumearon como perros rabiosos y se lanzaron al cuerpo a cuerpo. Y nosotros, enloquecidos por la alegría del combate, dejamos los arcos y corrimos para enfrentarnos a ellos, como un amante corre hacia su amor.

¡Por Ymir, fue una batalla como para volverse loco y embriagarse con la matanza y la furia! Los pictos eran tan feroces como nosotros, pero nuestro era el físico superior, el ingenio más agudo y la mente más desarrollada para el combate. Vencimos porque éramos una raza superior, pero no fue una victoria fácil. Los cadáveres sembraban la tierra empapada de sangre; pero al fin rompieron filas, y les derribamos mientras huían, hasta el mismo inicio de los arboles. Os narro esa pelea con palabras escasas e inadecuadas. No puedo pintar la locura, la pestilencia de la sangre y el sudor, el jadeo, el esfuerzo de los músculos, el quebrarse de los huesos bajo los golpes poderosos, el desgarro y laceramiento de la estremecida carne humana; y, por encima de todo, la implacable y abismal calidad salvaje de toda la escena en la que no había regla ni orden, cada hombre luchando como quería o podía. Si así lo hiciera, retrocederíais horrorizados; hasta el yo moderno, conociendo mi estrecho parentesco con esos tiempos, permanece boquiabierto al revivir de nuevo tal carnicería. La piedad no había nacido aún, excepto como capricho individual, y las reglas de la guerra no habían sido soñadas todavía. Era una época en la que cada tribu y cada ser humano luchaba con dientes y uñas desde el nacimiento hasta la muerte, y ninguno daba ni esperaba cuartel.

Así abatimos a los pictos que escapaban, y nuestras mujeres recorrieron el campo para aplastar los sesos de los enemigos heridos con piedras, o cortarles el cuello con cuchillos de cobre. No torturábamos. No éramos más crueles de lo que exigía la vida. La regla de la vida era implacable, pero hoy existe mucha más crueldad caprichosa de la que jamás soñamos nosotros. No era la caprichosa sed de sangre la que nos hacía degollar a los enemigos heridos o cautivos. Era porque sabíamos que nuestras oportunidades de supervivencia se incrementaban con cada enemigo muerto.

Y con todo había ocasionalmente un rastro de compasión individual, y así lo hubo en esta lucha. Había estado ocupado en un duelo con un enemigo especialmente valeroso. Su revuelta mata de pelo negro apenas me llegaba a la mejilla, pero era un sólido nudo de músculos como cables de acero, que apenas si cedían en velocidad de movimientos al rayo. Tenía una espada de hierro y su escudo cubierto de piel. Yo tenía una maza nudosa. Ese combate sació incluso mi alma sedienta de batallas. Yo sangraba de una veintena de heridas antes de que uno de mis terribles golpes restallase aplastando su escudo como si fuera de cartón, y un instante después mi maza rozó su cabeza sin protección alguna. ¡Ymir! Incluso ahora me detengo a reír y maravillarme ante la dureza del cráneo de ese picto. ¡Con seguridad que los hombres de esa era estaban construidos según un plan mas duro! Ese golpe tendría que haber derramado sus sesos como si fuesen agua. Le dejó horriblemente al descubierto el cuero cabelludo, derribándole inconsciente al suelo, donde le dejé tendido, suponiéndole muerto, mientras me unía a la matanza de los guerreros que huían.

Cuando regresé, hediendo a sudor y sangre, mi garrote horrendamente sucio de sangre y sesos, me di cuenta de que mi oponente estaba recobrando el conocimiento y que una muchacha desnuda y de cabellos revueltos se preparaba a darle el golpe de gracia con una piedra que apenas si podía levantar. Un capricho pasajero me hizo detener el golpe. Había disfrutado del combate y admiraba la dureza diamantina de su cráneo.

Acampamos a corta distancia, quemamos a nuestros muertos en una gran pira y, tras saquear lo cadáveres del enemigo, los arrastramos a través de la meseta y los arrojamos al valle para que sirvieran de festín a las hienas, chacales y buitres que ya se estaban reuniendo. Esa noche mantuvimos una estrecha vigilancia pero no fuimos atacados, aunque lejos, en la jungla, podíamos distinguir el resplandor rojizo de las hogueras, y oír débilmente, cuando el viento soplaba en esa dirección, el latir de los tam-tams y gritos y aullidos demoniacos... lamentos por los muertos o meros alaridos bestiales de furia.

Tampoco nos atacaron en los días siguientes. Vendamos las heridas de nuestro cautivo y aprendimos rápidamente su primitivo idioma que, sin embargo, era tan distinto del nuestro que no puedo imaginar que las dos lenguas tuvieran jamás una fuente común.

Su nombre era Grom, y era un gran guerrero cazador según alardeaba. Hablaba sin temor y no nos guardaba rencor, sonriendo ampliamente y exhibiendo dientes como colmillos, sus ojos parecidos a cuentas brillando bajo la enredada melena negra que cubría su estrecha frente. Sus miembros eran de un grosor casi simiesco.

Estaba muy interesado en sus capturadores, aunque nunca pudo entender el motivo por el cual había sido perdonado; hasta el final el motivo fue para él un misterio inexplicable. Los pictos obedecían la ley de la supervivencia aún más rígidamente que los Aesir. Como probaban sus costumbres más sedentarias, eran mas prácticos. Nunca vagaron tan lejos o tan a ciegas como nosotros Pero en cada aspecto nosotros éramos la raza superior.

Grom, impresionado por nuestra inteligencia y cualidades guerreras, se ofreció voluntario para ir a las colinas y hacer la paz por nosotros con su gente. No nos importaba demasiado, pero le dejamos ir. Aún no se soñaba en la esclavitud.

Así que Grom regresó con su gente y le olvidamos, excepto en que yo fui a cazar con un poco más de precaución esperando que él se hallara al acecho para hundir una flecha en mi espalda. Un día oímos el chasquido de los tam-tams y Grom apareció al borde de la jungla, el rostro hendido por su sonrisa de gorila, con los jefes de los clanes pintados, ataviados de pieles y adornados con plumas. Nuestra ferocidad les había impresionado y

el hecho de que hubiéramos perdonado a Grom les había impresionado aún más. No podían entender la misericordia; evidentemente, les teníamos en tan baja estima que ni nos molestábamos en matar a uno de los suyos cuando estaba en nuestro poder.

Así que la paz se hizo con abundancia de parlamentos, y fue jurada con muchos y extraños votos y rituales... nosotros sólo juramos por Ymir, y un Aesir jamás ha roto tal juramento. Pero ellos juraban por los elementos, por el ídolo sentado en su choza de fetiches donde los fuegos ardían eternamente y una vieja arrugada aporreaba durante toda la noche un tambor cubierto de cuero, y por otro ser demasiado terrible para ser nombrado.

Luego nos sentamos todos alrededor de las hogueras y comimos carne, y bebimos un feroz brebaje que fermentaban de frutas silvestres, y lo maravilloso es que el festín no acabara en una matanza general; pues aquel licor tenía diablos dentro e hizo retorcerse gusanos en nuestro cerebro. Pero ningún mal resultó de nuestra colosal borrachera, y desde entonces vivimos en paz con nuestros bárbaros vecinos. Nos enseñaron muchas cosas y muchas más aprendieron de nosotros. Pero nos enseñaron a trabajar el hierro, a lo que se habían visto forzados por la falta de cobre en esas colinas, y rápidamente les superamos en ello.

Nos movíamos libremente entre sus aldeas -amasijos de chozas con muros de fango en los claros de la cima de las colinas, ensombrecidos por árboles gigantescos- y les permitimos venir a su albedrío a nuestros campamentos -hileras irregulares de tiendas de piel en la meseta donde la batalla había tenido lugar-. Nuestros jóvenes no se interesaban en sus mujeres achaparradas y de ojos parecidos a cuentas, y nuestras esbeltas muchachas de miembros delgados con sus rizadas cabezas amarillas no atraían a los salvajes de pecho velludo. La familiaridad a lo largo de los años habría reducido la repulsión por cada bando, hasta que las dos razas se habrían fundido en una para formar un solo pueblo híbrido, pero mucho antes de eso los Aesir levantaron el campamento y partieron, desvaneciéndose en las neblinas misteriosas del mítico Sur. Pero antes de ese éxodo tuvo lugar el horror del Gusano.

Cacé con Grom y él me condujo a melancólicos valles deshabitados y me hizo ascender a colinas silenciosas donde antes de nosotros ningún hombre había puesto pie. Pero había un valle, perdido en los laberintos del sudoeste, a donde no quería ir. Muñones de rotas columnas, reliquias de una civilización olvidada, se alzaban entre los árboles en el suelo del valle. Mientras permanecíamos en los acantilados que flanqueaban el valle misterioso, Grom me las enseñó, pero no pensaba descender y me disuadió cuando yo quise hacerlo solo. No hablaba claramente del peligro que acechaba allí, pero era mayor que el de la serpiente, el tigre o los trompeteantes elefantes que ocasionalmente vagabundeaban en devastadores rebaños desde el sur.

De todas las bestias, me dijo Grom en su lengua gutural, los pictos temían sólo a Satha, la gran serpiente, y evitaban la jungla donde vivía. Pero había otra cosa que temían, y estaba conectada en cierto modo con el Valle de las Piedras Rotas, como llamaban los pictos a los ruinosos pilares. Hacía mucho tiempo, cuando sus antepasados llegaron por primera vez al país, habían osado penetrar en ese temible valle y todo un clan de los suyos había perecido de repente, de modo horrendo e inexplicable. Por lo menos Grom no lo explicaba. De algún modo el horror había surgido de la tierra, y no era bueno hablar de ello, ya que se creía que hablar de ello -fuera lo que fuera- podía atraerle.

Pero Grom estaba dispuesto a cazar conmigo en cualquier otro lugar, pues era el mayor cazador de los pictos, y muchas y temibles fueron nuestras aventuras. Una vez maté, con la espada de hierro que había forjado con mis propias manos, al más terrible de los animales... el viejo dientes de sable, al que los hombres llaman hoy tigre, pues se

parecía más a un tigre que a cualquier otra cosa. En realidad su constitución era mucho más semejante a la del oso, salvo por su inequívoca cabeza felina. Dientes de sable tenía enormes miembros, la cabeza siempre gacha, el cuerpo grande y pesado, y se desvaneció de la tierra porque era un luchador demasiado terrible incluso para esa era implacable. A medida que crecían sus músculos y su ferocidad, su cerebro se empequeñecía hasta que, finalmente, hasta el instinto de autoconservación desapareció. La naturaleza, que mantiene su equilibrio en tales cosas, le destruyó porque, si sus poderes de superluchador se hubieran aliado con un cerebro inteligente, habría destruido todas las otras formas de vida de la tierra. Era un fenómeno en el camino de la evolución... un desarrollo orgánico que se había vuelto loco y había corrido hasta no ser sino garras y colmillos para la matanza y la destrucción.

Maté al dientes de sable en un combate que formaría una saga por sí mismo, y durante los meses posteriores yací medio delirante con espantosas heridas que hacían menear la cabeza a los guerreros más endurecidos. Los pictos dijeron que nunca un hombre solitario había matado antes a un dientes de sable. Pero me recuperé de mis terribles heridas, para maravilla de todos.

Mientras yacía en las puertas de la muerte hubo una escisión de la tribu. Fue pacífica, como sucedían continuamente y contribuían en gran medida a que el mundo se poblara con las tribus de cabellera amarilla. Cuarenta y cinco de los jóvenes tomaron compañera a la vez y se alejaron para fundar su propio clan. No hubo revuelta; era una costumbre racial que fructificó en todas las eras posteriores, cuando tribus surgidas de las mismas raíces se encontraron, tras siglos de separación, y se cortaron los cuellos entre sí con alegre abandono. La tendencia de los Arios y los pre-Arios era siempre hacia la desunión, los clanes desgajándose del tronco principal y esparciéndose.

Y así, esos jóvenes conducidos por un tal Bragi, mi hermano de armas, tomaron a sus muchachas y se aventuraron hacia el sudoeste, estableciendo su morada en el Valle de las Piedras Rotas. Los pictos se escandalizaron, lanzando vagas alusiones a una maldición monstruosa que reinaba sobre el valle, pero los Aesir rieron. Habíamos dejado nuestros propios demonios y misterios en las heladas desolaciones del lejano norte azul y los diablos de otras razas no nos impresionaban en demasía.

Cuando hube recobrado toda mi fortaleza y las tremendas heridas no eran sino cicatrices, ceñí mis armas y crucé la meseta para visitar el clan de Bragi. Grom no me acompañó. No había estado en el campamento de los Aesir desde hacía varios días. Pero yo conocía el camino. Recordaba bien el valle, desde los acantilados en cuya cima lo había contemplado viendo el lago al extremo superior, los árboles espesándose y conviniéndose en bosque en el extremo más bajo. Los costados del valle eran acantilados escarpados y muy altos, y una gran estribación abrupta a cada extremo lo aislaba del terreno circundante. Era el extremo más bajo, o suroccidental, donde el suelo del valle estaba sembrado de columnas rotas, algunas alzándose entre los árboles, algunas convertidas en pilas de piedras cubiertas de liquen. Nadie sabía qué raza las erigió. Pero Grom había hablado vaga y temerosamente de una monstruosidad peluda y simiesca que bailaba abominablemente bajo la luna al son de flautas demoniacas que provocaban horror y locura.

Crucé la meseta donde se alzaba nuestro campamento, bajé la cuesta, atravesé un valle estrecho y de tupida vegetación, trepé otra cuesta y me interné en las colinas. Medio día de fácil trayecto me llevó al risco al otro lado del cual se hallaba el valle de los pilares. Durante muchas millas no había visto señal de vida humana. Todas las aldeas de los pictos se hallaban muchas millas al este. Coroné el risco y miré hacia el soñoliento valle con su tranquilo lago azul, sus quietos acantilados y sus columnas rotas

surgiendo de entre los árboles. Busque alguna humareda. No vi ninguna, pero sí buitres girando en el cielo sobre un grupo de tiendas a la orilla del lago.

Descendí el risco, con cautela, y me acerqué al silencioso campamento. En él me detuve, helado de miedo. No era fácil impresionarme. Había visto la muerte de muchas formas y había huido o tomado parte en rojas carnicerías donde la sangre se derramaba como el agua y la tierra desbordaba de cadáveres. Pero aquí me enfrenté a una devastación orgánica que me dejó atónito y anonadado. Del clan de Bragi, aún en embrión, no quedaba nadie vivo y no había ni un cadáver entero. Algunas de las tiendas de piel seguían en pie. Otras habían sido derribadas y aplastadas, como por un peso monstruoso, de tal modo que primeramente me pregunté si una manada de elefantes habría cruzado el campamento en estampida Pero ningún elefante había causado jamás destrucción tal como la que vi esparcida en el suelo ensangrentado. El campamento era un amasijo de pedazos de carne y fragmentos de cadáveres... manos, pies, cabezas, trozos de ruinas humanas. Había armas esparcidas, algunas manchadas con un fango verdoso como el que brota de una oruga aplastada.

Ningún enemigo humano podía haber cometido tan horripilante atrocidad. Miré hacia el lago, preguntándome si innombrables monstruos anfibios habían surgido reptando de las tranquilas aguas cuyo azul oscuro hablaba de profundidades insondables. Entonces vi una huella dejada por el destructor. Era un surco como el que podría dejar un gusano titánico, de varias yardas de anchura, serpenteando por el valle. Por donde corría la hierba estaba aplastada, y la vegetación y los arbolillos habían sido apisonados, todo horrendamente manchado de sangre y fango verdoso.

Con una furia enloquecida en mi alma, saqué la espada y empecé a seguirlo cuando una llamada atrajo mi atención. Me di la vuelta para ver una figura fornida que se me aproximaba desde el risco. Era Grom, el picto, y cuando pienso en el valor que debió necesitar para vencer todos los instintos implantados en él por las enseñanzas de la tradición y la experiencia personal, me doy cuenta de lo realmente profunda que era su amistad hacia mí.

Acuclillado junto a la orilla del lago, lanza en mano, sus negros ojos vagando llenos de miedo por las silenciosas arboledas ondulantes del valle, Grom me habló del horror que había caído sobre el clan de Bragi bajo la luna. Pero primero me habló de la cosa, tal y como sus mayores le habían narrado la historia.

Mucho tiempo antes, los pictos habían descendido del oeste en un largo, largo viaje, llegando finalmente a estas colinas cubiertas de jungla donde, porque estaban cansados y porque habla abundancia de caza y frutos y ninguna tribu hostil, se detuvieron y construyeron sus aldeas de muros fangosos.

Algunos de ellos, todo un clan de esa numerosa tribu, estableció su residencia en el Valle de las Piedras Rotas. Descubrieron las columnas y un gran templo en ruinas entre los árboles, y en ese templo no había altar ni capilla, sólo la boca de un pozo que se desvanecía en la negrura de la tierra, y en el cual no había peldaños como los que un ser humano haría y usaría. Construyeron su aldea en el valle y, de noche, bajo la luna, el horror cayó sobre ellos y dejó solo muros rotos y pedazos de carne manchada de fango.

En esos días nada temían los pictos. Los guerreros de los demás clanes se reunieron y entonaron sus cánticos guerreros y bailaron sus danzas de guerra, y siguieron un gran rastro de sangre y fango hasta la boca del pozo en el templo. Aullaron su desafío y lanzaron abajo peñascos que nunca se oyó rebotar en el fondo. Entonces empezó un agudo y demoniaco sonar de flautas, y del pozo se alzó una espantosa figura antropomórfica que danzaba a los extraños sones de una flauta que sostenía en sus monstruosas manos. El horror de su apariencia dejó helados de asombro a los feroces pictos, y siguiéndole de cerca una colosal masa blanca se alzó de la oscuridad

subterránea. Del pozo surgió una loca y babeante pesadilla que las flechas penetraban pero no podían detener, a la que las espadas cortaban pero no podían matar. Cayó babeando sobre los guerreros, reduciéndolos a pulpa escarlata, haciéndolos pedazos como un pulpo haría con pececillos, chupando la sangre de sus miembros mutilados devorándolos mientras ellos gritaban y luchaban. Los supervivientes huyeron, perseguidos hasta el mismo risco sobre el cual, aparentemente, el monstruo no podía impulsar su temblorosa masa de montaña.

Tras esto no osaron entrar en el valle silencioso. Pero los muertos vinieron en sueños a sus chamanes y ancianos y les contaron extraños y terribles secretos. Hablaron de una vieja, vieja raza de criaturas medio humanas que habitaron en tiempos este valle y erigieron aquellas columnas para sus propios, extraños e inexplicables propósitos. El monstruo blanco del pozo era su dios, invocado desde los negros abismos del centro de la tierra a incontable profundidad bajo el negro mantillo, por una brujería ignorada por los hijos del hombre. El ser peludo y antropomórfico era su servidor, creado para servir al dios, un informe espíritu elemental atraído de las profundidades y sellado en carne, orgánico pero más allá del entendimiento de la humanidad. Los antiguos se habían desvanecido tiempo ha en el limbo del que una vez surgieron arrastrándose en el negro amanecer del universo, pero su dios bestial y su esclavo inhumano vivían todavía. En cierto modo, ambos eran orgánicos y podían ser heridos, aunque ningún arma humana había resultado ser lo bastante poderosa para matarles.

Bragi y su clan habían vivido semanas en el valle antes de que el horror atacara. Sólo la noche anterior Grom, cazando sobre los acantilados, y arriesgándose mucho con ello, había sido paralizado por el agudo y demoniaco sonido de flautas y luego por un clamor enloquecido de gritos humanos. Tendido boca abajo en el suelo, ocultando la cabeza entre la hierba, no se había atrevido a moverse, ni siquiera cuando los gritos murieron bajo los revulsivos sonidos babeantes de un horrendo banquete. Cuando llegó el alba se había arrastrado tembloroso hasta los acantilados para mirar hacia el valle y el espectáculo de la devastación, incluso visto de lejos, le había impulsado a una aullante huida hacia las colinas. Pero, finalmente, se le había ocurrido que debería avisar al resto de la tribu y al regresar, en su camino hacia el campamento en la meseta, me había visto entrar en el valle.

Así habló Grom mientras yo permanecía sentado y meditaba secretamente, la mejilla apoyada en mi potente puño. No puedo expresar en palabras modernas el sentimiento del clan que en esos días era una parte vital de cada hombre y mujer. En un mundo donde colmillos y garras acechaban a cada hombre, y las manos de todos los hombres se alzaban contra el individuo, excepto las de su propio clan, el instinto tribal era mucho más que la simple frase que es hoy. Formaba parte del hombre tanto como su corazón o su diestra. Esto era necesario, pues sólo así, agrupados en bandas que no podían romperse, sobrevivió la humanidad en los terribles ambientes del mundo primitivo. Por tanto, la pena personal que sentía por Bragi y sus jóvenes de esbeltos miembros y sus muchachas sonrientes de piel blanca se ahogaba en un mar más profundo de penas y furia cuya intensidad y hondura eran casi cósmicas. Permanecí lúgubremente sentado mientras el picto se acuclillaba ante mí lleno de ansiedad, su mirada puesta en mí la dirigía a las amenazantes profundidades del valle donde las columnas malditas se alzaban como los dientes rotos de viejas mujerzuelas que reían entre las ondulantes espesuras.

Yo, Niord, no usaba en demasía el cerebro. Vivía en un mundo físico, y para pensar por mí estaban los ancianos de la tribu. Pero pertenecía a una raza destinada a convertirse en dominante tanto mental como físicamente, y no era un mero animal

musculoso. Allí sentado surgió, primero tenuemente, luego con claridad, una idea que arrancó de mis labios una corta y feroz risotada

Levantándome, le indiqué a Grom que me ayudara y con madera seca, los postes de las tiendas y las rotas astas de las lanzas, construimos una pira en la orilla del lago. Después, recogimos los horrendos pedazos que habían sido partes del grupo de Bragi, los dispusimos en la pila de madera y la encendimos con acero y pedernal.

La humareda espesa y triste ascendió serpenteando hacia el cielo y, volviéndome hacia Grom, le hice que me guiara a la jungla donde acechaba ese horror escamoso, Satha, la gran serpiente. Grom me miró boquiabierto, ni los mayores cazadores pictos buscaban a la gran criatura reptante. Pero mi voluntad era como un vendaval que le arrastraba detrás de mí y, por fin, inició la marcha. Dejamos el valle por su extremo superior, cruzando el risco, sorteando los grandes acantilados y nos sumergimos en las extensiones del sur, pobladas sólo por los hoscos ciudadanos de la jungla. Nos internamos profundamente en ella hasta llegar a una extensión de tierras bajas, negras como la tinta bajo los grandes árboles festoneados de enredaderas, donde nuestros pies se hundían profundamente en el suelo esponjoso, alfombrado por la vegetación podrida, y humedad viscosa rezumaba bajo su presión. Éste, me dijo Grom, era el reino de Satha, la gran serpiente.

Dejadme hablar de Satha. Hoy en la tierra no existe nada igual, ni ha existido durante eras incontables. Como el dinosaurio carnívoro, como el viejo dientes de sable, era demasiado terrible para existir. Incluso entonces era ya la superviviente de una edad más tremenda donde la vida y sus formas eran más crudas y horrendas. No había entonces muchas de su especie, aunque podrían haber existido en gran número en las pestilentes aguas de las vastas junglas pantanosas, al sur, aún más lejos. Era mayor que cualquier pitón de los tiempos modernos y de sus colmillos goteaba un veneno mil veces más letal que el de la reina cobra.

Nunca fue adorada por los pictos de sangre pura, aunque los negros que vinieron después la deificaron, y esa adoración persistió en la raza híbrida que surgió de los negros y sus conquistadores blancos. Pero para otros pueblos era el nadir del maligno horror, y las historias sobre ella se mezclaron con la demonología; de modo que en eras posteriores Satha se convirtió en el mismo diablo de las razas blancas, y los estigios primero la adoraron y luego, cuando se convirtieron en egipcios, abominaron de ella bajo el nombre de Set, la Vieja Serpiente, mientras para los semitas se convirtió en Leviatán y Satanás. Era lo bastante terrible para ser un dios, pues era la muerte reptante. Había visto a un elefante macho caer muerto de pronto por el mordisco de Satha. La había visto, la había vislumbrado retorcerse en su horripilante camino a través de la espesa jungla, la había visto cobrar su presa, pero nunca la había cazado. Era demasiado horrenda, incluso para quien había matado al dientes de sable.

Pero ahora la cacé, internándome más y más en la cálida e irrespirable pestilencia de su jungla, donde ni su amistad hacia mí podía obligar a Grom a ir más lejos. Me encareció que pintara mi cuerpo y cantara mi canción de muerte antes de avanzar más, pero yo seguí adelante sin prestarle atención.

En un sendero natural que se retorcía entre los árboles dispuse una trampa. Hallé un gran árbol, blando y de fibra esponjosa, pero de ramaje espeso y pesado, y corté su base junto al suelo con mi gran espada, dirigiendo su caída de modo que, cuando cayó, su copa se estrelló en las ramas de un árbol más pequeño, dejándolo inclinado sobre el sendero, un extremo reposando en la tierra, el otro atrapado en el árbol más pequeño. Luego corté las ramas del costado inferior y, talando un arbolillo delgado pero resistente, lo desbrocé y lo puse recto, a modo de estaca de sujeción; bajo el árbol

inclinado. Luego, cortando el árbol que lo sostenía, dejé el gran tronco precariamente apoyado en la estaca, a la que até una larga liana, tan gruesa como mi muñeca.

Después, me alejé por la jungla primordial y crepuscular hasta que un avasallador y fétido olor asalto mi olfato, y de la pútrida vegetación frente a mí, Satha alzó su horrenda cabeza, balanceándose mortífera de un lado a otro, mientras su lengua hendida entraba y salía, y sus enormes y terribles ojos amarillos ardían gélidamente clavados en mí, con toda la sabiduría maligna del mundo negro y antiguo que existía cuando el hombre no existía aún. Retrocedí, sin sentir miedo, sintiendo sólo una helada sensación en la columna vertebral, y Satha me siguió sinuosamente, su brillante cuerpo cilíndrico de ochenta pies de largo ondulando sobre la vegetación putrefacta en un silencio mesmérico. Su cabeza en forma de cuña era más gruesa que el cuerpo de un hombre y sus escamas destellaban con mil centelleos cambiantes. Yo era para Satha como un ratón para una cobra real, pero tenia colmillos como nunca los vio ratón alguno. Rápido como era, sabía que no podía evitar el golpe relampagueante de esa gran cabeza triangular; así que no osé dejar que se me aproximara demasiado. Huí astutamente a lo largo del sendero, tras de mí, el avance de aquel corpachón flexible era como el viento que barre la hierba.

No estaba a mucha distancia de mí cuando pasé corriendo bajo la trampa y, cuando la gran forma brillante pasaba deslizándose bajo ella, aferré la liana con ambas manos y tiré desesperadamente. Con gran estruendo, el tronco cayó sobre la escamosa espalda de Satha, a unos seis pies de su cabeza en forma de cuña.

Había esperado romperle la columna, pero creo que no lo conseguí, pues el gran cuerpo se enroscaba y anudaba, la potente cola azotaba y golpeaba segando los arbustos como un látigo gigante. En el instante de la caída, la enorme cabeza había oscilado golpeando el árbol con un impacto terrorífico, los potentes colmillos cortando corteza y madera como cimitarras. Ahora, como consciente de que combatía a un enemigo inanimado, Satha se volvió hacia mí que me hallaba fuera de su alcance. El cuello escamoso se retorció arqueándose, las potentes mandíbulas se abrieron, revelando colmillos de un pie de longitud, de los que goteaba veneno que podría haber quemado la piedra sólida.

Creo que, dada su portentosa fortaleza, Satha podría haberse librado del tronco salvo por una rama rota que se había hundido profundamente en su flanco, aprisionándola como si fuera un anzuelo. Su ruidoso sibilar llenó la jungla y sus ojos me miraron con tal maldad concentrada que me estremecí a pesar mío. ¡Oh, sabía que yo era quien la había atrapado! Me acerqué tanto como me atreví, y con un repentino y potente lanzazo, le atravesé el cuello justo bajo las boqueantes mandíbulas, clavándola al tronco del árbol. Entonces me arriesgué mucho, pues estaba muy lejos de la muerte y sabía que en un instante arrancaría la lanza de la madera y quedaría libre para golpear. Pero en ese instante me adelanté a la carrera y blandiendo mi espada con toda mi enorme fuerza, cercene su terrible cabeza.

Las contorsiones y sacudidas de la forma de Satha viva y aprisionada no eran nada junto a las convulsiones de su decapitada forma en la agonía. Me retiré, arrastrando detrás de mí la gigantesca cabeza con una rama ganchuda, y a una distancia segura de la cola que ondulaba y repartía latigazos, me dispuse al trabajo. Trabajé entonces con la muerte desnuda, y ningún hombre se afanó con mayores precauciones que yo. Pues corté los sacos de veneno en la base de los grandes colmillos, y en el terrible veneno empapé las puntas de once flechas, teniendo cuidado de que sólo las puntas de bronce entraran en el líquido, que de otro modo habría corroído la madera de las resistentes saetas. Mientras hacía esto, Grom, impulsado por la camaradería y la curiosidad, llegó

deslizándose nerviosamente por la jungla y su boca se abrió de sorpresa al contemplar la cabeza de Satha.

Durante horas empapé las puntas de las flechas en el veneno, hasta que estuvieron recubiertas de una horrenda escoria verde y pequeños puntos de corrosión aparecieron allí donde el veneno había comido el sólido bronce. Las envolví cuidadosamente en unas hojas grandes y espesas de aspecto gomoso, y después, aunque había caído la noche y las bestias de presa rugían por todos lados, regresé por las colinas selváticas, junto con Grom, hasta que al amanecer llegamos de nuevo a los acantilados que dominaban el valle de las Piedras Rotas.

En la entrada del valle quebré mi lanza y cogí todas las flechas sin envenenar de mi aljaba y las partí. Me pinté la cara y los miembros como se pintan los Aesir sólo cuando se dirigen a una muerte segura, y canté mi canción de muerte al sol que se alzaba sobre los acantilados, mi cabellera amarilla volando al viento matutino.

Luego bajé al valle, el arco en mano.

Grom no pudo decidirse a seguirme. Se tendió en el polvo y aulló como un perro agonizante.

Rebasé el lago y el silencioso campamento donde las cenizas de la pira humeaban todavía y llegué a los tupidos árboles que se hallaban más allá. A mi alrededor se alzaban las columnas, simples montones carentes de forma tras eones incontables. Los árboles eran más espesos, y bajo sus grandes hojas carnosas la propia luz era oscura y maligna. Vi el templo en ruinas como bajo la sombra del crepúsculo, muros ciclópeos que se alzaban sobre masas de cascotes y pétreos bloques caídos. A unas seiscientas yardas ante él se alzaba en un claro una gran columna, de ochenta o noventa pies de altura. Estaba tan gastada y maltratada por la intemperie y el tiempo que cualquier niño de mi tribu podría haberla escalado, y al verla cambié mi plan.

Llegué a las ruinas y vi enormes muros desmoronados sosteniendo un techo cupular del que habían caído muchas piedras, de modo que parecía las costillas cubiertas de liquen de algún esqueleto de un monstruo mítico curvándose sobre mí. Columnas titánicas flanqueaban el umbral cubierto por el que podrían haber pasado diez elefantes de frente. Quizás en tiempos hubo inscripciones y jeroglíficos en los pilares y muros, pero se habían borrado hacia mucho. Alrededor de la gran estancia, en la parte de dentro, había columnas en mejor estado de conservación. En cada una de esas columnas había un achatado pedestal, y algún tenue recuerdo instintivo resucitó vagamente una escena sombría donde negros tambores rugían locamente, y en esos pedestales se acurrucaban de modo aborrecible seres monstruosos en inexplicables rituales enraizados en el negro amanecer del universo.

No había altar alguno... sólo la boca de un gran pozo en el suelo de piedra, con extrañas tallas obscenas en el borde. Arranqué grandes pedazos de piedra del suelo descompuesto y las arrojé al pozo que descendía hasta la oscuridad más absoluta. Las oí rebotar en los costados, pero no las oí golpear el fondo. Arrojé una piedra tras otra, cada una con una desgarradora maldición, y por fin oí un sonido que no era el rugido cada vez más lejano de las piedras que caían. Por el pozo ascendió flotando un extraño y demoniaco sonar de flautas que era una sinfonía de locura. A lo lejos, en la oscuridad inferior, distinguí el temible y tenue brillo de una gran masa blanca.

Me retiré lentamente a medida que el sonar de flautas crecía, retrocediendo a través del enorme umbral. Oí un sonido de roces y golpes y, surgiendo del pozo y cruzando el umbral entre las colosales columnas, emergió danzando una figura increíble. Caminaba erguida como un hombre, pero estaba cubierta de pelo, que era más tupido allá donde debiera hallarse su rostro. Si tenía orejas, nariz y boca no pude descubrirlas. Sólo dos ojos rojizos atisbaban fijamente tras la máscara velluda. Sus manos contrahechas

sostenían un extraño juego de flautas en las que soplaba de un modo extraño mientras avanzaba bailoteando hacia mí con grotescos saltos y contorsiones.

Detrás de la criatura oí un sonido obsceno y repulsivo como el de una masa trémula e inestable alzándose del pozo. Dispuse entonces una flecha, tensé la cuerda y mandé la saeta sibilante hacia la bestia peluda que danzaba monstruosamente. Cayó como herida por el rayo, más para mi horror las flautas siguieron sonando aunque habían caído de las manos contrahechas. Entonces di la vuelta y corrí velozmente hacia la columna, por la que trepé antes de mirar hacia atrás. Cuando llegué al pináculo miré y a causa del choque y la sorpresa de lo que vi, a punto estuve de caer de mi inestable altura.

El monstruoso morador de la oscuridad había salido del templo y yo, que había esperado un horror que, con todo, estuviera contenido en algún molde terrestre, contemplé un engendro de pesadilla. De qué infierno subterráneo surgió arrastrándose hacía mucho, mucho tiempo no lo sé, si sé qué negra era representaba. Pero no era un animal, tal y como la humanidad los conoce. Le llamaré gusano a falta de término mejor. No hay ningún lenguaje terrestre que tenga nombre para él. Sólo puedo decir que se parecía un poco más a un gusano que a un pulpo, una serpiente o un dinosaurio.

Era blanco y pulposo, y arrastraba por el suelo su masa trémula como un gusano. Pero tenía grandes tentáculos aplastados y antenas carnosas, y otras probóscides cuyo uso soy incapaz de explicar. Y tenía una larga extremidad que enrollaba y desenrollaba como la trompa de un elefante. Sus cuarenta ojos, dispuestos en un horrendo círculo, estaban compuestos de miles de facetas de otros tantos colores centelleantes que cambiaban y se alteraban en interminable transmutación. Pero durante tales mudanzas de tono y brillo, retenían siempre su maligna inteligencia... inteligencia que se hallaba tras aquellas facetas chispeantes, ni humana ni con todo bestial, sino una inteligencia demoniaca nacida de la noche tal y como los hombres sienten borrosamente en sueños latir titánicamente en los negros golfos fuera de nuestro universo material. En tamaño el monstruo era como una montaña; su masa habría dejado enano a un mastodonte.

Pero incluso mientras me estremecía ante el horror cósmico de la criatura, dispuse una flecha emplumada y la mandé silbando hacia su blanco. La hierba y los arbustos fueron aplastados cuando el monstruo se dirigió hacia mí como una montaña en movimiento y yo envié flecha tras flecha con terrible fuerza y mortífera precisión. No podía errar un blanco tan enorme. Las flechas se hundieron hasta las plumas o se perdieron de vista en la masa inestable, cada una llevando el veneno suficiente como para matar al momento a un elefante macho. Pero siguió viniendo, rápida y asombrosamente, aparentemente insensible tanto a las echas como al veneno en el que habían sido empapadas. Y todo el tiempo la horrenda música era como un enloquecedor acompañamiento, gimiendo débilmente desde las flautas que yacían en el suelo sin que nadie las tocara.

Mi confianza desapareció; incluso el veneno de Satha era algo fútil ante esta criatura increíble. Lancé mi última flecha casi encima de la temblorosa montaña blanca, tan cerca sehallaba el monstruo bajo mi atalaya. Entonces su color se alteró de pronto. Una oleada de repulsivo azul le recorrió, y la enorme masa se estremeció en convulsiones semejantes a un terremoto. Con un esfuerzo terrible, golpeo la parte inferior de la columna, haciendo pedazos la piedra. Pero en el mismo instante del impacto, salté y caí a través del aire sobre la espalda del monstruo.

La piel esponjosa cedió y se hundió bajo mis pies, y hundí mi espada hasta la empuñadura, removiéndola en la carne pulposa, abriendo una horrenda herida de una yarda de longitud, de la que rezumó un fango verdoso. Entonces el golpe de un tentáculo parecido a un cable me hizo salir despedido de la espalda del titán y me lanzó

girando por los aires a trescientos pies de distancia para caer entre un grupo de árboles gigantescos.

El impacto debió romperme la mitad de los huesos, pues cuando intenté aferrar otra vez mi espada y arrastrarme nuevamente al combate, no pude mover ni la mano ni el pie, sólo retorcerme indefenso con la espalda rota. Pero podía ver al monstruo y sabía que había vencido, incluso en la derrota. La masa, semejante a una montaña, temblaba y se retorcía, los tentáculos lanzaban alocados latigazos, las antenas se retorcían y anudaban y la blancura nauseabunda se había convertido en un repugnante verde pálido. Giró pesadamente y se arrastró hacia el templo, moviéndose como un navío maltrecho bajo un pesado oleaje. Los árboles cayeron y se hicieron astillas cuando el monstruo se apoyó en ellos.

Lloré de pura furia al no poder coger mi espada y precipitarme a la muerte saciando mi locura frenética dando poderosos golpes. Pero el dios-gusano estaba herido de muerte y no necesitaba mi fútil espada. Las demoniacas flautas del suelo continuaron su infernal melodía, que era como el lamento fúnebre del demonio. Luego, mientras el monstruo giraba y se estremecía, le vi recoger el cadáver de su peludo esclavo. Por un instante la forma simiesca colgó en el aire, aferrada por la probóscide parecida a una trompa, luego fue estrellada contra el muro del templo con una fuerza que redujo el cuerpo velludo a mera pulpa informe. Ante eso las flautas lanzaron un horrendo chillido y después callaron para siempre.

El titán se tambaleó al borde del pozo y otro cambio se produjo en él... una temible transformación que aún no puedo describir. Incluso ahora, cuando intento pensar claramente en ella, sólo soy caóticamente consciente de una blasfema y antinatural transmutación de forma y sustancia, estremecedora e indescriptible. Luego la masa extrañamente alterada se precipitó al pozo para caer rodando hacia la oscuridad definitiva de la que vino, y supe que estaba muerta. Y mientras se desvanecía en el pozo, con un gemido desgarrador y chirriante, los muros ruinosos se estremecieron de la cúpula a los cimientos. Se curvaron hacia dentro y se doblaron con una reverberación ensordecedora, las columnas se partieron y con un estruendo cataclísmico la propia cúpula cayó retumbando. Por un instante el aire pareció velado con los cascotes que caían y el polvo de piedra, a través del que las copas de los árboles se movían locamente como en una tormenta o en las convulsiones de un terremoto. Después todo se aclaró de nuevo y miré, apartando la sangre de mis ojos. Donde se había alzado el templo yacía sólo una pila colosal de cascotes y piedras rotas, y cada columna del valle había caído, reducida a pedazos.

En el silencio subsiguiente oí a Grom gemir fúnebremente encima de mí. Le dije que me pusiera la espada en la mano y así lo hizo y se inclinó junto a mí para escuchar lo que tenía que decir, pues mi vida se apagaba rápidamente.

-Que mi tribu recuerde -dije, hablando lentamente-. Que la historia sea contada de aldea en aldea, de campamento en campamento, de tribu a tribu, de modo que los hombres puedan saber que ni hombre ni bestia ni diablo pueden hacer presa en el pueblo de dorada cabellera de Asgard y seguir a salvo. Que me construyan un túmulo donde descanso y que me pongan dentro de él con mi arco y mi espada junto a las manos, para guardar este valle para siempre; de modo que si el fantasma del dios que maté surge de las profundidades, mi fantasma esté siempre dispuesto a presentarle batalla.

Y mientras Grom aullaba y se golpeaba su peludo pecho, la muerte vino a mí en el Valle del Gusano.

EL TÚMULO EN EL PROMONTORIO

Y al instante siguiente aquel gran loco pelirrojo me sacudía como un perro a una rata. «¿Dónde está Meve MacDonnal?», gritaba. Por todos los santos que es horrible oír gritar a un loco en un lugar solitario a medianoche, aullando el nombre de una mujer muerta hace trescientos años.

La historia del pescador de altura

-Este es el túmulo que busca -dije, posando precavidamente mi mano sobre una de las ásperas piedras que componían el montículo extrañamente simétrico.

Un ávido interés ardía en los oscuros ojos de Ortali. Su mirada barrió el paisaje y volvió para descansar en la gran pila de enormes peñascos desgastados por la intemperie.

-¡Qué lugar más extraño, salvaje y desolado! -dijo-. ¿Quién habría pensando en hallar un sitio así excepto en esta comarca? ¡Salvo por el humo que se alza a lo lejos, apenas osaría uno soñar que una gran ciudad se encuentra más allá de ese promontorio! Aquí a duras penas si se divisa la choza de un pescador.

-La gente rehuye el túmulo como lo ha hecho durante siglos -repliqué.

-¿Por qué?

-Ya me lo ha preguntado antes -contesté con impaciencia-. Sólo puedo responder que ahora evitan por costumbre lo que sus antepasados evitaban por sabiduría.

-¡Sabiduría! -rió despectivamente-. ¡Superstición!

Le contemplé sombríamente con un odio sin disimular. Dos hombres a duras penas podrían haber sido de dos tipos más opuestos. Él era delgado, seguro de sí mismo, inequívocamente latino con sus ojos oscuros y su aspecto sofisticado. Yo soy pesado, torpe y de aspecto ursino, con fríos ojos azules y revuelta cabellera rojiza. Éramos paisanos porque habíamos nacido en la misma tierra, pero los hogares de nuestros antepasados estaban tan alejados como el sur del norte.

-Superstición nórdica -repitió-. No puedo imaginar a un pueblo latino permitiendo que un misterio tal siguiera sin ser explorado todos estos años. Los latinos son demasiado prácticos... demasiado prosaicos, si quiere. ¿Está seguro de la fecha de este montículo?

-No he hallado mención alguna de él en manuscritos anteriores a 1014 a. de C. –gruñí-, y he leído todos los manuscritos existentes, en el original. MacLiag, el poeta del rey Brian Boru, habla de cómo se levantó el túmulo inmediatamente después de la batalla, y no puede haber grandes dudas de que este es el montículo al que se refería. Se le menciona brevemente en las crónicas tardías de los Cuatro Señores, también en el Libro de Leinster, compilado a finales de 1150, y de nuevo en el Libro de Lecan, compilado por los MacFirbis alrededor de 1416. Todo ello en conexión con la batalla de Clontarf, sin mencionar el porqué el tal túmulo fue construido.

-Bien, ¿qué misterio hay en ello? -inquirió-. ¿Qué más natural que los nórdicos derrotados alzaran un túmulo sobre el cadáver de algún jefe que había caído en la batalla?

-En primer lugar –respondí-, hay un misterio en cuanto a su existencia. La construcción de túmulos sobre los muertos era una costumbre nórdica, no irlandesa. Pero según los cronistas, no fueron los nórdicos los que levantaron esta pila. ¿Cómo podrían haberla construido inmediatamente después de la batalla, en la cual habían sido hechos pedazos y empujados en desesperada huida a través de las puertas de Dublín?

Sus capitanes yacían allí donde habían caído y los cuervos picoteaban sus huesos. Fueron manos irlandesas las que amontonaron estas piedras.

-Bien, ¿era eso tan extraño? -persistió Ortali-. En los viejos tiempos los irlandeses amontonaban piedras antes de entrar en combate, cada hombre poniendo una piedra en el sitio; después del combate los vivos recogían sus piedras, dejando de ese modo un sencillo recuento de los muertos para cualquiera que deseara contar las piedras que quedaban.

Sacudí la cabeza.

-Eso era en tiempos más antiguos; no en la batalla de Clontarf. En primer lugar, había mas de veinte mil guerreros, y aquí cayeron cuatro mil; este túmulo no es lo bastante grande para haber servido como recuento de los muertos en la batalla. Y su construcción es demasiado simétrica. Apenas alguna piedra ha caído en todos estos siglos. No, fue levantado para cubrir algo.

-¡Supersticiones nórdicas! -dijo burlándose de nuevo.

-¡Cierto, supersticiones, si quiere! -Inflamado por sus burlas, hablé tan salvajemente que él retrocedió un paso sin querer, su mano deslizándose en el interior de su abrigo-. Nosotros, los del Norte de Europa, teníamos dioses y demonios ante los que las pálidas mitologías del sur parecen cuentos de niños. Cuando sus antepasados reposaban en cojines de seda entre los ruinosos pilares de mármol de una civilización decadente, mis antepasados construían su propia civilización entre penalidades y titánicas batallas contra enemigos humanos e inhumanos.

»Aquí, en esta misma llanura, las Eras Oscuras tuvieron fin y la luz de una nueva era amaneció sobre un mundo de odio y anarquía. Aquí, como incluso usted sabe, en el año 1014, Brian Boru y sus guerreros con hachas dalcasianas rompieron el poder de los paganos nórdicos para siempre... esos inexorables saqueadores anárquicos que habían detenido durante siglos el progreso de la civilización.

»Fue más que una lucha entre gaélico y danés por la corona de Irlanda. Fue una guerra entre el Cristo Blanco y Odín, entre cristiano y pagano. Era la última vez que los paganos plantaban cara... el pueblo de las viejas y severas costumbres. Durante trescientos años el mundo se había retorcido bajo el talón del vikingo, y aquí, en Clontarf, se levantó para siempre ese azote.

»Entonces, como ahora, la importancia de esa batalla fue subestimada por los corteses escritores e historiadores latinos y latinizados. Los corteses y sofistas de las civilizadas ciudades del sur no estaban interesados en las batallas de bárbaros en el remoto rincón noroeste del mundo... un lugar y unos pueblos cuyos propios nombres apenas conocían vagamente. Sólo supieron que de pronto las terribles incursiones de los reyes del mar dejaron de barrer su costas, y en otro siglo la era salvaje del saqueo y la matanza había sido casi olvidada... todo porque un pueblo tosco y medio civilizado que apenas cubría su desnudez con pieles de lobo se alzó contra los conquistadores.

»¡Aquí sucedió Ragnarok, la caída de los Dioses! En verdad, aquí cayó Odín pues a su religión le fue dado el golpe mortal. Fue el último de los dioses paganos que se alzó ante la Cristiandad, y por un tiempo pareció como si sus hijos pudieran prevalecer y hacer retroceder al mundo a la oscuridad y el salvajismo. Antes de Clontarf, dicen las leyendas, solía aparecerse en la tierra a sus adoradores, entrevisto en el humo de los sacrificios donde víctimas humanas morían aullando, o cabalgando las nubes desgarradas por el viento, sus rizos salvajes revoloteando en la galerna o, vestido como un guerrero nórdico, asestando golpes tronantes en primera línea de batallas sin nombre. Pero después de Clontarf no se le volvió a ver; sus adoradores le llamaron en vano con cánticos salvajes y horribles sacrificios. Perdieron la fe en él, que les había fallado en sus horas más difíciles; sus altares se derrumbaron, sus sacerdotes encanecieron y

murieron, y los hombres se volvieron hacia su vencedor, el Cristo Blanco. El reino de la sangre y el hierro fue olvidado; la edad de los reyes del mar con las manos enrojecidas pasó. El sol naciente iluminó lenta y tenuemente la noche de las Eras Oscuras, y los hombres olvidaron a Odín, quien ya nunca más volvió a la tierra.

»¡Sí, ría si quiere! Pero, ¿quién sabe qué formas de horror tuvieron nacimiento en la oscuridad, la fría tiniebla y los silbantes golfos negros del Norte? En las tierras del sur brilla el sol y se abren las flores; bajo los cielos suaves los hombres se ríen de los demonios. Pero en el Norte, ¿quién puede decir qué espíritus elementales del mar moran en la oscuridad y las feroces tormentas? Bien pudiera ser que de tales demonios desarrollaran los hombres el culto de los ceñudos Odín y Thor, y su terrible parentela.

Ortali permaneció callado un instante, como sorprendido por mi vehemencia; luego rió.

-¡Bien dicho, mi filósofo del norte! Discutiremos estas cuestiones en otro momento. Difícil era esperar que un descendiente de bárbaros nórdicos escapara a algún rastro de los sueños y el misticismo de su raza. Pero no puede esperar que también a mí me conmuevan sus imaginaciones. Sigo creyendo que este túmulo no cubre secreto más terrible que el de un jefe nórdico que cayó en la batalla... y, realmente, sus delirios concernientes a los demonios nórdicos no tienen nada que ver con el asunto. ¿Me ayudará en la apertura del túmulo?

-No –respondí lacónicamente.

-Unas cuantas horas de trabajo bastarán para poner al descubierto lo que oculta –continuó, como si no me hubiera oído-. Y, hablando de supersticiones, ¿no hay alguna loca historia acerca del acebo en relación con este montículo?

-Una vieja leyenda dice que, por alguna misteriosa razón, todos los árboles que llevan acebo fueron talados en una legua a la redonda –respondí sombríamente-. Ese es otro misterio. El acebo era una parte importante en los encantos nórdicos.

»Los Cuatro Señores hablan de un nórdico –un anciano de barba blanca y aspecto feroz, y aparentemente un sacerdote de Odín- que fue muerto por los nativos mientras intentaba colocar una rama de acebo en un túmulo, un año después de la batalla.

-Bien –rió él-, me he procurado una ramita de acebo, ¿ve?, y la llevaré en la solapa; quizás me protegerá contra sus diablos nórdicos. Me siento más seguro que nunca de que el túmulo cubre a un rey del mar... y siempre eran enviados a su descanso con todas sus riquezas: copas de oro y espadas de enjoyada empuñadura y corazas de plata. Siento que este túmulo guarda riquezas, una riqueza sobre la que los torpes pies de los campesinos irlandeses han tropezado durante siglos, viviendo en la necesidad y muriendo de hambre. ¡Bah! Volveremos aquí hacia la medianoche, cuando podamos estar bien seguros de que no seremos interrumpidos... y usted me ayudará en las excavaciones.

La última frase fue pronunciada en un tono que envió una roja marea de sed de sangre a través de mi cerebro. Ortali se volvió y empezó a examinar el túmulo mientras hablaba y casi involuntariamente mi mano se tendió cautelosamente y se cerró en un pedazo de piedra rota, de maligno aspecto, que se había soltado de uno de los peñascos. En ese instante yo era un asesino en potencia si es que alguna vez uno caminó sobre la tierra. Un golpe, rápido, silencioso y salvaje, y estaría libre para siempre de una esclavitud tan amarga como la que mis antepasados celtas habían conocido bajo los talones de los vikingos.

Como percibiendo mis pensamientos, Ortali giró para enfrentárseme. Deslicé rápidamente la piedra en mi bolsillo, sin saber si había notado la acción. Pero debió ver los rojos instintos asesinos ardiendo en mis ojos, pues volvió a retroceder y de nuevo su mano buscó su revólver oculto.

-He cambiado de opinión -dijo simplemente-. No abriremos el túmulo esta noche. Mañana por la noche quizás. Podríamos ser espiados. Ahora me vuelvo al hotel.

No repliqué, pero le volví la espalda y me alejé caminando meditabundo en dirección a la costa. Él empezó a subir la ladera del promontorio mas allá del cual se hallaba la ciudad y, cuando me volví a mirarle, estaba cruzando el risco, claramente recortado contra el cielo nebuloso: Si el odio pudiera matar, habría caído muerto. Le vi entre una neblina teñida de sangre, mientras el pulso en mis sienes latía como martillos.

Me volví hacia la costa y me detuve de pronto. Sumergido en mis propios y oscuros pensamientos, me había acercado bastante a una mujer antes de verla. Era alta y de constitución robusta, con un rostro fuerte y severo, profundamente cincelado y tan gastado por el clima como las colinas. Vestía de un modo extraño para mí, pero no pensé mucho en ello, sabiendo los curiosos estilos de ropa que ciertas personas anticuadas de nuestro pueblo gustaban de llevar.

-¿Qué está haciendo en el túmulo? -preguntó con una voz ronca y poderosa.

La miré sorprendido; hablaba en gaélico, lo que no era raro de por sí, pero el gaélico que usaba se suponía extinguido como lengua hablada: era el gaélico de los eruditos, puro y con un sabor claramente arcaico. Una mujer de alguna comarca remota de las colinas, pensé, donde la gente seguía hablando la lengua de sus antepasados, sin adulterar.

-Hacíamos conjeturas sobre su misterio -respondí en la misma lengua, vacilando sin embargo, pues aunque era diestro en la forma más moderna enseñada en las escuelas, igualar su uso del lenguaje era toda una prueba para mi conocimiento de él.

Ella sacudió lentamente la cabeza.

-No me gusta el hombre moreno que estaba con usted -dijo sombríamente-. ¿Quién es usted?

-Soy americano, aunque nacido y criado aquí -contesté-. Mi nombre es James O'Brien.

Una luz extraña se encendió en sus fríos ojos.

-¿O'Brien? Es usted de mi clan. Nací como una O'Brien. Me casé con un hombre de los MacDonnals, pero mi corazón estuvo siempre con la gente de mi sangre.

-¿Vive por los alrededores? -inquirí, pensando en su acento poco común.

-Sí, viví aquí en tiempos -respondió-, pero he estado lejos durante mucho tiempo. Todo está cambiado... cambiado. No habría vuelto, pero fui arrastrada por una llamada que usted no puede entender. Dígame, ¿abrirán el túmulo?

Me sobresalté y la miré atentamente, decidiendo que, de algún modo, había escuchado nuestra conversación.

-No es cosa mía decirlo -respondí con amargura-. Ortali... mi compañero... lo abrirá indudablemente y yo estoy obligado a prestarle ayuda. Por voluntad propia no lo turbaría.

Sus fríos ojos horadaron mi alma.

-Los estúpidos se precipitan a su condena -dijo sombríamente-. ¿Qué sabe este hombre de los misterios de esta vieja tierra? Aquí se han realizado hazañas de las que el mundo se hizo eco. Antes, hace mucho tiempo, cuando el Bosque de Tomar se alzaba oscuro y susurrante ante la llanura de Clontarf y los muros daneses de Dublín dominaban el sur del río Liffey, los cuervos se alimentaron de los muertos y el sol poniente alumbró largos carmesíes. Allí el rey Brian, su antepasado y el mío, quebró las lanzas del Norte. De todas las tierras vinieron, también de las islas del mar; llegaron con cotas resplandecientes y sus cascos con cuernos proyectaron largas sombras sobre la tierra. Sus proas de dragón hendieron las olas y el sonido de sus remos era como el batir de la tormenta.

»En la lejana llanura los héroes cayeron como grano maduro ante el segador. Allí cayó Jarl Sigurd de los Orkneys y Brodir de Man, el último de los reyes del mar, y todos sus jefes. Allí cayó también el príncipe Murrogh y su hijo Turlogh, y muchos capitanes de los gaélicos, y el rey Brian Boru en persona, el más poderoso monarca de Erin.

-¡Cierto! -Mi imaginación se inflamaba siempre ante los relatos épicos de mi tierra natal-. Mi sangre se derramó aquí y, aunque he pasado la mejor parte de mi vida en una tierra lejana, hay lazos de sangre que atan mi alma a esta costa. -Ella asintió lentamente y extrajo de sus vestidos algo que brilló apagadamente bajo el sol poniente.

-Toma esto -dijo-. Yo te lo entrego como prueba de un lazo de sangre. Presiento acontecimientos extraños y monstruosos... pero esto te mantendrá a salvo del mal y del pueblo de la noche. Su santidad está más allá del entendimiento humano.

Lo tomé, lleno de preguntas. Era un crucifijo de oro curiosamente trabajado, con pequeñas joyas engastadas. La artesanía era extremadamente arcaica e inequívocamente celta. Y en mi interior se removió borrosamente un recuerdo de una reliquia largo tiempo perdida descrita por monjes olvidados en manuscritos nebulosos.

-¡Cielo santo! -exclamé-. Este es... debe ser... ¡no *puede* ser sino el crucifijo perdido de san Brandon el Bendito!

-Cierto. -Inclinó su severa cabeza-. La cruz de san Brandon, moldeada por las manos del santo hace mucho, mucho antes de que los bárbaros del Norte hicieran de Erin un infierno rojo-... en los días en que la paz dorada y la santidad gobernaran el país.

-¡Pero, mujer! -exclamé con fiereza-, ¡no puedo aceptar esto como un regalo! ¡Ignoras su valor! Su valor intrínseco es igual al de una fortuna; como reliquia carece de precio...

-¡Basta! -Su profunda voz me redujo de pronto al silencio-. Basta de tal charla, que es sacrílega. La cruz de san Brandon carece de precio. Nunca fue manchada con el oro; sólo como don gratuito ha cambiado siempre de manos. Te la doy para escudarte de los poderes del mal. No digas nada más.

-¡Pero ha permanecido perdida trescientos años! -exclamé-. ¿Cómo... dónde...?

-Un hombre santo me la dio hace mucho tiempo -respondió-. La escondí en mi seno... largo tiempo descansó en él. Pero ahora te la doy; he venido de un país lejano para entregártela, pues hay cosas monstruosas en el viento, y la cruz es la espada y el escudo contra el pueblo de la noche. Un antiguo mal se remueve en su prisión que ciegas manos de un loco pueden abrir; pero la cruz de san Brandon es más fuerte que todo mal y ha acumulado poder y fuerza a través de las largas, largas eras desde que ese mal olvidado cayó a la tierra.

-Pero, ¿quién eres? -exclamé.

-Soy Meve MacDonnal -contestó.

Luego, volviéndose sin una palabra más, se alejó en el crepúsculo mientras yo permanecía asombrado y la contemplaba atravesar el promontorio y perderse de vista, desviándose hacia el interior después de coronar el risco. Después también yo, estremeciéndome como un hombre que despierta de un sueño, descendí lentamente la cuesta y crucé el promontorio. Cuando atravesé el risco fue como si hubiera pasado de un mundo a otro: detrás de mí yacían la tierra salvaje y la desolación de una extraña era medieval; ante mí latían las luces y el rugido de la moderna Dublín. Sólo un toque de arcaísmo permanecían en la escena que se hallaba ante mí: a cierta distancia, en el interior, se alzaban las rotas y quebradas hileras de un viejo cementerio, largo tiempo abandonado y ahogado por los hierbajos, a duras penas discernible en la oscuridad. Mientras miraba vi una alta figura moviéndose como un espectro entre las tumbas ruinosas, y agité la cabeza asombrado. Con toda seguridad que Meve MacDonnal estaba loca, viviendo en el pasado, como alguien que busca avivar la llama en las cenizas del

ayer muerto. Emprendí la marcha hacia la lejanía, allí donde empezaban a esparcirse las brillantes ventanas que se convertían en el tumultuoso océano de luces que era Dublín.

De regreso al hotel de las afueras, donde Ortali y yo teníamos nuestras habitaciones, no le hablé de la cruz que la mujer me había dado. Eso, al menos, no tenía que compartirlo. Pensaba guardarla hasta que ella me la pidiera de nuevo, lo cual estaba seguro de que haría. Ahora, recordando su aspecto, volvió a mí lo extraño de su vestimenta, con una cosa que en aquel momento se había grabado en mi subconsciente pero que no había percibido de modo consciente. Meve MacDonnal llevaba sandalias de un tipo que no se había usado en Irlanda durante siglos. Bueno, quizás era natural que con su temperamento vuelto al pasado imitara los atuendos de las eras pasadas que parecían ocupar todos sus pensamientos.

Hice girar la cruz reverentemente en mis manos. No había duda de que era la misma cruz que tan largo tiempo habían buscado en vano los anticuarios y cuya existencia, por fin, habían negado desesperados. El clérigo erudito, Michael O'Rourke, en un tratado escrito alrededor de 1690, describía la reliquia extensamente, trazaba de modo exhaustivo su historia, y afirmaba que se oyó de ella por última vez como posesión del obispo Liam O'Brian quien, muriendo en 1595, la dio a guardar a una mujer de su parentesco; pero quién era esta mujer nunca se supo y O'Rourke afirmaba que ella mantuvo en secreto su posesión de la cruz y que ésta fue enterrada con ella.

En otro momento mi excitación al descubrir esta reliquia habría sido inmensa, pero en ese momento tenía la mente demasiado llena de odio y de un furia ardiente. Poniendo de nuevo la cruz en mi bolsillo, me dediqué desganadamente a repasar mis contactos con Ortali, contactos que sorprendían a mis amigos, pero que eran bastante sencillos.

Algunos años antes había estado en contacto con cierta gran universidad de un modo humilde. Uno de los profesores con los que trabajaba -un hombre llamado Reynolds- era de una disposición intolerablemente prepotente hacia aquellos a los que consideraba inferiores suyos. Yo era un estudiante pobre que luchaba por la vida en un sistema que hace precaria la existencia del mismo estudioso. Soporté los abusos del profesor Reynolds todo lo que pude, pero un día nos enfrentamos. La razón no importa; en sí misma era bastante trivial. Porque me atreví a replicar a sus insultos, Reynolds me golpeó y yo le dejé inconsciente.

Ese mismo día me echó de la universidad. Enfrentado no sólo a una abrupta terminación de mi trabajo y estudios, sino a la misma muerte de hambre, me hallé reducido a la desesperación y fui al estudio de Reynolds tarde, por la noche, pretendiendo dejarle más muerto que vivo de una paliza. Le hallé solo en su estudio pero cuando entré se levantó de un salto y se lanzó sobre mí como una bestia salvaje, con una daga que usaba como pisapapeles. No le golpeé; ni siquiera le toqué. Cuando yo saltaba a un lado para evitar su ataque, una alfombrilla resbaló bajo sus pies lanzados a la carrera. Cayó de bruces y, para mi horror, en su caída la daga que tenía en la mano se le hundió en el corazón. Murió al instante. Enseguida me di cuenta de mi posición. Se sabía que nos habíamos peleado y que incluso habíamos intercambiado golpes. Tenía todas las razones posibles para odiarle. Si me encontraban en el estudio con el muerto, ningún jurado del mundo dejaría de creer que yo le había matado. Me fui apresuradamente por el mismo camino por el que había venido, pensando que no había sido visto. Pero Ortali, el secretario del muerto, me había visto. Volviendo de un baile, me había observado entrar en la residencia y, al seguirme, había visto todo lo ocurrido por la ventana. Pero esto sólo lo supe después. El cuerpo fue hallado por el ama de llaves del profesor y, naturalmente, hubo una gran conmoción. Las sospechas me señalaban, pero la falta de pruebas evitó que se me procesara y esa misma falta de pruebas dio lugar a un veredicto de suicidio. Ortali guardó silencio durante todo ese

tiempo. Entonces se dirigió a mí revelándome lo que sabía. Por supuesto, sabía que yo no había matado a Reynolds, pero podía probar que me hallaba en el estudio cuando el profesor encontró la muerte, y yo sabía que Ortali era capaz de llevar a cabo su amenaza de jurar que me había visto asesinar a Reynolds a sangre fría. Y así empezó un chantaje sistemático.

Me aventuraré a decir que jamás hubo un chantaje más extraño. No tenía dinero por aquel entonces; Ortali estaba apostando por mi futuro, pues estaba seguro de mis habilidades. Me adelantó dinero y, tirando hábilmente de sus influencias, me consiguió una beca en una universidad más grande. Luego se sentó a cosechar los beneficios de sus manejos, y obtuvo buenas cosechas de la semilla que había sembrado.

Alcancé un gran éxito en mi campo. Pronto pedía un salario exorbitante por mi trabajo regular, y recibí pingües premios y galardones por investigaciones de naturaleza variadamente dificultosa, y de ellos Ortali tomó la parte del león... en dinero al menos. Yo parecía tener el don de Midas. Pero del vino de mi éxito sólo probaba las heces.

Apenas tenía un céntimo a mi nombre. El dinero que había fluido por mis manos había ido a enriquecer a mi esclavizador, ignorado del mundo. Un hombre de notables dones podría haber llegado a la cima de cualquier campo, salvo por un extraño rasgo de su carácter que, junto con su naturaleza desusadamente avariciosa le habían convertido en una sanguijuela, un parásito.

Este viaje a Dublín había sido como unas vacaciones para mí. Estaba agotado por el estudio y el trabajo. Pero de algún modo él había oído hablar del Túmulo de Grimmin, como era llamado y, al igual que un buitre huele la carne muerta, Se imaginó la pista de oro oculto. Una copa de oro habría sido para él recompensa suficiente por el trabajo de abrir el montículo, y razón bastante para profanar o incluso destruir el viejo mojón. Era un cerdo con el oro como único dios.

Bien, pensé lúgubremente mientras me desvestía para dormir, todo acaba, tanto lo bueno como lo malo. Una vida tal como la que yo vivía era insoportable. Ortali había agitado la prisión ante mis ojos hasta que ésta perdió sus terrores. Me había tambaleado bajo el peso que llevaba a causa de mi amor por mi trabajo. Pero toda resistencia humana tiene sus límites. Mis manos se endurecieron como el hierro al pensar en Ortali, trabajando a mi lado a medianoche en el túmulo solitario. Un golpe, con una piedra como la que había recogido ese día, y mi agonía habría terminado. Mi vida y esperanzas, mi carrera y ambiciones acabarían también, eso era inevitable. ¡Ah, qué triste, triste fin para mis elevados sueños! ¡Que una soga y la larga caída a través de una negra trampa debieran poner fin a una carrera honrosa y una vida útil! Y todo a causa del vampiro humano que saciaba su podrida sed en mi alma, y me conducía al crimen y la ruina.

Pero sabía que mi suerte estaba escrita en los férreos libros del destino. Más pronto o más tarde me volvería contra Ortali y le mataría, fueran cuales fuesen las consecuencias. Y había llegado ya al final de mi camino. La tortura continuada me había vuelto parcialmente loco, creo. Sabía que en el Túmulo de Grimmin, cuando trabajáramos a medianoche, la vida de Ortali terminaría bajo mis manos, y mi propia vida sería arruinada.

Algo cayo de mi bolsillo y lo recogí. Era el pedazo de piedra afilada que había tomado del túmulo. Contemplándolo meditabundo, me pregunté qué manos extrañas lo habían tocado en tiempos antiguos, y qué oscuro secreto había ayudado a esconder en el desnudo promontorio de Grimmin. Apagué la luz y me tendí en la oscuridad, con la piedra en mi mano, olvidada, ocupado con mi propios y oscuros pensamientos. Y me deslicé gradualmente a un profundo letargo.

Primero fui consciente de que soñaba, como lo es a menudo la gente. Todo era tenue y borroso y estaba conectado de algún modo extraño, lo notaba, con el pedazo de piedra aferrado aún en mi mano dormida. Escenas gigantescas y caóticas, paisajes y acontecimientos se deslizaban ante mí, como nubes que ruedan y corren delante del vendaval. Lentamente se asentaron y cristalizaron en un paisaje claro, familiar pero, con todo, salvajemente extraño. Vi una gran llanura desnuda, limitada a un lado por el mar grisáceo y al otro por un bosque oscuro y susurrante; esta llanura se hallaba cortada por un río serpenteante y más allá del río vi una ciudad... una ciudad como nunca habían visto mis ojos estando despiertos: austera, sin adornos, enorme, con la severa arquitectura de una era más salvaje y antigua. En la llanura vi, como entre una niebla, un feroz combate. Apretadas filas se movían atrás y adelante, el acero centelleaba como un mar soleado; y los hombres caían como grano maduro bajo las hojas. Vi hombres en pieles de lobo, salvajes y con rostros trastornados, blandiendo hachas goteantes, y hombres altos con yelmos cornudos y destelleantes cotas de malla, cuyos ojos eran fríos y azules como el mar. Y me vi a mí mismo.

Sí, en mi sueño me vi y me reconocí a mí mismo, de un modo casi indiferente. Era alto, enérgico y fuerte; la cabellera revuelta y andaba desnudo salvo por un faldellín de piel de lobo alrededor de la cintura. Corría entre las filas gritando y golpeando con un hacha enrojecida, y la sangre corría por mis costados de heridas que apenas sentía. Tenía los ojos de un frío azul y la barba y el cabello revueltos eran rojizos.

Por un instante fui consciente de mi doble personalidad, consciente de que era a la vez el salvaje que corría y mataba con su hacha ensangrentada, y el hombre que dormía y soñaba a través de los siglos. Pero tal sensación se desvaneció rápidamente. Ya no era consciente de ninguna otra personalidad salvo la del bárbaro que corría y golpeaba. James O'Brien carecía de existencia; yo era Cumal el Rojo, *kern* de Brian Boru, y de mi hacha goteaba la sangre de mis enemigos.

El rugir del conflicto moría a lo lejos, aunque aquí y allá nudos de guerreros en combate se distinguían en la llanura. A lo largo del río, semidesnudos hombres de las tribus, el agua enrojecida hasta la cintura, se herían y desgarraban con guerreros de yelmo cuyas cotas no podían salvarles del golpe del hacha dalcasiana. A través del río una horda ensangrentada se tambaleaba en desorden hacia las puertas de Dublín.

El sol se hundía hacia el horizonte. Todo el día había combatido junto a los jefes. Había visto a Jarl Sigurd caer bajo la espada del príncipe Murrogh. Había visto al propio Murrogh morir en el momento de la victoria a manos de un inexorable gigante con cota de malla cuyo nombre nadie conocía. Había visto, en la desbandada del enemigo, caer juntos a Brodir y al rey Brian a la puerta de la tienda del gran rey.

Sí, había sido un festín de cuervos, una roja inundación de matanza, y sabía que las flotas de proa de dragón no volverían a barrernos desde el azul norte con la antorcha y la destrucción. En grandes números yacían los vikingos con sus destellantes cotas, como yace el grano maduro después de la siega. Entre ellos yacían miles de cadáveres ataviados con las pieles de lobo de las tribus, pero los muertos del pueblo del norte superaban en mucho a los muertos de Erin. Estaba cansado y enfermo por la pestilencia de la sangre derramada. Había saciado mi alma con la masacre; ahora buscaba el saqueo. Y lo encontré... en el cadáver de un jefe nórdico ricamente ataviado que yacía cerca de la costa. Le arranqué el peto de malla de plata, el casco de cuernos. Parecían hechos para mí, y me abrí paso entre los muertos, llamando a mis feroces camaradas para que admiraran mi aspecto, aunque el arnés lo notaba extraño, pues los gaélicos despreciaban la armadura y luchaban medio desnudos.

En mi busca de botín me había adentrado mucho en la llanura, alejándome del río, pero los cuerpos vestidos con cotas de malla yacían aún abundantes, pues al romperse

Librodot

las filas los fugitivos y los perseguidores se habían esparcido por todo el terreno, desde el oscuro y ondulante bosque de Tomar hasta el río y la costa. Y en la ladera que daba al mar del promontorio de Druma, lejos de la ciudad de la llanura de Clontarf, di súbitamente con un guerrero agonizante. Era alto y corpulento, ataviado con una cota gris. Yacía parcialmente escondido por los pliegues de una gran capa oscura, y junto a su poderosa mano derecha descansaba su espada rota. El casco de cuernos había caído de su cabeza y el viento que soplaba del Oeste hacía volar sus finos rizos.

Donde debía hallarse un ojo había una cuenca vacía y el otro ojo brillaba frío y severo como el Mar del Norte, aunque ya lo vidriaba la llegada de la muerte. La sangre brotaba de una herida en su peto. Me acerqué a él cautelosamente, un miedo frío y extraño que no podía entender haciendo presa en mí. Con el hacha lista para romperle la cabeza, me incliné sobre él y le reconocí como el jefe que había matado al príncipe Murrogh, y que había segado a los guerreros gaélicos como si los cosechara. Allí donde había luchado, los nórdicos habían prevalecido, pero en todas las demás partes del campo de batalla los gaélicos habían sido irresistibles.

Y ahora me hablaba en nórdico y le entendí pues, ¿acaso no había trabajado como esclavo entre el pueblo del mar durante largos y amargos años?

-Los cristianos han vencido -jadeó en una voz cuyo timbre, aunque apagado, hizo que me recorriera un curioso estremecimiento de pavor; había en ella el tono escondido de las olas heladas barriendo una costa del Norte, como vientos gélidos susurrando entre los pinares-. La muerte y las sombras caminan sobre Asgard y aquí ha caído Ragnarok. No podía estar en todos los lugares del campo a la vez, y ahora estoy herido de muerte. Una lanza... una lanza con una cruz tallada en la hoja; ninguna otra arma podía herirme.

Me di cuenta de que el jefe, viendo borrosamente mi barba roja y la armadura nórdica que llevaba, me suponía uno de su propia raza. Pero el horror nacía oscuro en las profundidades de mi alma.

-Cristo Blanco, aún no has vencido -musitó como en delirio-. Levántame, hombre, y deja que te hable.

Le obedecí por alguna razón y mientras le alzaba hasta dejarle sentado, me estremecí y al tocarle se me puso la piel de gallina, pues su carne era como marfil... más suave y dura que lo natural en la carne humana, y más fría de lo que debería estar incluso la de un moribundo.

-Muero como mueren los hombres -murmuró-. Que estupidez, asumir los atributos de la humanidad, incluso para ayudar al pueblo que me hizo dios. los dioses son inmortales, pero la carne puede perecer, hasta cuando la viste un dios. Apresúrate y trae un brote de la planta mágica, aunque sea acebo, y déjalo en mi pecho. Sí, aunque no sea más grande que la punta de una daga, me liberará de esta prisión carnal que revestí cuando vine a luchar por los hombres con sus propias armas. Y me desprenderé de esta carne y volveré a caminar una vez más entre las nubes cargadas de truenos. ¡Ay, entonces, de todos los hombres que no se arrodillen ante mí! Apresúrate; aguardaré tu regreso.

Su leonina cabeza cayó hacia atrás y, tanteando temblorosamente bajo su armadura, no distinguí latido alguno. Estaba muerto, como mueren los hombres, pero yo sabía que encerrado en esa imitación de un cuerpo humano no hacía sino dormitar el espíritu de un demonio del granizo y la oscuridad.

Sí, le conocía: Odín el *Hombre Gris*, el Tuerto, el dios del Norte que había tomado la forma de un guerrero para luchar por su pueblo. Asumiendo la forma de un ser humano estaba sujeto a muchas de las limitaciones de la humanidad. Todos los hombres sabían esto de los dioses que a menudo caminaban sobre la tierra disfrazados de hombres. Odín, ataviado con el aspecto humano, podía ser herido por ciertas armas, y hasta

muerto, pero el contacto del misterioso acebo le haría alzarse en horrenda resurrección. Esta tarea me había impuesto, no sabiéndome enemigo; en forma humana sólo podía usar facultades humanas, y éstas se hallaban mermadas por la muerte inminente.

Se me erizó el cabello y la piel se me puso de gallina. Arranqué de mi cuerpo la armadura nórdica y luché con un pánico salvaje que me impulsaba a correr ciegamente y gritar de terror por la llanura. Enfermo de miedo, reuní rocas y las amontoné formando un tosco lecho y sobre él, temblando de horror, puse el cuerno del dios nórdico. Y a medida que el sol se ocultaba y las estrellas salían en silencio, yo trabajaba con feroz energía, apilando enormes rocas encima del cadáver. Otros tribeños se acercaron y les conté lo que estaba encerrando... para siempre, esperaba. Y ellos, temblando de horror, se pusieron a ayudarme. Ningún brote de acebo mágico debía ser puesto en el terrible pecho de Odín. Bajo esas toscas piedras el demonio del Norte dormiría hasta el trueno del Día del Juicio, olvidado del mundo que una vez había gritado bajo su talón. Pero no completamente olvidado pues, mientras nos afanábamos, uno de mis camaradas dijo:

-Este no será más el Promontorio de Drumna, sino el promontorio del Hombre Gris.

Esa frase estableció una conexión entre mi yo que soñaba y mi yo del sueño.

Emergí sobresaltado del sueño exclamando:

-¡El Promontorio del Hombre Gris!

Contemplé aturdido lo que me rodeaba, los muebles del cuarto, débilmente iluminado por la luz de las estrellas en las ventanas, pareciéndome extraño y poco familiar hasta que lentamente me orienté en el tiempo y el espacio.

-El Promontorio del Hombre Gris -repetí-, Hombre Gris... Graymin... Grimmin... ¡el Promontorio de Grimmin![2] ¡Santo Dios, la cosa bajo el túmulo!

Me levanté de un salto, estremecido, y me di cuenta de que todavía agarraba el pedazo de piedra del túmulo. Es bien sabido que los objetos inanimados resisten asociaciones psíquicas. Un guijarro de la llanura de Jericó fue puesto en la mano de una medium hipnotizada y ella reconstruyó de inmediato en su mente la batalla y el asedio de la ciudad, y el derrumbamiento de los muros. No dudaba de que ese pedazo de piedra había actuado como un imán para atraer mi mente moderna a través de las nieblas de los siglos a una vida que había conocido antes.

Me hallaba más conmovido de lo que puedo describir, pues todo el fantástico asunto encajaba demasiado bien con ciertas sensaciones vagas e informes concernientes al túmulo que ya habían estado acechando en el fondo de mi mente, para que yo lo considerara sólo un sueño desacostumbradamente vívido. Sentí la necesidad de un vaso de vino y recordé que Ortali tenía siempre vino en su cuarto. Me vestí apresuradamente, abrí mi puerta, crucé el corredor y estaba a punto de llamar a la puerta de Ortali cuando me di cuenta de que estaba parcialmente abierta, como si alguien hubiera descuidado el cerrarla con cuidado. Entré, dando la luz. El cuarto estaba vacío.

Me di cuenta de lo sucedido. Ortali no se fiaba de mí; temía ponerse en peligro estando solo conmigo en un lugar solitario a medianoche. Había pospuesto la visita al túmulo sólo para engañarme, para darle una oportunidad de marcharse en solitario.

Mi odio por Ortali estaba, por el momento, completamente sumergido por un salvaje frenesí de horror al pensar en lo que podía resultar de abrir el túmulo. Pues no dudaba de la autenticidad de mi sueño. No era un sueño; era un fragmento de memoria, en el cual había revivido otra vida mía. El Promontorio del Hombre Gris... el Promontorio de Grimmin, y bajo esas toscas piedras ese cadáver horrible en su apariencia humana... no

[2] En inglés, Hombre Gris se escribe Gray Man. De ahí la posibilidad de transformación fonética sugerida por el autor (nota del traductor)

podía esperar que, imbuido con la esencia imperecedera de un espíritu elemental, ese cadáver se hubiera hecho polvo con las eras.

De mi carrera fuera de la ciudad y hacia esas extensiones semidesoladas, poco recuerdo. La noche era un manto de horror a través del cual atisbaban las rojas estrellas como los ojos ávidos de bestias increíbles, y mis pisadas resonaban huecamente de tal modo que más de una vez pensé que algún monstruo me pisaba los talones.

Las luces dispersas quedaron atrás y penetré en la región del misterio y el horror. No era de extrañar que el progreso hubiera pasado de largo de aquel lugar, dejándolo intacto, una ciega bolsa perdida y entregada a sueños de duendes y recuerdos de pesadilla. Bueno era que tan pocos sospecharan su propia existencia.

Divisé tenuemente el promontorio, pero el miedo me dominó y me mantuvo alejado. Tenía la vaga e incoherente idea de encontrar a la anciana, Meve MacDonnal. Había llegado a vieja entre los misterios y tradiciones de aquel país misterioso. Podía ayudarme, si en realidad la estúpida ceguera de Ortali iba a soltar sobre el mundo el demonio olvidado que los hombres adoraron en tiempos en el Norte. Una figura apareció de pronto bajo las estrellas y yo tropecé con ella, casi derribándola. Una lengua espesa y tartamudeante protestó con la petulancia de la intoxicación. Era un fornido pescador de altura regresando a su cabaña, sin duda, de alguna tardía diversión en una taberna. Le agarré y le sacudí, mis ojos ardiendo a la luz de las estrellas.

-¡Busco a Meve MacDonnal! ¿La conoce? ¡Dígamelo, idiota! ¿Conoce a la vieja Meve MacDonnal?

Fue como si mis palabras le devolvieran la sobriedad tan repentinamente como un cubo de agua helada en la cara. A la luz de las estrellas vi su rostro volverse blanco y su garganta enmudecer de miedo. Intentó santiguarse con una mano insegura.

-¿Meve MacDonnal? ¿Está usted loco? ¿Qué iba a tener yo que ver con ella?

-¡Dígamelo! -aullé, sacudiéndole ferozmente-. ¿Dónde está Meve MacDonnal?

-¡Ahí! -jadeó, señalando con una mano temblorosa hacia la noche donde algo se recortaba tenuemente contra las sombras-. ¡En nombre de todos los santos, seas loco o demonio, vete y deja en paz a un hombre honrado. ¡Ahí... ahí encontrarás a Meve MacDonnal... donde la enterraron, hace más de trescientos años!

Escuchando a medias sus palabras le arrojé a un lado con una feroz exclamación y, mientras corría a través de la llanura sembrada de arbustos, oí los ruidos de su tambaleante huida. Medio cegado por el pánico, llegué a la baja edificación que el hombre había señalado. Y adentrándome entre los arbustos, mis pies hundiéndose en el húmedo moho, me di cuenta de que me hallaba en el viejo cementerio, en el lado que daba al interior del promontorio de Grimmin, en el cual había visto desaparecer a Meve MacDonnal la tarde anterior. Estaba cerca de la lápida de la tumba más grande y con una fantasmal premonición me incliné más, buscando distinguir la inscripción profundamente tallada. En parte gracias a la tenue luz de las estrellas y en parte tanteando con los dedos, distinguí las palabras y las cifras, en el gaélico medio olvidado de tres siglos antes: “Meve MacDonnal - 1565-1640”.

Retrocedí con un grito de horror y, sacando el crucifijo que me había dado, esbocé el gesto de lanzarlo hacia las tinieblas... pero fue como si una mano invisible me aferrara la muñeca. Locura, delirio... pero no podía dudarlo: Meve Mac-Donnal había vuelto a mí desde la tumba donde había permanecido descansando durante trescientos años para darme la vieja, vieja reliquia que le había sido confiada hacía tanto tiempo por su pariente, el sacerdote. El recuerdo de sus palabras regresó a mí, y el de Ortali y el Hombre Gris. Me aparte decididamente de un horror pequeño para volverme hacia uno más grande, y corrí hacia el promontorio que se recortaba borroso contra las estrellas en dirección del mar.

Mientras cruzaba el risco vi, a la luz de las estrellas, el túmulo y la figura que, semejante a un gnomo, se afanaba sobre él. Ortali, con su acostumbrada y casi sobrehumana energía, había movido muchas de las piedras; al acercarme, temblando con horrorizada anticipación, le vi apartar la última capa y oí su salvaje grito de triunfo que me dejó helado a unas cuantas yardas de distancia detrás de él, mirando desde la ladera. Un resplandor maligno se alzó del túmulo y vi, al norte, inflamarse repentinamente la aurora boreal con una terrible belleza, haciendo palidecer a las estrellas. Alrededor del túmulo latía una luz extraña, convirtiendo las ásperas piedras en plata que centelleaba fríamente, y a este resplandor vi a Ortali, despreocupado, arrojar a un lado su pico e inclinarse ávidamente sobre la abertura que había creado... y vi allí la cabeza con el yelmo, reposando sobre la capa de piedras donde yo, Cumal el Rojo, la había colocado tanto tiempo atrás. Vi el terror inhumano y la belleza de ese asombroso rostro esculpido en el que no había ninguna debilidad humana, ni piedad o compasión. Vi el resplandor de un único ojo que helaba el alma, abierto en una temible semblanza de vida. Por toda la figura ataviada con cota de malla centelleaban y chispeaban fríos dardos de luz helada, como las luces del Norte que ardían en los cielos convulsos. Sí, el Hombre Gris yacía como yo le había dejado más de novecientos años atrás, sin rastro de óxido, podredumbre o decadencia.

Y cuando Ortali se inclinó hacia adelante para examinar su hallazgo, un grito ahogado brotó de mis labios... pues la rama de acebo, que llevaba en la solapa en desafío a la «superstición nórdica» resbaló de su sitio y, al extraño resplandor, la vi caer claramente sobre el poderoso pecho acorazado de la figura, donde ardió de pronto con una brillantez demasiado fuerte para los ojos humanos. A mi grito le hizo eco el de Ortali. La figura se movió; los poderosos miembros se flexionaron, apartando a un lado las piedras resplandecientes. Un brillo nuevo iluminó el terrible ojo y una marea de vida fluyó y animó los pétreos rasgos.

Se levantó, saliendo del túmulo, y las luces del Norte jugaron de modo terrible sobre él. Y el Hombre Gris cambió y se alteró en horrenda transmutación. Los rasgos humanos se desvanecieron como una mascara que se borra; la armadura cayó de su cuerpo y se hizo polvo al caer; y el demoniaco espíritu del hielo y el granizo y la oscuridad que los hijos del Norte deificaron como Odín, se alzó desnudo y terrible bajo las estrellas. Alrededor de su espantosa cabeza se movían los relámpagos y los convulsos resplandores de la aurora. Su colosal forma antropomorfa era tan oscura como la sombra y tan brillante como el hielo; su horrible cima llegaba a colosales alturas, hasta la bóveda del cielo.

Ortali se acurrucó, gritando sin palabras, cuando las deformes manos ganchudas se tendieron hacia él. En los rasgos sombríos e indescriptibles de la Cosa no había rastro alguno de gratitud hacia el hombre que la había liberado... sólo una avidez y un odio demoniacos hacia todos los hijos del hombre. Vi los brazos sombríos lanzarse y golpear. Oí a Ortali gritar una vez... un alarido único e insoportable que se alzó hasta el más agudo de los tonos. Por un sólo instante un cegador relampagueo azul ardió a su alrededor, iluminó sus rasgos convulsos y sus ojos que rodaban en sus órbitas; después, su cuerpo fue lanzado hacia el suelo como por una sacudida eléctrica, tan salvajemente que oí con claridad el romperse de los huesos. Pero Ortali estaba muerto antes de tocar el suelo... muerto, encogido y ennegrecido, exactamente como un hombre alcanzado por el rayo, a cuya causa, en realidad, atribuyeron su muerte luego los hombres.

El monstruo feroz que le había matado se inclinó luego hacia mí, brazos de sombra como tentáculos extendidos, la pálida luz de las estrellas convirtiendo su único ojo en un lago luminoso, sus temibles garras goteando con no sé qué fuerzas elementales para reventar los cuerpos y las almas de los hombres.

Librodot

Pero no me acobardé, y en ese instante no le tuve miedo, ni ante el horror de su aspecto ni ante la amenaza de sus rayos mortales. Pues en una cegadora llama blanca había entendido el por qué Meve MacDonnal había vuelto de su tumba para traerme la vieja cruz que había descansado en su seno durante trescientos años, acumulando en sí misma las fuerzas invisibles del bien y la luz que guerrean eternamente contra las formas de la locura y la sombra.

Mientras sacaba de mis ropas la vieja cruz, sentí desplegarse a mi alrededor gigantescas fuerzas invisibles en el aire. No era sino un peón en el juego... meramente la mano que sostenía la reliquia de santidad que era el símbolo de los poderes opuestos para siempre a los demonios de la oscuridad. Mientras la sostenía en alto, de ella saltó un solo dardo de luz blanca, insoportablemente pura, intolerablemente blanca, como si todas las temibles fuerzas de la Luz se hubieran combinado en el símbolo y se liberaran en una concentrada y única flecha de ira contra el monstruo de la oscuridad. Y con horrendo alarido el demonio retrocedió, encogiéndose ante mis ojos. Luego, con un gran batir de alas como de buitres, se lanzo hacia las estrellas, encogiéndose, encogiéndose entre el despliegue de los fuegos que ardían de los cielos atormentados, huyendo de vuelta al oscuro limbo que le hizo nacer, ¡sólo Dios sabe cuántos terribles eones antes!

EL PUEBLO DE LA OSCURIDAD

Fui a la Cueva de Dagón para matar a Richard Brent. Recorrí las umbrías avenidas creadas por los enormes árboles, y mi humor encajaba perfectamente con la primitiva severidad del escenario. El sendero a la Cueva de Dagón es siempre oscuro, pues las grandes ramas y espesas hojas ocultan el sol, y ahora las sombras de mi propia alma hacían que las sombras parecieran más ominosas y lúgubres que de natural.

No muy lejos oí el lento estrellarse de las olas contra los altos acantilados, pero el mar en sí se hallaba fuera de la vista, enmascarado por el denso bosque de robles. La oscuridad y la lúgubre desnudez de lo que me rodeaba oprimió mi alma ensombrecida mientras pasaba bajo las viejas ramas... al salir a un pequeño claro y ver la boca de la antigua caverna ante mí. Me detuve examinando el exterior de la caverna y las penumbrosas extensiones de robles silenciosos.

¡El hombre que odiaba no había llegado antes que yo! Tenía tiempo de llevar adelante mi inflexible propósito. Por un instante mi decisión flaqueó y luego, como una ola, me sumergió el perfume de Eleanor Bland, una visión de ondulante cabello dorado y profundos ojos grises, tan cambiantes y místicos como el mar. Apreté los puños hasta que los nudillos palidecieron, e instintivamente toqué el revólver corto de maligno aspecto cuyo peso deformaba el bolsillo de mi abrigo.

De no ser por Richard Brent, estaba seguro de haber conquistado ya a esa mujer, el deseo de la cual hacía de mis horas de vigilia un tormento y de mi sueño una tortura. ¿A quién amaba? No lo diría; no creía que lo supiera. Que uno de nosotros se fuera, pensaba, y ella se volvería hacia el otro. Y yo iba a simplificarle las cosas... y a mí mismo. Por casualidad había escuchado a mi rubio rival inglés comentar que pretendía ir a la solitaria Cueva de Dagón para divertirse explorándola... solo.

No soy un criminal por naturaleza. Nací y fui criado en un país duro y he vivido la mayor parte de mi vida en los ásperos bordes del mundo, donde un hombre cogía lo que deseaba, si podía, y la clemencia era una virtud escasamente conocida. Pero un tormento que me desgarraba día y noche era lo que me había impulsado a quitarle la vida a Richard Brent. He vivido duramente, y puede que violentamente. Cuando el amor me dominó, también él era feroz y violento. Quizás no estaba completamente cuerdo en mi amor por Eleanor Bland y mi odio hacia Richard Brent. Bajo cualquier otra

circunstancia me habría complacido en llamarle amigo... un joven excelente, enérgico y sobresaliente en todo, fuerte y de ojos despejados. Pero se interponía en el camino de mi deseo y debía morir.

Penetré en la penumbra de la caverna y me detuve. Nunca antes había visitado la Cueva de Dagón, pero un vago sentimiento de familiaridad equivocada me turbaba al contemplar la gran bóveda del techo, las lisas paredes de piedra y el suelo polvoriento. Me encogí de hombros, incapaz de situar la huidiza sensación; indudablemente la evocaba la similitud con las cavernas en el país montañoso del sudoeste americano donde había nacido y pasado mi infancia.

Y con todo, sabía que nunca había visto una cueva como ésta, cuyo aspecto regular había dado pie a mitos de que no era una caverna natural, sino que había sido tallada de la roca sólida hacía eras por las diminutas manos del misterioso Pequeño Pueblo, los seres prehistóricos de la leyenda inglesa. En aquellos parajes todo el campo era un filón de folklore antiguo.

La gente del país era predominantemente celta; aquí nunca habían prevalecido los invasores sajones, y las leyendas se extendían hacia el pasado, en esa campiña largamente colonizada, a una distancia mayor que en ningún otro lugar de Inglaterra... más allá de la llegada de los sajones, sí, e increíblemente más allá de esa era distante, más allá de la llegada de los romanos, hasta esos días inconcebiblemente antiguos cuando los nativos bretones guerreaban con los piratas irlandeses de negra cabellera.

El Pequeño Pueblo, por supuesto, tenía su parte en la leyenda. Ésta decía que la caverna fue una de sus últimas fortalezas contra los conquistadores celtas, e insinuaba túneles perdidos, derrumbados o bloqueados tiempo ha, conectando la cueva con una red de corredores subterráneos que recorrían todas las colinas. Con esas meditaciones casuales disputando perezosamente en mi mente con especulaciones más siniestras, atravesé la cámara exterior de la caverna y entré en un estrecho túnel el cual, lo sabía por descripciones anteriores, conectaba con una estancia más grande.

El túnel estaba oscuro, pero no tanto como para no distinguir los vagos y semiborrados perfiles de misteriosos dibujos en los muros de piedra. Me arriesgué a encender mi linterna eléctrica y examinarlos más de cerca. Incluso borrosos, me repelió su carácter anormal y repugnante. Con seguridad que ningún hombre hecho tal y como lo conocemos garabateó esas grotescas obscenidades.

El Pequeño Pueblo... me pregunte si esos antropólogos estaban en lo correcto en su teoría sobre una achaparrada raza aborigen mongoloide, tan baja en la escala de la evolución como para ser a duras penas humana, poseyendo con todo una diferenciada, aunque repulsiva, cultura propia. Se habían desvanecido ante las razas invasoras, decía la teoría, formando la base de todas las leyendas arias de los trolls, elfos, enanos y brujas. Viviendo en cuevas desde el principio, tales aborígenes se habían retirado más y más hacia el interior de las cavernas de las colinas, ante los conquistadores, desvaneciéndose al fin por entero, aunque el folklore fantasea aún sobre sus descendientes, morando todavía en los abismos perdidos bajo las colinas, aborrecibles supervivientes de una era gastada.

Apagué la linterna y recorrí el túnel para surgir a una especie de umbral que parecía enteramente demasiado simétrico para haber sido obra de la naturaleza. Contemplaba una vasta caverna en penumbra, a un nivel un poco más bajo que el de la cámara exterior, y de nuevo me estremeció un extraño sentimiento de ajena familiaridad. Una corta hilera de escalones llevaba del túnel al suelo de la caverna... escalones diminutos, demasiado pequeños para los pies humanos normales, tallados en la piedra sólida. Los bordes estaban muy desgastados, como por eras de uso. Emprendí el descenso... mi pie resbaló de pronto. Supe instintivamente lo que sucedería -todo era parte de esa extraña

sensación de familiaridad- pero no pude agarrarme. Caí de cabeza por los escalones y golpeé el suelo de piedra con un choque que me dejó sin sentido...

La consciencia regresó lentamente a mi, con un latido en la cabeza y una sensación de perplejidad. Me llevé una mano a la cabeza y la encontré pastosa de sangre. Había recibido un golpe, o me había caído, pero de tal modo me había sido arrebatado el conocimiento que mi mente se hallaba absolutamente en blanco. Dónde estaba, quién era, no lo sabia. Contemplé lo que me rodeaba, pestañeando en la tenue luz, y vi que me hallaba en una vasta y polvorienta caverna. Me hallaba al pie de una corta hilera de peldaños que llevaban hasta cierta especie de túnel. Aturdido, pasé la mano por mi rala cabellera negra y mis ojos vagabundearon por mis enormes miembros desnudos y mi poderoso torso. Vestía, percibí como ausente, una especie de taparrabos, de cuyo cinto colgaba una vaina vacía y en los pies llevaba sandalias de cuero.

Entonces vi un objeto yaciendo a mis pies, me agaché y lo tome. Era una pesada espada de hierro con la ancha hoja manchada de oscuro. Mis dedos encajaron instintivamente en su empuñadura con la familiaridad del largo uso. Entonces recordé de pronto y reí al pensar que una caída de cabeza pudiese hacer de mí, Conan de los salteadores, un absoluto imbécil. Sí, todo volvía a mí ahora. Había sido una incursión contra los bretones, cuyas costas barríamos continuamente con la antorcha y la espada, desde la isla llamada Eire-ann. Que nosotros, los gaélicos de negra cabellera, habíamos desembarcado repentinamente en una aldea costera en nuestras largas y bajas embarcaciones y en el subsiguiente huracán de la batalla los bretones habían abandonado al fin su tozuda resistencia y se habían retirado, guerreros. mujeres y niños, a las profundas sombras de los robledales, donde raramente osábamos seguirles.

Pero yo les había seguido, pues había una muchacha enemiga a la que deseaba con ardiente pasión, una joven criatura grácil y esbelta con ondulante cabello dorado y profundos ojos grises, tan cambiantes y místicos como el mar. Su nombre era Tamera... bien lo conocía, pues entre las razas había comercio al igual que guerra, y había estado en las aldeas de los bretones como visitante pacífico en los raros tiempos de tregua.

Vi su blanco cuerpo semidesnudo apareciendo como un destello entre los árboles mientras corría con la rapidez de una cierva, y yo la seguí, jadeando por la ferocidad de mi deseo. Bajo las oscuras sombras de los robles retorcidos huyó, conmigo pisándole los talones, mientras detrás nuestro, a lo lejos, morían los gritos de la matanza y el entrechocar de las espadas. Después corrimos en silencio, salvo por su rápida y fatigada respiración y cuando emergimos a un pequeño claro ante una caverna de sombría entrada me hallaba tan cerca de ella que agarré una de sus flotantes trenzas doradas con mi poderosa mano. Cayó con un gemido desesperado y, en ese mismo instante, un grito respondió a su llamada y me volví rápidamente para enfrentarme a un robusto joven bretón que surgió de un salto de entre los árboles, sus ojos iluminados por la desesperación.

-¡Vertorix! -gimió la chica, su voz quebrándose en un sollozo.

Una rabia más feroz se alzó en mi interior, pues sabía que el muchacho era su amante.

-¡Corre al bosque, Tamera! -gritó él.

Saltó sobre mí como una pantera, su hacha de bronce girando como una rueda relampagueante sobre su cabeza. Y entonces resonó el clamor de la contienda y el laborioso jadeo del combate.

El bretón era tan alto como yo, pero donde yo era corpulento él era esbelto. La ventaja del puro poder muscular era mía, y pronto se halló a la defensiva, luchando desesperadamente para detener mis pesados golpes con su hacha. Martilleando su guardia como un herrero el yunque, le acosé implacablemente, empujándole de modo

irresistible ante mí. Su pecho subía y bajaba, su aliento emergía en trabajosos jadeos, su sangre goteaba del cuero cabelludo, el pecho y el muslo donde mi hoja sibilante había cortado la piel y había fallado por poco el blanco. Redoblé mis golpes y el se inclinó y se tambaleó bajo ellos como un arbolillo bajo una tormenta. Oí gritar a la chica:

-¡Vertorix! ¡Vertorix! La cueva. ¡A la cueva!

Vi su rostro palidecer por un miedo mayor que el creado por mi espada y sus tajos.

-¡Ahí no! -jadeó el bretón-. ¡Es mejor una muerte limpia! ¡En nombre de Il-marenin, muchacha, corre al bosque y sálvate!

-¡No te abandonaré! -gritó-. ¡La cueva, es nuestra única oportunidad!

La vi pasar junto a nosotros como un relámpago, una huidiza humareda blanca, y desvanecerse en la caverna, y con un grito desesperado, el joven lanzó un golpe desesperado y salvaje que casi hendió mi cráneo. Mientras me tambaleaba por el golpe que a duras penas había parado, saltó apartándose, penetró en la caverna detrás de la chica y se desvaneció en las tinieblas.

Con un aullido enloquecido que invocaba a todos mis inexorables dioses gaélicos, salté temerariamente detrás de ellos, sin pararme a pensar si el bretón acechaba junto a la entrada para partirme los sesos mientras yo me precipitaba al interior. Pero un rápido vistazo me mostró la estancia vacía y un atisbo de blancura desapareciendo a través de un oscuro umbral en el muro trasero.

Corrí cruzando la caverna y me detuve en seco cuando un hacha se materializó de las tinieblas de la entrada y silbo peligrosamente cerca de mi negra melena. Retrocedí de pronto. Ahora la ventaja era de Vertorix que permanecía en la estrecha boca del corredor donde a duras penas podía llegar a él sin exponerme yo mismo al devastador golpe de su hacha.

Casi espumeaba de furia y la visión de una delgada forma blanca entre las profundas sombras detrás del guerrero me puso frenético. Ataqué salvaje pero cautamente, lanzando venenosas estocadas a mi enemigo, y apartándome de sus golpes. Deseaba atraerle a un ataque abierto, evitarlo y traspasarle antes de que pudiera recobrar el equilibrio. En campo abierto podría haberle vencido por pura fuerza y potencia de golpes, pero aquí sólo podía usar la punta y eso en desventaja; siempre había preferido el filo. Pero era tozudo, si yo no podía acabar con él de una estocada, tampoco él o la muchacha podían huir mientras les mantuviera atrapados en el túnel.

Debió ser la comprensión de ese hecho lo que precipitó la acción de la chica, pues le dijo algo a Vertorix sobre buscar un camino que llevara al exterior, y aunque él lanzó un feroz grito prohibiéndole que se aventurara en la oscuridad, ella dio la vuelta y corrió velozmente por el túnel hacia desvanecerse en la penumbra. Mi ira se alzó hasta extremos asombrosos y en mi ansiedad por abatir a mi enemigo antes de que ella encontrara un medio de huida casi conseguí que me hendiera la cabeza.

Entonces la caverna resonó con un terrible alarido y Vertorix gritó como un hombre herido de muerte, el rostro ceniciento en la penumbra. Giró de golpe, como si se hubiera olvidado de mí y de mi espada, y se lanzó corriendo por el túnel como un loco, aullando el nombre de Tamera. Desde muy lejos, como de las entrañas de la tierra, me pareció oír su grito de respuesta, mezclado con un extraño clamor sibilante que me electrizó con un terror innombrable pero instintivo. Entonces se hizo el silencio, roto sólo por los frenéticos gritos de Vertorix, alejándose más y más hacia el interior de la tierra.

Tras recuperarme, salté al túnel y corrí tras el bretón tan temerariamente como él había corrido tras la chica. Y, dicho sea en mi honor, aunque fuera yo un saqueador con las manos enrojecidas, herir a mi rival por la espalda ocupaba mi mente mucho menos que descubrir qué criatura horrible aferraba en sus garras a Tamera.

Mientras corría percibí sin fijarme mucho que los lados del túnel estaban garabateados con imágenes monstruosas, y de pronto me di cuenta, estremecido, que ésta debía ser la temida Caverna de los Hijos de la Noche, historias de la cual habían cruzado el estrecho mar para resonar horriblemente en los oídos de los gaélicos. Gran terror hacia mí debía sentir Tamera para impulsarla a la caverna aborrecida por su gente donde, se decía, acechaban los sobrevivientes de esa horrenda raza que habitó el país antes de la llegada de los pictos y los bretones, y que había huido ante ellos a las ignotas cavernas de las colinas.

Delante de mí el túnel se abría en una espaciosa cámara, y vi la blanca forma de Vertorix vislumbrarse en la semioscuridad y desvanecerse en lo que parecía ser la entrada de un corredor opuesto a la boca del túnel que acababa de atravesar. Al momento sonó un breve y feroz alarido y el estruendo de un fuerte golpe, mezclado con los gritos histéricos de una muchacha y una mezcolanza de siseos de serpiente que hicieron erizarse mi cabello. Y en ese instante me lancé fuera del túnel, corriendo a toda velocidad y me di cuenta demasiado tarde de que el suelo de la caverna se hallaba a varios pies por debajo del nivel del túnel. Mis pies lanzados a la carrera erraron los diminutos escalones y me estrellé de modo terrible en el sólido suelo de piedra.

Me incorporé en la semioscuridad, frotándome la dolorida cabeza, y todo esto volvió a mí, y atisbé temerosamente en la vasta estancia hacia el negro y críptico corredor en el que Tamera y su amante habían desaparecido, y sobre el cual yacía un manto de silencio. Agarrando mi espada, crucé precavidamente la enorme caverna silenciosa y eché un vistazo al corredor. Mis ojos no hallaron sino una oscuridad más densa. Entré, luchando por penetrar las tinieblas, y en el mismo instante en que mi pie resbalaba en una gran mancha del suelo de piedra, el crudo y acre olor de la sangre recién derramada llenó mi nariz. Alguien o algo había muerto aquí, ya fuera el joven bretón o su desconocido atacante.

Permanecí allí indeciso, todos los miedos sobrenaturales herencia del gaélico alzándose en mi alma primitiva. Podía dar la vuelta y salir de esos laberintos malditos a la clara luz del sol y descender al limpio mar azul donde mis camaradas, sin duda, me aguardaban impacientemente tras la derrota de los bretones. ¿Por qué arriesgar mi vida en esas lúgubres madrigueras de rata? Me devoraba la curiosidad por saber qué clase de seres habitaban la Caverna, y quiénes eran llamados los Hijos de la Noche por los bretones, pero fue mi amor hacia la muchacha de la cabellera amarilla lo que me impulsó a descender ese oscuro túnel... y la amaba, a mi modo, y habría sido bueno con ella, y la habría llevado a mi morada en la isla.

Caminé por el corredor, sin hacer ruido, la hoja dispuesta. No tenía ni idea sobre qué especie de criaturas eran los Hijos de la Noche, pero los relatos de los bretones les concedían una naturaleza claramente inhumana.

La oscuridad se cerró a mi alrededor a medida que avanzaba, hasta que me hallé moviéndome en la negrura más absoluta. Mi mano izquierda encontró a tientas un umbral extrañamente tallado, y en ese instante algo siseó como una víbora a mi costado y me hirió ferozmente el muslo. Devolví salvajemente el golpe y sentí que mi hoja encontraba el blanco, y algo cayó a mis pies y murió. Qué criatura había matado en la oscuridad no pude saberlo, pero debió ser al menos en parte humana pues el estrecho tajo de mi muslo había sido hecho con una hoja de alguna especie y no con colmillos o garras. Y sudé por el horror, pues bien saben los dioses que la siseante voz de la Cosa no se había parecido a ninguno de los lenguajes humanos que yo había escuchado.

Y ahora, en la oscuridad delante de mí, oí repetirse el sonido, mezclado con horribles deslizamientos, como si gran número de criaturas reptilescas se aproximasen. Penetré rápidamente en la entrada que mi mano había descubierto tanteando y estuve a punto de

repetir mi caída de cabeza, pues en vez de conducir a otro corredor al mismo nivel, la entrada daba a una hilera de escalones para enanos sobre la que me tambaleé violentamente.

Recobrado el equilibrio, avancé cautelosamente, aferrándome a los costados para apoyarme. Me parecía descender hasta las mismas entrañas de la tierra, pero no me atreví a dar la vuelta. De pronto, muy lejos y abajo, percibí una débil y fantasmagórica luz. Continué adelante, sin más elección, y llegué a un punto donde el pozo de bajada se abría en otra gran cámara abovedada; y retrocedí, asombrado.

En el centro de la estancia se alzaba un lúgubre altar negro; había sido frotado con una especie de fósforo, de modo que brillaba apagadamente, iluminando a medias las sombría caverna. Dominándolo desde atrás, sobre un pedestal de cráneos humanos, yacía un objeto negro y críptico, esculpido con misteriosos jeroglíficos. ¡La Piedra Negra! La vieja, vieja Piedra ante la que, según decían los bretones, se arrodillaban los Hijos de la Noche en horripilante adoración, y cuyo origen se perdía en las negras neblinas de un pasado horrendamente lejano. Una vez, decía la leyenda, se había alzado en ese severo círculo de monolitos llamado Stonehenge, antes de que sus devotos hubieran sido barridos como inmundicias por los arcos pictos.

Pero no le concedí sino una fugitiva y estremecida mirada. Dos figuras yacían, atadas con correas de cuero crudo, sobre el resplandeciente altar negro. Una era Tamera, la otra era Vertorix, manchado de sangre y el cabello revuelto. Su hacha de bronce, manchada de sangre seca, yacía cerca del altar. Y ante la Piedra brillante se agazapaba el Horror. Aunque nunca había visto a ninguno de esos grotescos aborígenes, reconocí a la criatura por lo que era y me estremecí. Era un hombre, en cierto modo, pero tan abajo en la escala vital que su distorsionada humanidad era más horrible que su bestialidad.

Erguido, no podría llegar a los cinco pies. Su cuerpo era enjuto y deforme, su cabeza desproporcionadamente grande. Su lacia y enmarañada cabellera caía sobre un rostro cuadrado e inhumano, con labios flácidos y convulsos que dejaban al descubierto colmillos amarillentos, unas fosas nasales grandes y achatadas y grandes ojos oblicuos de color amarillo. Sabía que la criatura debía ser capaz de ver en la oscuridad tan bien como un gato. Siglos de acechar en cavernas penumbrosas le habían dado a la raza atributos terribles e inhumanos. Pero el rasgo más repulsivo era su piel: escamosa, amarilla y manchada, como el cuero de una serpiente. Un taparrabos hecho de auténtica piel de serpiente ceñía sus flacos lomos y sus manos ganchudas aferraban una corta lanza con punta de piedra y un mazo de pedernal pulido de siniestro aspecto.

Contemplaba con tan intensa satisfacción a sus cautivos que, evidentemente, no había oído mi cauteloso descenso. Mientras dudaba en la sombras del pozo, escuché encima de mí un suave y siniestro arrastrarse que me heló la sangre en las venas. Los Hijos se arrastraban detrás de mí por el pozo, y estaba atrapado. Vi otras entradas abriéndose a la estancia y actué, dándome cuenta de que una alianza con Vertorix era nuestra única esperanza. Aunque fuéramos enemigos, éramos hombres, hechos a idéntica imagen, atrapados en la madriguera de esas indescriptibles monstruosidades.

Cuando surgí del pozo, el Horror ante el altar levantó de golpe la cabeza y me miró. Y mientras se levantaba, salté yo y él se derrumbó, chorreando sangre, cuando mi pesada espada traspasó su reptilesco corazón. Pero incluso mientras moría, lanzó un aborrecible aullido que resonó hasta las alturas del pozo. Con una premura desesperada corté las ataduras de Vertorix y le puse en pie. Y me volví hacia Tamera, que en tan desesperado apuro no se apartó de mí, sino que me miró con ojos implorantes y dilatados por el terror. Vertorix no malgastó tiempo en palabras, viendo que la suerte nos había hecho aliados. Recobró su hacha mientras yo liberaba a la chica.

-No podemos subir por el pozo -explicó rápidamente-; ya que en seguida tendríamos encima a toda la manada. Atraparon a Tamera mientras buscaba una salida y me superaron a fuerza de número cuando la seguí. Nos arrastraron aquí y se fueron todos salvo esa carroña... llevando nuevas del sacrificio a todos sus agujeros, sin duda. Sólo Il-marenin sabe cuántos de mi pueblo, robados en la noche, han muerto en ese altar. Debemos probar nuestra suene en uno de esos túneles... ¡todos llevan al infierno! ¡Seguidme!

Cogiendo la mano de Tamera corrió velozmente al túnel más cercano y yo les seguí. Una mirada hacia la estancia antes de que una curva del corredor la ocultara de la vista me mostró una horda repulsiva surgiendo del pozo. El túnel ascendía abruptamente y de pronto, frente a nosotros, vimos un rayo de luz gris. Pero al instante siguiente nuestros gritos de esperanza se mudaron en maldiciones de amarga decepción. Cierto, la luz diurna se filtraba por una grieta en la bóveda del techo pero lejos, muy lejos de nuestro alcance. Detrás nuestro, la manada voceó su alegría. Y yo me detuve.

-Salvaos si podéis -gruñí-. Les presentaré batalla aquí. Pueden ver en la oscuridad y yo no. Aquí, al menos puedo verles. ¡Id!

Pero Vertorix se detuvo también.

-De poco sirve que nos cacen como ratas hasta la muerte. No hay escapatoria. Enfrentemos nuestro destino como hombres.

Tamera gritó, retorciéndose las manos, pero se aferró a su amante.

-Quédate detrás de mí con la chica –gruñí-. Cuando caiga, aplástale los sesos con tu hacha para que no vuelvan a cogerla viva. Entonces vende tu vida tan cara como puedas, pues no hay nadie para vengarnos.

Sus agudos ojos sostuvieron mi mirada.

-Adoramos dioses distintos, saqueador -dijo-, pero todos los dioses aman a los hombres valientes. Puede que volvamos a encontrarnos, más allá de la Oscuridad.

-¡Hola y adiós bretón! -gruñí mientras nuestras diestras se unían en un férreo apretón.

-¡Hola y adiós, gaélico! -replicó.

Y me di la vuelta justo cuando una horda espantosa barría el túnel e irrumpía a la tenue luz, una pesadilla volante de cabelleras enmarañadas y flotantes, labios que espumeaban y ojos llameantes. Lanzando mi atronador grito de guerra salté contra ellos y mi pesada espada cantó y una cabeza saltó de sus hombros sobre un manantial de sangre. Se lanzaron sobre mí. Luché como una bestia enloquecida y a cada golpe atravesé carne y hueso, y la sangre lo salpicaba todo como una lluvia escarlata.

Entonces, a medida que penetraban y yo caía bajo el simple peso de su número, un grito feroz atravesó el tumulto y el hacha de Vertorix cantó encima de mí, derramando la sangre y los sesos como el agua. La presión disminuyó y me alcé tambaleante, pisoteando los cuerpos que se retorcían debajo de mí.

-¡Una escalera detrás nuestro! -gritaba el bretón-. ¡Medio oculta en un ángulo de la pared! ¡Debe conducir a la luz del día! ¡Arriba, en nombre de Il-marenin!

Así que retrocedimos, luchando a cada palmo del camino. Las sabandijas lucharon como diablos sedientos de sangre, trepando sobre los cuerpos de los muertos para acuchillarnos lanzando alaridos. A cada paso derramábamos nuestra sangre cuando alcanzamos la bota del pozo en el que Tamera nos había precedido.

Aullando como los mismos demonios, los Hijos saltaron para arrastrarnos hacia abajo. El pozo no estaba tan iluminado como el corredor y se hizo más oscuro a medida que trepábamos, pero nuestros enemigos sólo podían llegar a nosotros por delante. ¡Por los dioses, les matamos hasta que la escalera estaba atestada de cuernos mutilados y los Hijos espumeaban como lobos enfurecidos! Entonces abandonaron repentinamente la contienda y descendieron a la carrera los escalones.

-¿Qué presagia esto? jadeó Vertorix, restañando la sangre y el sudor de sus ojos.

-¡Por el pozo, aprisa! -dije boqueando-. ¡Pretenden subir por alguna otra escalera y atacarnos desde arriba!

Así que ascendimos corriendo aquellos malditos peldaños, resbalando y tropezando, y cuando rebasábamos un negro túnel que daba al pozo, oímos en las profundidades un temible aullido. Un instante después emergimos del pozo en un serpenteante corredor, tenuemente iluminado por una vaga luz grisácea que se filtraba desde las alturas, y en algún lugar de las entrañas de la tierra me pareció oír el trueno de un torrente de agua. Tomamos el corredor y, mientras lo hacíamos, un gran peso se estrelló en mi espalda, derribándome de bruces, y un mazo golpeó una y otra vez mi cabeza, enviando sordos relámpagos de roja agonía por todo mi cerebro. Con una torsión volcánica me saqué de encima a mi atacante y le puse debajo de mí y le desgarré la garganta con mis desnudas manos. Y sus colmillos se cerraron en mi brazo mientras moría.

Me alcé tambaleante y vi que Tamera y Vertorix habían desaparecido. Me hallaba un poco detrás de ellos y se habían alejado corriendo, ignorantes del demonio que había saltado sobre mis hombros. Indudablemente, pensaron que seguía pisándoles los talones. Di una docena de pasos y me detuve. El corredor se bifurcaba y no sabía qué ruta habían tomado mis compañeros. Gire al azar por el ramal de la izquierda y me adentré tropezando en la semioscuridad. Me hallaba debilitado por la fatiga y la pérdida de sangre, mareado y enfermo por los golpes que había recibido. Sólo el pensar en Tamera me mantenía tenazmente en pie. Al fin escuché con claridad el sonido de un torrente invisible.

Que no me hallaba a gran profundidad era evidente por la tenue luz que se filtraba de algún lugar en las alturas, y por un momento esperé tropezarme con otra escalera. Pero cuando lo hice, me detuve presa de negra desesperación; en vez de hacia arriba, llevaba hacia abajo. En algún lugar, a mis espaldas, oí débilmente los aullidos de la manada y me dirigí hacia abajo, sumergiéndome en la mas completa oscuridad. Había abandonado toda esperanza de huida y sólo esperaba hallar a Tamera -si ella y su amante no habían encontrado un modo de huir- y morir con ella. El trueno de la corriente de agua se hallaba ahora sobre mi cabeza, y el túnel era fangoso y húmedo. Gotas de líquido caían en mi cabeza y supe que estaba pasando bajo el río.

Entonces tropecé de nuevo con escalones tallados en la piedra, y éstos llevaban hacia arriba. Ascendí por ellos tan deprisa como me lo permitía la creciente rigidez de mis heridas. y había recibido el castigo suficiente para matar a un hombre corriente. Ascendí más y más arriba y de pronto la luz del día surgió de una hendidura en la roca sólida. Me hallé bajo el resplandor del sol. Estaba de pie en una cornisa muy por encima de las aguas torrenciales de un río que corría a sorprendente velocidad entre altos acantilados. La cornisa en la que me encontraba estaba próxima a la cima del acantilado; la salvación estaba al alcance de mi mano. Pero vacilé y tal era mi amor por la muchacha del cabello dorado que estaba dispuesto a volver sobre mis pasos a través de los negros túneles con la loca esperanza de hallarla. Entonces di un respingo.

A través del río vi otra hendidura en la pared del acantilado situado delante de mí, con una cornisa similar a aquella en la que me hallaba, pero más larga. En tiempos más antiguos, no lo dudé, alguna especie de puente primitivo conectaba las dos cornisas... posiblemente antes de que se excavara el túnel bajo el lecho del río. Mientras miraba, dos figuras emergieron a esa otra cornisa... una llena de tajos, manchada de polvo, cojeante, aferrando un hacha ensangrentada; la otra esbelta, blanca y juvenil.

¡Vertorix y Tamera! Habían tomado el otro ramal del corredor en la bifurcación y evidentemente habían seguido las ventanas del túnel para emerger como lo habían hecho, excepto que yo había tomado la desviación izquierda y pasado limpiamente bajo

el río. Y ahora vi que se hallaban en una trampa. A ese lado los acantilados se alzaban unos cincuenta pies más arriba que en mi lado del río y eran tan escarpados que una araña a duras penas habría podido escalarlos. Sólo había dos modos de huir de la cornisa: regresar por los túneles atestados de demonios, o lanzarse de cabeza al río que corría locamente en las profundidades.

Vi a Vertorix contemplar los escarpados acantilados, mirar luego abajo y sacudir la cabeza con desesperación. Tamera le rodeó el cuello con los brazos, y aunque el ímpetu del río no me dejó oír sus voces, les vi sonreír al tiempo que se colocaban en el borde de la cornisa. Y de la hendidura surgió un enjambre, una repugnante turbamulta, como sucios reptiles que emergen retorciéndose de la oscuridad, y se quedaron inmóviles, pestañeando bajo la luz del sol como las criaturas nocturnas que eran. Aferré el pomo de mi espada bajo la agonía de mi impotencia hasta que la sangre goteó bajo mis uñas. ¿Por qué la manada no me había seguido a mí en vez de a mis compañeros?

Los Hijos vacilaron un instante mientras los dos bretones se les encaraban y entonces, con una carcajada, Vertorix arrojó su hacha a lo lejos en el río impetuoso y, dándose la vuelta, abrazó por última vez a Tamera. Juntos saltaron y, abrazado cada uno al otro, se precipitaron hacia abajo, golpearon las aguas locamente espumeantes que parecieron saltar para recibirles, y se desvanecieron. Y el río salvaje siguió fluyendo como un monstruo ciego e insensato, retumbando entre los resonantes acantilados.

Por un momento permanecí helado, y luego giré como un hombre en sueños, aferré el borde del acantilado encima de mí y, cansadamente, me icé por encima de él, y me puse en pie sobre los acantilados oyendo como un tenue sueño el rugido del río, lejos allá abajo.

Me tambaleé, aferrando asombrado mi pulsante cabeza, sobre la que se secaban las costras de sangre. Contemplé furiosamente lo que me rodeaba. Había escalado los acantilados... ¡no, por el trueno de Crom, estaba aún en la caverna! Tendí la mano hacia mi espada...

Las nieblas se desvanecieron y, como mareado, examiné los alrededores, orientándome en el espacio y el tiempo. Estaba al pie de los escalones por los que había caído. Yo, que había sido Conan el saqueador, era John O'Brien. ¿Era todo ese grotesco interludio un sueño? ¿Podía un simple sueño parecer tan vívido? Incluso en sueños, sabemos a menudo que estamos soñando, pero Conan el saqueador no había tenido conocimiento de ninguna otra existencia. Aún más, recordaba su propia vida pasada como la recuerda un hombre vivo, aunque en la mente que iba despertándose de John O'Brien, ese recuerdo se borraba entre el polvo y la niebla. Pero las aventuras de Conan en la Caverna de los Hijos permanecían claramente delineadas en la mente de John O'Brien.

Lancé una mirada a través de la penumbrosa estancia hacia la entrada del túnel en el interior del cual Vertorix había seguido a la muchacha. Pero miré en vano, viendo sólo el desnudo y vacío muro de la caverna. Crucé la estancia, encendí mi linterna -milagrosamente intacta en mi caída- y tanteé a lo largo del muro.

¡Ah! ¡Me sobresalté, como por una sacudida eléctrica! Exactamente donde debería hallarse la entrada, mis dedos detectaron una diferencia en el material, una sección que era más áspera que el resto del muro. Estaba convencido de que era de construcción relativamente moderna; el túnel había sido cerrado.

Empujé contra ella, empleando toda mi fuerza, y me pareció que esa sección estaba a punto de ceder. Retrocedí e, inspirando profundamente, lancé todo mi peso contra ella, respaldado por todo el poder de mis gigantescos músculos. La pared, quebradiza y ruinosa, cedió con un estruendo ensordecedor y me catapulté a través de una lluvia de piedras y argamasa que caía.

Dejando escapar un agudo grito me puse en pie. Estaba en un túnel y no podía equivocarme esta vez en cuanto a la sensación de familiaridad. Aquí había caído por primera vez Vertorix bajo los Hijos, mientras se llevaban a Tamera, y aquí donde me encontraba ahora el suelo había sido bañado de sangre.

Caminé por el corredor como un hombre en trance. Pronto debería llegar al umbral a la izquierda... cierto, allí estaba, el portal extrañamente tallado, en la boca del cual había matado a la criatura invisible que surgió de la oscuridad detrás de mí. Me estremecí por un instante. ¿Sería posible que los restos de esa sucia raza siguieran acechando horriblemente en estas remotas cavernas?

Giré por el umbral y mi linterna iluminó un largo pozo de bajada, con diminutos escalones cortados en la piedra sólida. Por estos escalones había descendido a tientas Conan el salteador y por estos escalones descendí yo, John O'Brien, con recuerdos de esa otra vida llenando mi cerebro de vagos fantasmas. Ninguna luz brillaba delante de mí pero llegué a la gran estancia penumbrosa que antes había conocido y me estremecí al ver el inexorable altar negro delinearse bajo el brillo de mi linterna. Ahora ninguna figura arada se retorcía en é1, ningún horror agazapado se regodeaba ante él. Tampoco la pirámide de cráneos soportaba a la Piedra Negra ante la que razas desconocidas se habían inclinado antes de que Egipto surgiera del alba del tiempo. Sólo un montón de polvo yacía esparcido donde los cráneos habían mantenido en alto la cosa infernal. No, eso no había sido un sueño: era John O'Brien, pero había sido Conan de los salteadores en esa otra vida, y ese terrible interludio un breve episodio de realidad que había revivido.

Penetré en el túnel por el que habíamos huido, lanzando delante de mí un rayo de luz, y vi el haz de luz grisácea descendiendo de lo alto... igual que en esa otra edad perdida. Aquí, el bretón y yo, Conan, habíamos sido acorralados. Aparté los ojos de la vieja hendidura en las alturas del techo abovedado y busqué la escalera. Ahí estaba, medio oculta por un ángulo en la pared. Subí, recordando cuán duramente la habíamos ascendido Vertorix y yo tantas eras antes, con la horda siseando y espumeando en nuestros talones. Me descubrí tenso de temor mientras me acercaba a la oscura y bostezante entrada a través de la que la manada había intentado cortarnos el paso. Había apagado la luz cuando entré en el corredor inferior, tenuemente iluminado, y ahora contemplaba el pozo de negrura que se abría sobre la escalera. Y, con un grito, retrocedí, casi perdiendo pie en los gastados escalones. Sudando en la semioscuridad conecté la linterna y dirigí su rayo a la críptica abertura, revólver en mano.

Vi sólo los costados desnudos y redondeados de un pequeño túnel y reí nerviosamente. Mi imaginación se estaba desbandando; podría haber jurado que horrendos ojos amarillos me lanzaban una mirada terrible desde la oscuridad y que algo que se arrastraba se había escurrido por el túnel. Era un tonto dejando que tales imaginaciones me trastornaran. Los Hijos se habían desvanecido de estas cavernas hacía largo tiempo; una raza aborrecible y carente de nombre, más cercana a la serpiente que al hombre, se habían desvanecido siglos ha en el olvido del que habían salido arrastrándose en los negros amaneceres de la tierra.

Emergí del pozo al corredor serpenteante que, como recordaba de antes, era más luminoso. Aquí una cosa acechante había saltado desde las sombras a mi espalda mientras mis compañeros, sin enterarse, seguían corriendo. ¡Qué hombre tan enorme había sido Conan para poder continuar tras recibir heridas tan salvajes! Sí, los hombres eran de hierro en esa era.

Llegué al lugar donde el túnel se bifurcaba y, como antes, tomé el ramal de la izquierda y llegué al pozo que descendía. Abajo fui, prestando oído al rugido del río pero sin escucharlo. Una vez más la oscuridad se cerró sobre el pozo, así que me vi

forzado a recurrir de nuevo a mi linterna eléctrica, a menos que perdiera pie y me precipitara hacia mi muerte. ¡Oh, yo, John O'Brien no soy con toda seguridad tan firme de paso como lo era yo, Conan el saqueador; no, ni poseo tampoco su potencia y velocidad, dignas del tigre!

No tardé en llegar al húmedo nivel inferior y sentí de nuevo la humedad que indicaba mi posición bajo el lecho del río, pero aún no podía oír el fluir del agua. Y sabía con certeza que fuera cual fuera el poderoso río que se había precipitado rugiendo hacia el mar en esos tiempos antiguos, hoy no existiría tal curso de agua entre las colinas. Me detuve, paseando la luz por los alrededores. Me hallaba en un vasto túnel, de techo no muy alto, pero amplio. Otros túneles más pequeños se ramificaban a partir de él y me pregunté por la red que aparentemente horadaba las colinas.

No puedo describir el lúgubre y tenebroso efecto de esos corredores oscuros de bajo techo, muy en lo hondo de la tierra. Sobre todo ello pendía un avasallador sentimiento de inexplicable antigüedad. ¿Por qué el Pequeño Pueblo había tallado esas criptas misteriosas, y en qué negra era? ¿Fueron estas cavernas su último refugio contra las mareas invasoras de la humanidad, o sus castillos desde tiempo inmemorial? Sacudí la cabeza desorientado; la bestialidad de los Hijos la había contemplado y, con todo, de algún modo habían sido capaces de excavar estos túneles y estancias que podrían asombrar a los ingenieros modernos. Aun suponiendo que hubiesen completado una labor empezada por la naturaleza, seguía siendo una obra portentosa para una raza de aborígenes enanos.

Entonces me di cuenta con un sobresalto de que estaba más tiempo en estos túneles tenebrosos del que deseaba, y empecé a buscar los escalones por los que Conan había ascendido. Los encontré y, mientras los seguía, respiré de nuevo hondamente aliviado ante el súbito brillo de la luz diurna que llenó el pozo. Aparecí en la cornisa, ahora desgastada hasta no ser apenas sino un relieve en la faz del acantilado. Y vi el gran río, que había rugido como un monstruo aprisionado entre las escarpadas paredes de su estrecho desfiladero, encogido con el paso de los eones hasta no ser más que un pequeño arroyo, muy por debajo de mí, escurriéndose en un hilillo silencioso entre las piedras en su camino hacia el mar.

Sí, la superficie de la tierra cambia; los ríos crecen o se encogen, las montañas se alzan y se derrumban, los lagos se secan, los continentes se alteran; pero bajo la tierra la obra de manos perdidas y misteriosas duerme intacta por el barrer del Tiempo. Su obra, sí, pero ¿y qué de las manos que erigieron esa obra? ¿Acaso ellas también acechaban bajo el seno de las colinas?

Cuánto tiempo permanecí allí, perdido en vagas especulaciones, no lo sé pero de pronto, contemplando la otra cornisa, ruinosa y gastada por la intemperie, me agazapé en la entrada detrás de mí. Dos figuras surgieron en la cornisa y lancé un jadeo de sorpresa al ver que eran Richard Brent y Eleanor Bland. Ahora recordé porqué había venido a la caverna y mi mano buscó instintivamente el revólver en mi bolsillo. Ellos no me vieron. Pero yo podía verles y oírles claramente también, ya que ningún río rugiente tronaba entre las cornisas.

-Vaya, Eleanor -estaba diciendo Brent-, me alegro de que decidieras venir conmigo. ¿Quién habría supuesto que había algo en esas historias de viejas sobre túneles ocultos que surgían de la caverna? Me pregunto, ¿cómo llegó a caerse ese trozo de pared? Pensé oír un estruendo justo cuando entramos en la cueva exterior. ¿Supones que había algún mendigo en la caverna antes que nosotros, y que la rompió?

-No lo sé -respondió ella-. Recuerdo... ¡oh, no lo sé! Casi parece como si hubiera estado aquí antes, o lo hubiera soñado. Me parece recordar débilmente, como una lejana

pesadilla, correr, correr, correr interminablemente a través de esos corredores oscuros con horrendas criaturas pisándome los talones...

-¿Estaba yo allí? -preguntó bromeando Brent.

-Sí, y John también -respondió ella-. Pero no eras Richard Brent y John no era John O'Brien. No, y yo tampoco era Eleanor Bland. ¡Oh, es tan vago y lejano que no puedo describirlo en absoluto! Es borroso, terrible y lleno de niebla.

-Lo entiendo un poco -dijo él inesperadamente-. Desde que llegamos al lugar donde la pared había caído revelando el viejo túnel, he tenido una sensación de familiaridad con el sitio. Había horror y peligro y batalla... y amor, también.

Se acercó al borde para mirar la garganta y Eleanor lanzó de pronto un grito, agarrándole en un abrazo convulsivo.

-¡No, Richard, no! ¡Cógeme, oh, cógeme fuerte!

Él la tomó en sus brazos.

-Eleanor, querida, ¿qué ocurre?

-Nada -dijo titubeando, pero se aferró más a él y vi que estaba temblando-. Sólo una sensación extraña... una oleada de mareo y temor, como si estuviera cayendo desde una gran altura. No te acerques al borde, Dick; me asusta.

-No lo haré, querida -respondió, atrayéndola hacia él, y continuó vacilante-: Eleanor, hay algo que he querido preguntarte desde hace largo tiempo... bueno, no sé decir las cosas de modo elegante. Te amo, Eleanor: siempre te he amado. Eso lo sabes. Pero si no me amas, me quitaré de en medio y no te molestaré más. Por favor, limítate a decirme una cosa u otra, porque no puedo aguantarlo más. ¿Soy yo o el americano?

-Tú, Dick -respondió ella, ocultando su rostro en el hombro de él-. Has sido siempre tú, aunque no lo sabía. Tengo en mucha estima a John O'Brien. No sabía a cuál de los dos amaba realmente. Pero hoy, mientras cruzábamos esos túneles terribles y trepábamos esos temibles escalones, y ahora mismo, cuando por alguna extraña razón pensé que estábamos cayendo de la cornisa, me di cuenta de que era a ti a quien amaba... de que siempre te he amado, en más vidas que ésta. ¡Siempre!

Sus labios se encontraron y vi su cabellera dorada ponerse en su hombro. Tenía los labios resecos y el corazón frío, pero mi alma se hallaba en paz. Se pertenecían el uno al otro. Eones antes vivieron y amaron, y a causa de ese amor sufrieron y murieron. Y yo, Conan, les había llevado a esa muerte.

Les vi volverse hacia la hendidura, rodeándose con los brazos y entonces oí a Tamera -quiero decir, a Eleanor- lanzar un alarido, y les vi retroceder a los dos. Y de la hendidura surgió algo horrible que se retorcía, una repugnante cosa que hacía vacilar la mente y parpadeaba bajo la limpia luz del sol. Sí, la conocía de antes... vestigio de una edad olvidada, llegaba contorsionando su horrorosa forma desde la oscuridad de la tierra y el pacto perdido para reclamar lo suyo.

Vi lo que tres mil años de retroceso pueden hacerle a una raza que ya era horrenda en el principio, y me estremecí. E instintivamente supe que en todo el mundo era el único de su especie, un monstruo que había seguido viviendo. Sólo Dios sabe cuántos siglos, vegetando en el fango de sus húmedas madrigueras subterráneas. Antes de que los Hijos se hubieran desvanecido, la raza debió perder toda semblanza humana, viviendo, como lo hacían, la vida del reptil. Esta cosa se parecía más a una serpiente gigante que a cualquier otra cosa, pero tenía piernas abortadas y brazos tortuosos con garras ganchudas. Se arrastraba sobre el vientre, retorciendo sus labios moteados para desnudar colmillos como agujas, que sentí debían gotear de veneno. Siseó al levantar su horripilante cabeza en un cuello horrorosamente largo, mientras sus ojos amarillos y sesgados brillaban con todo el horror engendrado en las negras madrigueras bajo la tierra.

Sabía que esos ojos me habían contemplado llameando desde el oscuro túnel que se abría sobre la escalera. Por alguna razón la criatura había huido de mí, posiblemente porque temía mi luz y era lógico suponer que era la única que permanecía en las cavernas, pues de lo contrario habría sido su presa en la oscuridad. De no ser por ella, los túneles podían ser atravesados con seguridad.

La criatura reptilesca se arrastró hacia los humanos atrapados en la cornisa. Brent había empujado a Eleanor detrás deél y permanecía, el rostro ceniciento, para protegerla lo mejor que pudiera. Y di gracias en silencio de que yo, John O'Brien, pudiera pagar la deuda que yo, Conan el saqueador, tenía con esos amantes desde hacía mucho tiempo.

El monstruo se irguió y Brent, con frío coraje, saltó para enfrentarse a él con las manos desnudas. Apuntando rápidamente, disparé una vez. El tiro resonó como un chasquido fatídico entre los enormes acantilados y el Horror, con un grito penosamente humano, se tambaleó violentamente, se balanceó y cayó de cabeza, retorciéndose y anudándose como una pitón herida, precipitándose desde la cornisa y desplomándose en las rocas de abajo.

LOS HIJOS DE LA NOCHE

Recuerdo que había seis de nosotros en el extrañamente amueblado estudio de Conrad, con sus reliquias exóticas de todas las partes del mundo y sus largas hileras de libros que abarcaban desde la edición Mandrake Press de Boccaccio hasta el *Missale Romanum*, encuadernado en guardas de roble e impreso en Venecia, en 1740. Clemants y el profesor Kirowan acababan de enzarzarse en una discusión un tanto tempestuosa sobre un tema antropológico: Clemants sosteniendo la teoría de una raza alpina separada y diferenciada, mientras que el profesor mantenía que la susodicha raza era meramente una desviación del tronco ario original... posiblemente el resultado de una mezcla entre las razas mediterráneas o del sur y el pueblo nórdico.

-¿Y cómo -preguntó Clemants- explica usted su braquicefalia? El cráneo de los mediterráneos era tan largo como el de los arios: ¿acaso una mezcla entre esos pueblos dolicocéfalos produciría un tipo intermedio de cráneo ancho?

-Condiciones especiales podrían ocasionar un cambio en una raza originalmente de cráneo largo -replicó bruscamente Kirowan-. Boaz, por ejemplo, ha demostrado que en el caso de los inmigrantes en América, las formas del cráneo suelen cambiar en una sola generación. Y Flinders Petrie ha probado que los lombardos cambiaron de una raza de cráneo alargado a una de cráneo redondeado en unos cuantos siglos.

-Pero, ¿qué causó tales cambios?

-Aún queda mucho que la ciencia ignora -respondió Kirowan-, y no es preciso que seamos dogmáticos. Nadie sabe todavía por qué la gente de antepasados ingleses e irlandeses tiende a alcanzar alturas fuera de lo común en el distrito Darling de Australia, o por qué la gente de tal descendencia generalmente tiene la estructura de la mandíbula más delgada después de unas cuantas generaciones en Nueva Inglaterra. El universo está lleno de cosas inexplicables.

-Y de ahí resulta que sea poco interesante, según Machen -dijo riendo Taveral.

Conrad sacudió la cabeza.

-Debo mostrar mi desacuerdo. Para mí lo incognoscible presenta una fascinación extraordinaria.

-Lo que explica, sin duda alguna, todas las obras sobre brujería y demonología que veo en tus estanterías -dijo Ketrick, con un gesto de la mano hacia las hileras de libros.

Y déjenme que les hable de Ketrick. Cada uno de los seis era de la misma ascendencia... es decir, bretón o americano de ascendencia británica. Por británica, incluyo a todos los habitantes naturales de las Islas Británicas. Representábamos varias corrientes de sangre celta e inglesa pero, básicamente, esas corrientes eran la misma. Excepto Ketrick: ese hombre siempre me pareció extrañamente ajeno. Sólo en sus ojos aparecía externamente la diferencia. Eran de una especie de ámbar, casi amarillo, y ligeramente oblicuos. A veces, cuando le mirabas a la cara desde ciertos ángulos, parecían sesgados como los de un chino.

Otros, aparte de mí, habían notado tal rasgo, tan inusual en un hombre de pura descendencia anglosajona. Los mitos usuales adscribiendo sus ojos rasgados a cierta influencia prenatal habían sido rebatidos, y recuerdo que el profesor Hendrik Booler señaló una vez que Ketrick era indudablemente un atavismo, representando una reversión del tipo a cierto borroso y distante antepasado de sangre mongola... una especie de rara regresión, ya que nadie de su familia mostraba tales rasgos.

Pero Ketrick procede de la rama galesa de los Cetric de Sussex, y su linaje está inscrito en el Libro de los Pares. Allí puede leerse la línea de sus antepasados que se extiende sin ninguna interrupción hasta los días de Canuto. Ni la más ligera señal de mezcla mongoloide aparece en la genealogía y, ¿cómo podía darse tal mezcla en la vieja Inglaterra sajona? Pues Ketrick es la forma moderna de Cedric, y aunque esa rama huyó a Gales antes de la invasión de los daneses, sus herederos varones se casaron tozudamente con familias inglesas de las marcas fronterizas, y sigue siendo un puro linaje de los poderoso Cedric de Sussex... casi sajón puro. En cuanto al hombre mismo, este defecto de sus ojos, si puede llamársele defecto, es su única anormalidad, excepto un ligero y ocasional tartamudeo. Posee un elevado intelecto y es un buen compañero excepto por una ligera tendencia al distanciamiento y una bastante profunda indiferencia que puede servir para enmascarar una naturaleza que sea extremadamente sensible.

Refiriéndose a su comentario, dije con una carcajada:

-Conrad persigue lo oscuro y lo místico como algunos hombres persiguen el romanticismo; sus estanterías se hallan atestadas con deliciosas pesadillas de toda clase.

Nuestro anfitrión asintió.

-Encontraréis gran número de platos deliciosos... Machen, Poe, Blackwood, Maturin... mirad, un banquete fuera de

lo común... *Misterios Horrendos*, por el Marqués de Grosse... la auténtica edición del siglo XVIII.

Taveral examinó las estanterías.

-La ficción fuera de lo común parece mezclarse con obras sobre brujería, vudú y magia negra.

»Cierto; los historiadores y las crónicas son a menudo aburridas; pero nunca los tejedores de historias... los maestros, quiero decir. Un sacrificio vudú puede ser descrito de modo tan aburrido como para quitarle toda la fantasía y dejarlo meramente en un sórdido crimen. Admitiré que pocos escritores de ficción alcanzan las auténticas cimas del horror... la mayor parte de su obra es demasiado concreta, poseyendo un exceso de dimensiones y forma terrestre. Pero en relatos como *La caída de la Casa de Usher*, de Poe, el *Sello Negro*, de Machen y *La llamada de Cthulhu* de Lovecraft -los tres genios del cuento de horror, a mi entender- el lector es arrastrado a los oscuros reinos exteriores de la imaginación.

-Pero mirad ahí -continuó-, ahí, aprisionado entre esa pesadilla de Huysman y El castillo de Otranto, de Walpole... los *Cultos Innombrables* de Von Junzt. ¡Ahí hay un libro para tenerte despierto por la noche!

-Lo he leído -dijo Taverel-, y estoy convencido de que ese hombre está loco. Su obra es como la conversación de un maníaco... discurre con asombrosa claridad durante cierto tiempo, luego se sumerge de pronto en vaguedades y balbuceos inconexos.

Conrad sacudió la cabeza.

-¿Pensaste alguna vez que es quizás su misma cordura la que le hace escribir de ese modo? ¿Que acaso no se atreve a poner sobre el papel todo lo que sabe? ¿Que acaso sus vagas suposiciones son indicios oscuros y misteriosos, claves del rompecabezas, para aquellos que saben?

-¡Paparruchas! -dijo Kirowan-. ¿Pretendes insinuar que alguno de los cultos de pesadilla a los que se refiere Von Junzt han sobrevivido hasta la fecha actual... si es que existieron alguna vez salvo en el cerebro obsesionado de un poeta y filósofo lunático?

-No sólo él usaba los significados ocultos -respondió Conrad-. Si examinas varias obras de ciertos grandes poetas puedes hallar dobles sentidos. Los hombres han dado con secretos cósmicos en el pasado y han revelado indicios de ellos al mundo en palabras crípticas. ¿Recuerdas las alusiones de Von Juntz a una «ciudad en medio de la desolación»? ¿Qué piensas del párrafo de Flecker?:

« ¡No pases por allí! Dicen los hombres que en pétreos desiertos florece aún una rosa

Pero que no hay escarlata en su pétalo... y de cuyo corazón no fluye perfume alguno. »

Los hombres pueden encontrar por azar cosas secretas, pero Von Juntz llegó a profundizar en misterios prohibidos. Por ejemplo, era uno de los pocos hombres que podían leer el *Necronomicon* en la traducción griega original.

Teveral se encogió de hombros y el profesor Kirowan no replicó directamente, aunque resopló y chupó furiosamente su pipa; pues él, al igual que Conrad, había estudiado la versión latina del libro y había encontrado allí cosas que ni siquiera un científico de sangre fría podía responder o refutar.

-Bien -dijo finalmente-, suponed que admitimos la antigua existencia de cultos girando en torno a tales dioses y entidades innombrables y horrendas como Cthulhu, Yog Sothoth, Tsathoggua, Gol-Goroth y otros parecidos, sigo sin poder creer que supervivientes de tales cultos acechen en los rincones oscuros del mundo.

Para nuestra sorpresa Clemants respondió. Era un hombre alto y delgado, silencioso casi hasta la taciturnidad, y su feroz lucha con la pobreza en su juventud había ajado su rostro por encima de su edad. Como muchos otros artistas, vivía una vida literaria claramente dual, con sus novelas de capa y espada proporcionándole saneados ingresos, y su posición editorial en *La Pezuña Hendida* permitiéndole una total expresión artística. *La Pezuña Hendida* era una revista de poesía cuyos extraños contenidos habían despertado a menudo el interés escandalizado de los críticos conservadores.

-Recordaréis que Von Juntz menciona a un llamado culto de Bran -dijo Clemants, llenando la cazoleta de su pipa con una clase particularmente repulsiva de tabaco común-. Creo que una vez os oí a ti y a Taverel discutiéndolo.

-Como infiero de tus insinuaciones -replicó bruscamente Kiroan-, Von Junzt incluye este culto particular entre los que aún existen. Absurdo.

Clemants negó nuevamente con la cabeza.

-Cuando era joven y me abría paso a traves de cierta universidad, tenía por compañero de cuarto a un muchacho tan pobre y ambicioso como yo. Si te dijera su nombre, te asombrarías. Aunque provenía de un viejo linaje escocés de Galloway, era obviamente de tipo no-ario.

»Esto lo digo con la mayor discreción, entendedme. Pero mi compañero de cuarto hablaba en sueños. Empecé a escuchar y recompuse sus balbuceos dispersos. Y en lo que murmuraba oí por primera vez el viejo culto aludido por Von Juntz; del rey que rige el Imperio Oscuro, el cual revivía un imperio más viejo y oscuro aún que se remontaba a la Edad de Piedra; y de la gran caverna sin nombre donde se halla el Hombre Oscuro... la imagen de Bran Mak Morn, tallada según su semejanza por la mano de un maestro mientras el gran rey aún vivía, y a la cual cada adorador de Bran peregrina una vez en su vida. Sí, ese culto vive hoy en los descendientes del pueblo de Bran... una corriente silenciosa y desconocida que afluye al gran océano de la vida, esperando que la imagen de piedra del gran Bran aliente y se mueva con una vida repentina, y salga de la gran caverna para reconstruir su imperio perdido.

-¿Y quiénes eran el pueblo de ese imperio? –preguntó Ketrick.

-Pictos -respondió Taverel-, indudablemente el pueblo conocido después como los pictos salvajes de Galloway era predominantemente celta... una mezcla de elementos gaélicos, címricos, aborígenes y posiblemente teutónicos. Si tomaron su nombre de la raza más antigua o le prestaron su propio nombre a esa raza, es una cuestión que resta por decidir. Pero cuando Von Junzt habla de pictos, se refiere específicamente a los pueblos pequeños y morenos de sangre mediterránea, comedores de ajo, que trajeron la cultura neolítica a Inglaterra. Los primeros pobladores de ese país, de hecho, que hicieron surgir los cuentos de duendes y espíritus de la tierra.

-No puedo estar de acuerdo con esa última aseveración -dijo Conrad . Esas leyendas confieren a sus personajes la deformidad y la inhumanidad de su apariencia. No había nada en los pictos para suscitar tal horror y repulsión en los pueblos arios. Creo que los mediterráneos fueron precedidos por un tipo mongoloide, muy bajo en la escala de la evolución, de donde tales historias...

-Muy cierto -interrumpió Kirowan-, pero me cuesta pensar que precedieron a los pictos, como les llamas, en Inglaterra. Encontramos leyendas de trolls y enanos en todo el continente, y me inclino a pensar que tanto el pueblo ario como el mediterráneo trajeron esas historias con ellos del continente. Esos primeros mongoloides debían ser de un aspecto extremadamente inhumano.

-Al menos -dijo Conrad-, aquí hay un mazo de pedernal que un minero halló en las colinas galesas y me entregó, que nunca ha sido totalmente explicado. Obviamente no es de fabricación neolítica ordinaria. Ved lo pequeño que es comparado a la mayoría de herramientas de tal edad; casi como el juguete de un niño; y con todo es sorprendentemente pesado y sin duda podía propinarse con él un golpe mortífero. Yo mismo le encajé el mango y os sorprendería saber lo difícil que fue tallarlo con la forma y el equilibrio correspondientes a la cabeza.

Contemplamos el objeto. Estaba bien hecho, pulido en algún modo como los otros restos del neolítico que había visto pero, como decía Conrad, era extrañamente diferente. Su pequeño tamaño producía una rara inquietud, pues en ningún modo tenía la apariencia de un juguete. Era tan siniestro en lo que sugería como una daga de sacrificio azteca. Conrad había moldeado el mango de roble con rara habilidad, y al tallarlo para encajarlo en la cabeza, se las había arreglado para darle la misma apariencia antinatural que tenía el propio mazo. Incluso había copiado el modo de trabajar de los tiempos primigenios, fijando la cabeza a la hendidura del mango con tiras de cuero.

-¡A fe mía! -dijo Taverel a la vez que lanzaba un torpe golpe a un antagonista imaginario y estuvo a punto de romper un costoso jarrón Shang-. El equilibrio de esta cosa se halla totalmente descentrado; tendría que reajustar toda la mecánica de mi estabilidad y equilibrio para manejarlo.

-Déjame verlo -dijo Ketrick mientras tomaba el objeto y lo examinaba, intentando arrancarle el secreto de su adecuado manejo.

Por fin, un tanto irritado, lo balanceó hacia arriba y golpeó fuertemente un escudo que colgaba en la pared cercana. Me encontraba cerca; vi el mazo infernal retorcerse en su mano como una serpiente viva y cómo su brazo se desviaba del objetivo; oí un alarmado grito de aviso... y la oscuridad llegó con el impacto del mazo contra mi cabeza.

Me deslicé lentamente de vuelta a la consciencia. Primero fueron sensaciones apagadas de ceguera y una falta total de conocimiento en cuanto a dónde estaba o quién era; luego una vaga conciencia de vida y ser, y algo duro oprimiendo mis costillas. Luego las neblinas se aclararon y volví completamente en mí.

Estaba tendido de espaldas bajo algún arbusto y la cabeza me latía ferozmente. También mi cabello estaba sucio y costroso de sangre, pues el cuero cabelludo había quedado al desnudo. Pero mis ojos recorrieron mi cuerpo y extremidades, desnudas salvo por un taparrabos de piel de ciervo y sandalias del mismo material, y no hallaron ninguna otra herida. Lo que oprimía tan incómodamente mis costillas era mi hacha, sobre la cual había caído.

Un aborrecible parloteo llegó a mis oídos y me devolvió de pronto a la claridad de consciencia. El ruido se parecía débilmente al lenguaje, pero como ninguno de aquellos a los que el hombre está acostumbrado. Sonaba mucho como el repetido siseo de muchas y grandes serpientes.

Miré. Estaba tendido en un bosque grande y sombrío. El claro estaba ennegrecido por los árboles, así que incluso de día era muy oscuro. Si... ese bosque era oscuro, frío, silencioso, gigantesco y totalmente aterrador. Y miré hacia el claro.

Vi una carnicería. Cinco hombres yacían ahí... al menos, lo que había sido cinco hombres. Cuando percibí las abominables mutilaciones, sentí que se me enfermaba el alma. Y alrededor de ellos se apiñaban las... cosas. En cierto modo eran humanas, aunque no las consideré tales. Eran bajas y fornidas, con anchas cabezas demasiado grandes para sus flacos cuerpos. Su cabellera era enmarañada y lacia, sus rostros anchos y cuadrados, con narices chatas, ojos horriblemente sesgados, una delgada apertura por boca y orejas puntiagudas. Llevaban pieles de animal, como yo, pero esas pieles estaban trabajadas toscamente. Portaban arcos pequeños y flechas con punta de pedernal, cuchillos de pedernal y garrotes. Y conversaban en un lenguaje tan horrible como ellos, un lenguaje siseante y reptilesco que me llenó de temor y repugnancia.

Oh, les odié mientras estaba allí tendido; mi cerebro ardía con una furia al rojo blanco. Y recordé. Habíamos ido a cazar, seis jóvenes del Pueblo de la Espada, y nos habíamos adentrado en el lúgubre bosque que nuestra gente solía rehuir. Cansados de la caza, nos habíamos parado a descansar; se me había dado el primer turno de guardia, pues en esos días no había sueño sin centinela. La vergüenza y la revulsión sacudieron todo mi ser. Me había dormido... había traicionado a mis camaradas. Y ahora yacían degollados y mutilados... asesinados mientras dormían, por una carroña que jamás se habría atrevido a enfrentárseles en igualdad de términos. Yo, Aryara, había traicionado su confianza.

Sí... recordé. Había dormido y en mitad de un sueño de caza, el fuego y las chispas habían explotado en mi cabeza y me había sumergido en una oscuridad más profunda donde no había sueños. Y ahora el castigo. Los que se habían arrastrado por el denso bosque y me habían dejado inconscientes, no se habían detenido para mutilarme. Creyéndome muerto se habían apresurado a su espantosa tarea. Quizás ahora me habían olvidado por un tiempo. Me había sentado algo lejode los otros, y cuando me golpearon había caído a medias bajo unos arbustos. Pero pronto se acordarían de mí. No volvería a

cazar, ni a bailar las danzas de la caza, el amor y la guerra, no volvería a ver las chozas de zarzales del Pueblo de la Espada.

Pero no deseaba huir para regresar a mi gente. ¿Debía volver acaso humillado con mi relato de infamia y desgracia? ¿Tenía que oír las palabras despectivas que mi tribu me arrojaría, ver a las muchachas señalarme con los dedos despreciativos, el joven que se había dormido y había traicionado a sus camaradas a los cuchillos de la carroña?

Los ojos me escocían de lágrimas y un lento odio se acumulaba en mi pecho y mi cerebro. Nunca llevaría la espada que señalaba al guerrero. Nunca triunfaría sobre dignos enemigos y moriría gloriosamente bajo las flechas de los pictos o las hachas del Pueblo del Lobo o el Pueblo del Río. Descendería a la muerte vencido por una chusma nauseabunda, a la que los pictos habían arrojado hacía largo tiempo a sus madrigueras del bosque como ratas.

Y una rabia enloquecida me aferró y secó mis lágrimas, dejando en su lugar una frenética llamarada de ira. Si tales reptiles iban a causar mi caída, yo haría que fuera largo tiempo recordada... si tales bestias tenían memoria.

Moviéndome con cautela, me deslicé hasta que mi mano estuvo en el mango de mi hacha; entonces invoqué a Il-marinen y salté como un tigre. Y, al igual que salta un tigre, me hallé entre mis enemigos y aplasté un cráneo achatado como un hombre aplasta la cabeza de una serpiente. Un súbito y salvaje clamor de miedo se alzó de mis víctimas y por un instante me rodearon, acuchillando e hiriendo. Un cuchillo desgarró mi pecho pero no le presté atención. Una niebla roja ondulaba ante mis ojos, y mi cuerpo y miembros se movían en perfecto acuerdo con mi cerebro de combatiente. Gruñendo, golpeando y lanzando tajos, era como un tigre entre reptiles. En un instante abandonaron y huyeron, dejándome en pie sobre una media docena de cuerpos achaparrados. Pero no me hallaba saciado.

Le pisaba los talones al más alto, cuya cabeza me llegaría quizás al hombro, y que parecía ser su jefe. Huía hacia una especie de pasillo, lanzando gritos agudos como un monstruoso lagarto, y cuando me hallaba casi tocando su espalda se hundió como una serpiente entre los arbustos. Pero yo era demasiado rápido para él, le arrastré hacia afuera y terminé sangrientamente con él.

A través de los arbustos vi el camino que luchaba por alcanzar... un sendero que entraba y salía de los árboles, casi demasiado estrecho para permitir que lo atravesara un hombre de talla normal. Corté la horrenda cabeza de mi víctima y, llevándola en mi mano izquierda y con mi roja hacha en la derecha tomé el sendero de serpientes.

Mientras caminaba rápidamente por el sendero y la sangre manchaba mis pies a cada zancada brotando de la yugular cortada de mi enemigo, pensé en aquellos a los que acosaba.

Cierto... les teníamos en poca estima, cazábamos de día en el bosque que habitaban. Nunca supimos cómo se llamaban a sí mismos, pues nadie de nuestra tribu aprendió jamás los malditos y sibilantes siseos que usaban como lenguaje; pero les llamábamos Hijos de la Noche. Y en verdad eran criaturas nocturnas, pues se ocultaban en las profundidades del bosque oscuro y en moradas subterráneas, aventurándose en las colinas sólo cuando dormían sus vencedores. Era por la noche cuando cometían sus sucias fechorías... del veloz vuelo de una flecha con punta de pedernal hasta el robo de un niño que se había alejado de la aldea.

Pero era otra la razón por la que les dábamos su nombre; eran, en verdad, un pueblo de noche y oscuridad y de las antiguas sombras llenas de horrores de eras pasadas. Pues estas criaturas eran muy viejas y representaban una edad agotada. Una vez dominaron y poseyeron esta tierra, y habían sido expulsados de la oscuridad y sus escondrijos por los

morenos y feroces pequeños pictos con quienes luchábamos ahora, y que les odiaban y aborrecían tan salvajemente como nosotros.

Los pictos eran distintos de nosotros en aspecto general, siendo más pequeños de talla y oscuros de cabellera, ojos y piel, en tanto que nosotros éramos altos y fuertes, con cabello amarillo y ojos claros. Pero, pese a todo eso, eran de nuestra misma especie. Estos Hijos de la Noche no nos parecían humanos, con sus cuernos deformes y enanos, piel amarillenta y rostros horrendos. Sí... eran reptiles... carroña.

Y mi cerebro estaba a punto de reventar de rabia cuando pensaba que era esa la carroña con la que iba a saciar mi hacha y perecer. ¡Bah! No hay gloria en matar serpientes o morir de su mordedura. Toda esa rabia y feroz disgusto se volvieron contra los objetos de mi odio, y con la vieja niebla roja ondulando ante mí juré por todos los dioses que conocía que desencadenaría sobre ellos tan sangrienta carnicería antes de morir como para dejar un temible recuerdo en las mentes de los supervivientes.

Mi pueblo no me rendiría honores, en tal desprecio tenían a los Hijos. Pero esos Hijos que dejara vivos me recordarían y se estremecerían. Así juré, aferrando salvajemente mi hacha, que era de bronce, encajada en una hendidura del mango de roble y asegurada con tiras de cuero crudo.

Escuché más adelante un aborrecible y sibilante murmullo y un olor pestilencial, humano y con todo menos que humano, se filtró a través de los árboles. Unos instantes más y emergí de las profundas sombras a un amplio espacio abierto. Nunca había visto antes una aldea de los Hijos. Había una agrupación de cúpulas de barro, con bajos umbrales hundidos en el suelo; moradas escuálidas, mitad encima y mitad debajo de la tierra. Y sabía por las conversaciones de los viejos guerreros que tales moradas se hallaban conectadas por corredores subterráneos, así que la aldea entera era como un hormiguero o un sistema de agujeros de serpientes. Y me pregunté si otros túneles no corrían bajo el terreno y emergían a largas distancias de las aldeas.

Ante las cúpulas se concentraba un vasto grupo de las criaturas, siseando y parloteando a gran velocidad.

Había apretado el paso y ahora emergí al descubierto, corriendo con la agilidad de mi raza. Un clamor salvaje se alzó de la chusma cuando vieron al vengador, alto, manchado de sangre y con los ojos llameantes saltar del bosque; lancé un grito feroz, arrojé la cabeza goteante entre ellos y me lancé como un tigre herido ea lo más espeso del grupo.

¡Oh, ahora no tenían escapatoria! Podrían haber tomado sus túneles pero les habría seguido hasta las entrañas del infierno. Sabían que debían matarme y me rodearon, casi un centenar, para hacerlo.

No había ninguna llama salvaje de gloria en mi cerebro como la habría habido contra enemigos dignos. Pero la vieja locura frenética de mi raza estaba en mi sangre y el aroma de la sangre y la destrucción en mi olfato.

No sé cuántos maté. Sólo sé que se apiñaron a mi alrededor en una masa convulsa que lanzaba cuchilladas, como serpientes alrededor de un lobo, y golpeé hasta que el filo del hacha se melló y se torció y el hacha no fue más que un garrote; y aplasté cráneos, hendí cabezas, astillé huesos, derramé sangre y los sesos en un rojo sacrificio a Il-marinen, dios del Pueblo de la Espada.

Sangrando de medio centenar de heridas, cegado por un tajo recibido a través de los ojos, sentí un cuchillo de pedernal hundirse profundamente en mi vientre y en ese mismo instante un garrote me abrió el cuero cabelludo. Caí de rodillas pero me alcé de nuevo, vacilante, y vi en una espesa niebla roja un anillo de rostros gesticulantes de ojos sesgados. Golpeé como un tigre agonizante, y los rostros se rompieron en una roja ruina.

Y mientras me derrumbaba, desequilibrado por la furia de mis golpes, una mano provista de garras aferró mi garganta y una hoja de pedernal fue introducida en mis costillas y retorcida malignamente. Bajo una rociada de golpes volví a caer, pero el hombre con el cuchillo se hallaba debajo de mí, y con mi mano izquierda le busqué y le rompí el cuello antes de que pudiera alejarse reptando.

La vida huía rápidamente; a través del siseo y el aullar de los Hijos podía oír la voz de Il-marinen. Y con todo volví a levantarme tozudamente, a través de un auténtico torbellino de garrotes y lanzas. Ya no podía ver a mis enemigos, ni siquiera en una neblina rojiza. Pero podía sentir sus golpes y sabía que se lanzaban sobre mí. Planté bien los pies, agarré el resbaladizo mango de mi hacha con ambas manos e invocando una vez más a I1-marinen, alcé el hacha y propiné un último y terrorífico golpe. Y debí morir de pie, pues no hubo sensación de caída; incluso mientras sabía, con un último escalofrío de salvajismo, que mataba, incluso mientras sentía el astillarse de los cráneos bajo mi hacha, la oscuridad llegó con el olvido.

Volví en mí repentinamente. Estaba medio acostado en un gran sillón y Conrad derramaba agua sobre mí. Me dolía la cabeza y un hilillo de sangre se había medio secado en mi rostro. Kirowan, Taverel y Clemants se inclinaban a mi alrededor, ansiosamente, mientras Ketrick permanecía ante mí, sosteniendo aún el mazo, su rostro expresando una cortés inquietud que no mostraban sus ojos. Y ante la visión de esos ojos malditos una roja locura se alzó en mi interior.

-Ya está -decía Conrad-, os dije que volvería en sí de un momento a otro; sólo un arañazo. Ha soportado cosas peores. Ahora todo va bien, ¿verdad, O'Donnel?

En respuesta les aparté violentatnente, y con un solo y apagado gruñido de odio me lancé sobre Ketrick. Cogido totalmente por sorpresa no tuvo oportunidad de defenderse. Mis manos se cerraron en su garganta y nos estrellamos los dos en un diván, convirtiéndolo en ruinas. Los otros lanzaron gritos de sorpresa y horror y saltaron para separarnos... o, más bien, para arrancarme a mi víctima, pues ya los ojos oblicuos de Ketrick empezaban a saltarle de las órbitas.

-Por el amor de Dios, O'Donnel -exclamó Conrad, intentando quebrar mi presa-, ¿qué te ha pasado? Ketrick no pretendía golpearte... ¡suelta, idiota!

Una feroz ira casi me hizo olvidar que aquellos hombres eran mis amigos, hombres de mi propia tribu, y les maldije a ellos y a su ceguera, cuando finalmente lograron separar mis dedos que estrangulaban la garganta de Ketrick. Se levantó tosiendo y exploró las marcas azules que habían dejado mis dedos, mientras yo maldecía rabioso, casi derrotando los esfuerzos combinados de los cuatro por sujetarme.

-¡Estúpidos! -grité- ¡Dejadme ir! ¡Dejadme cumplir mi deber como hombre de la tribu! ¡Locos, ciegos! Nada me importa el mísero golpe que me propinó... él y los suyos me los dieron más fuertes en eras pasadas. Estúpidos, está señalado con la marca de la bestia... el reptil... ¡la carroña que exterminarnos siglos ha! ¡He de aplastarla, pisotearla, librar la limpia tierra de su maldita contaminación!

Así desvarié y me debatí y Conrad le musitó a Ketrick por encima del hombro:

-¡Sal, deprisa! ¡Está fuera de control! ¡Se ha desquiciado la mente! Aléjate de él.

Ahora contemplo las viejas colinas soñadoras, las montañas y los profundos bosques más allá, y medito. De algún modo el golpe de ese viejo y maldito mazo me hizo retroceder de pronto a otra era y otra vida. Cuando Aryara no conocía ninguna otra vida. No era un sueño, era un trozo extraviado de realidad donde yo, John O'Donnel, viví y morí una vez. Y de regreso al cual fui arrebatado a través de los vacíos del tiempo y el espacio por un golpe dado al azar. El tiempo y las eras son engranajes que no encajan, que chirrían y no son conscientes el uno del otro. Ocasionalmente -¡oh, muy raramente!- los engranajes encalan; las piezas del juego se unen momentáneamente con

un chasquido y proporcionan a los hombres borrosos vislumbres más allá del velo de esta ceguera cotidiana que llamamos realidad.

Soy John O'Donnel y fui Aryara, quién tuvo sueños de gloria guerrera y de caza y festín y que murió sobre el rojo montón de sus víctimas en alguna era perdida. Pero, ¿en cuál y dónde?

Puedo responderos a lo último. Las montañas y los ríos cambian sus contornos; los paisajes se alteran; pero las llanuras son lo que menos cambia. Las miro ahora y las recuerdo, no sólo con los ojos de John O'Donnel, sino con los de Aryara. Han cambiado muy poco. Sólo el gran bosque se ha encogido y empequeñecido y en muchos, muchos sitios se ha desvanecido completamente. Pero aquí, en estas mismas llanuras, Aryara vivió, peleó y amó y en el bosque lejano murió. Kirowan se equivocaba. Los pequeños y feroces pictos morenos no fueron los primeros hombres de las Islas. Hubo otros seres antes que ellos... sí, los Hijos de la Noche. Leyendas... cierto, los Hijos no nos eran desconocidos cuando llegamos a lo que ahora es la isla de Inglaterra. Les habíamos encontrado antes, eras antes. Ya teníamos nuestros mitos sobre ellos. Pero les encontramos en Inglaterra. Y tampoco los pictos les habían exterminado totalmente.

Y tampoco, como muchos creen, nos habían precedido los pictos en tantos siglos. Les empujamos ante nosotros al llegar, en esa larga migración desde el este. Yo, Aryara, conocí ancianos que habían marchado en ese viaje que duró un siglo; que habían sido llevados en los brazos de mujeres de amarilla cabellera sobre incontables kilómetros de bosque y planicie, y que de jóvenes habían marchado en la vanguardia de los invasores.

En cuanto a la era... eso no puedo decirlo. Pero yo, Aryara, era con seguridad un ario y mi gente lo era... miembros de una de las mil migraciones desconocidas y nunca recordadas que esparcieron tribus de cabello amarillo y ojos azules por todo el mundo. Los celtas no fueron los primeros en venir a Europa occidental. Yo, Aryara, era de la misma sangre y aspecto que los hombres que saquearon Roma, pero la mía era una rama mucho más vieja. Del lenguaje que hablo, no queda ningún eco en la mente consciente de John O'Donnel, pero sabía que la lengua de Aryara era al céltico antiguo lo que éste es al gaélico moderno.

¡I1-marinen! Recuerdo al dios que invoqué, el viejo, viejo dios que trabajaba los metales... el bronce, entonces. Pues I1-marinen era uno de los dioses base de los arios de quien crecieron muchos dioses; y era Wieland y Vulcano en las edades de hierro. Pero para Aryara era I1-marinen.

Y Aryara... era uno de muchas tribus y muchas migraciones. No sólo el Pueblo de la Espada llegó o habitó en Inglaterra. El Pueblo del Río estuvo antes que nosotros y el Pueblo del Lobo vino después. Pero eran arios como nosotros, altos y rubios, de ojos claros. Luchamos contra ellos, por la razón de que las varias migraciones de arios siempre han luchado entre sí, al igual que los aqueos lucharon contra los dorios, al igual que celtas y germanos se cortaban mutuamente las gargantas; sí, al igual que los helenos y los persas, que fueron una vez un pueblo y de la misma migracion, se partieron de dos modos distintos en el largo viaje y siglos después se encontraron e inundaron Grecia y Asia Menor con sangre.

Entendedme ahora, todo esto no lo sé como Aryara. Yo, Aryara, nada sabía de esas migraciones a escala mundial de mi raza. Sólo sabía que mi pueblo era de conquistadores, que un siglo antes mis antepasados habían morado en las grandes planicies, lejos al este, planicies que pululaban de un pueblo feroz, de cabellera amarilla y ojos claros, de viejas y nuevas migraciones que combatían salvaje e implacablemente según la vieja e ilógica costumbre del pueblo ario. Esto lo sabía Aryara y yo, John O'Donnel, que sé mucho más y mucho menos de lo que yo, Aryara, sabía, he combinado

el conocimiento de estos yo separados y he llegado a conclusiones que asombrarían a científicos e historiadores afamados.

Con todo, este hecho es bien conocido: los arios se deterioran rápidamente en las vidas sedentarias y pacíficas. Su existencia adecuada es la nómada; cuando se establecen en una existencia agrícola, preparan el cambio de su caída; y cuando se encierran a si mismos con los muros de la ciudad, sellan su condena. Cierto, yo, Aryara, recuerdo los relatos de los viejos... cómo los Hijos de la Espada, en esa larga migración, encontraron aldeas de gente de piel blanca y cabellera amarilla que habían emigrado al oeste siglos antes y habían dejado la vida de vagabundeo para morar entre el pueblo moreno que comía ajo y ganarse el sustento del suelo. Y los viejos cuentan lo blandos y débiles que eran, y cuán fácilmente caían ante las hojas broncíneas del Pueblo de la Espada.

Mirad... ¿acaso la historia entera de los Hijos de Aryan no está inscrita en esas líneas? Mirad... cuán rápidamente siguió el persa al medo; griego, persa, romano, griego; y germano al romano. Sí, y el nórdico siguió a las tribus germánicas cuando se hubieron vuelto débiles después de un siglo o más de paz y ociosidad, y les robaron lo que ellos habían robado en el sur.

Pero dejadme hablar de Ketrick. ¡Ja!... la sola mención de su nombre hace que se erice el vello de mi nuca. Una reversión de tipo... pero no al tipo de algún limpio chino o mongol de tiempos recientes. Los daneses expulsaron a sus antepasados a las colinas de Gales; y allí, ¡en qué siglo medieval y en qué sucio modo se deslizó ese maldito tinte aborigen en la limpia sangre sajona de la línea celta, para yacer tanto tiempo dormido! El celta galés nunca se apareó con los Hijos más de lo que hicieron los pictos. Pero debieron quedar sobrevivientes... carroña acechando en esas lúgubres colinas, que habían superado su tiempo y su era. En los días de Aryara apenas eran humanos. ¿Qué debió hacer un millar de años de retroceso con esa simiente?

¿Qué abominable forma se deslizó en el castillo Ketrick una noche olvidada, o se alzó de la oscuridad para aferrar alguna mujer del linaje, arrastrándola a las colinas?

La mente se aparta de tal imagen. Pero esto sé: debieron quedar sobrevivientes de esa abominable era de reptiles cuando los Ketrick fueron a Gales. Quizás aún queden. Pero este sustituto, este engendro de la oscuridad, este horror que lleva el noble nombre de Ketrick, sobre él se halla la marca de la serpiente, y no habrá descanso para mí hasta que sea destruido. Ahora que le conozco por lo que es, contamina el aire limpio y deja el fango de la serpiente sobre la verde tierra. El sonido de su voz siseante y tartamuda me llena de un horror que me eriza la piel y la visión de sus ojos rasgados me inspira la locura.

Pues vengo de una raza real, y un ser tal es un continuo insulto y una amenaza, como una serpiente debajo del pie. La mía es una raza regia, aunque ahora se haya degradado y caiga en la decadencia por la mezcla continua con razas conquistadas. Las oleadas de sangre ajena han teñido de negro mi pelo y han oscurecido mi piel, pero aún tengo la estatura señorial y los ojos azules de un rey ario.

Y como mis antepasados... como yo, Aryara, destruí a la canalla que se retorcía bajo nuestros talones, así yo, John O'Donnel, exterminaré a esa criatura reptilesca, el monstruo surgido de la mancha de serpiente que tanto tiempo durmió sin ser detectado en limpias venas sajonas, el vestigio que las cosas-serpiente dejaron para macular a los Hijos de Aryan. Dicen que el golpe recibido afectó mi mente; sé que no hizo sino abrirme los ojos. Mi antiguo enemigo camina a menudo en solitario por los páramos, atraído, aunque quizá lo ignore, por impulsos ancestrales. Y en uno de esos paseos solitarios le encontraré, y cuando le encuentre romperé su sucio cuello con mis manos

al igual que yo, Aryara, rompí los cuellos de las sucias criaturas nocturnas hace mucho, mucho tiempo.

Entonces pueden llevárseme y romper mi cuello al final de una soga si quieren. No estoy ciego, si mis amigos lo están. Y ante los ojos del viejo dios ario, si no ante los ojos velados de los hombres, habré sido fiel a mi tribu.

Librodot